

se

El anillo de la felicidad



CARA COLT Lectulandia

¿Por qué el rudo montañés Garret Boyd le resultaba tan irresistible a Toni Carlton? ¿Sería por la ternura que veía en sus ojos azules cada vez que levantaba en brazos a su sobrina huérfana? ¿O sería el fuego que Toni vio oculto en sus ojos desde el momento en que entró a su acogedora casa?

Ella no tardó mucho en poner una sonrisa en el corazón de Garret, y un deseo ardiente en su alma dolida. Y él enseguida comprendió que la única manera de darle una familia a la pequeña Angie era creer que un papá silencioso y fuerte y una vivaz niñera podían estar predestinados a ser el uno para el otro.

Lectulandia

Cara Colter

El anillo de la felicidad

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *Truly Daddy*
Cara Colter, 1999

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

—Este es mi mayor éxito profesional —dijo Toni Carlton en voz alta, a pesar de que caminaba por una concurrida acera. Tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a girar como una peonza.

—Señorita, me encantaría canturrearle al oído.

Ella se echó la melena pelirroja y rizada por encima del hombro y sus ojos verdes miraron con enojo al extraño, un hombre bien trajeado.

Alto, moreno e imbécil. ¿No se suponía que los tipos raros se vestían con guerreras de camuflaje y grotescos gorros morados?

Él debió captar el mensaje, porque agachó la cabeza, se colocó el maletín de piel bajo el brazo y echó a andar presuroso.

Toni decidió que, aun así, adoraba Vancouver. Adoraba Chinatown. Y, sobre todo, adoraba a Martin Ying, que había accedido a diseñar una colección exclusiva para Madame Yeltsy, la cadena de boutiques para la que era compradora. Aunque ese era su primer viaje en solitario, Madame Yeltsy contaba con que obtuviera resultados excepcionales, no le bastaba con cualquier cosa.

Toni se volvió lentamente hacia un escaparate que había visto con el rabillo del ojo. Una humilde tienda exhibía una exótica colección de piezas de jade, tan originales que se quedó sin respiración. ¡Serían el complemento ideal para la colección Ying! Abrió la puerta de golpe y entró.

Tras el mostrador había un diminuto hombre asiático algo mayor que ella, quizá cerca de la treintena. Estaba tan absorto en lo que observaba bajo su lupa de joyero, que al principio ni la vio.

—Cerrado —dijo, levantando los ojos con sorpresa e intentando ocultar la pieza—. Olvidé el cartel. Cerrado. Fuera. Fuera.

Dadas las expectativas de Madame Yeltsy, Toni no podía permitirse el lujo de dejarse intimidar. Además, medía un metro setenta y ocho descalza y, si quería, podía anonadar a un hombre con un simple parpadeo de sus pestañas espesas y rizadas.

Cerrado o no cerrado, quería esas joyas, en especial la pieza que él trataba de ocultar. Se acercó a él, tomó su mano con firmeza y la volvió a poner sobre el mostrador.

—Cerrado —insistió él débilmente, pero sonrió cuando sus ojos oscuros se encontraron con el verde intenso de los de ella. El anillo que sostenía cayó sobre el mostrador y ella lo recogió rápidamente.

Se dio cuenta de que él temblaba; estaba acostumbrada a llamar la atención de los hombres, pero nunca antes había conseguido que uno se echara á temblar.

—Es precioso —susurró, mirando el anillo. Recreaba un dragón exquisitamente trabajado en plata y jade, e iba a juego con el collar que había en el escaparate. Aunque buscara cien años, no encontraría nada que complementara tan bien la colección de Ying.

—El anillo significa buena suerte, mucha felicidad —apuntó el hombre, con cierta tristeza. Miró el dedo anular de ella, sin alianza—. Marido. Bebés.

Madame Yeltsy no aprobaba a las mujeres que consideraban esas cosas una prioridad en su vida.

—Oh, vaya —exclamó Toni, con un tono que habría hecho que su jefa se enorgulleciera de ella—. ¿Lo ha diseñado usted? Lo quiero. Quiero más como ése. Quiero...

—No, no —gimió él—. No está en venta.

Ella miró al reacio vendedor. Tenía la frente perlada de gotas de sudor y parecía a punto de desmayarse. Nunca antes había provocado una reacción así. Se dio cuenta de que miraba hacia la ventana, inquieto; Toni volvió la cabeza y echó una ojeada. La calle estaba muy concurrida pero, de repente, sus ojos percibieron inmovilidad en medio del ajetreo; había tres hombres parados al otro lado de la calle, mirando la tienda. ¿Llamaban la atención porque eran grandes y de raza blanca en medio de un mar de gente pequeña y oriental? ¿O acaso se debía a que tenían un cierto aire amenazador?

—Llévese el anillo —dijo él con suavidad—. Ahora salga de aquí.

—No puedo llevarme el anillo. Quiero comprar varios. Y ese collar...

—Márchese ya —dijo, su voz era un susurro—. Márchese.

—No lo entiende. Necesito...

—Deje su tarjeta —espetó él con firmeza, casi con ferocidad—. Vuelva más tarde.

El hombre parecía a punto de explotar, así que ella sacó una tarjeta del bolsillo, garabateó el nombre del hotel y el número de habitación y la dejó sobre el mostrador.

—Márchese —dijo él, tras asentir con la cabeza. Ella soltó el anillo—. Lléveselo —ordenó.

Lo miró y casi pudo percibir el olor de su miedo. Allí pasaba algo malo, lo bastante malo para nublar su alegría por lo de Ying.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó en voz baja—. ¿Qué ocurre? —fuera lo que fuera, estaba claro que su persistencia no hacía más que empeorar la situación, así que, con desasosiego, le dio las gracias, giró bruscamente y salió.

Se incorporó a la muchedumbre y caminó varios metros. La concurrida calle emanaba una increíble vitalidad, y lamentó no llevar consigo su cámara fotográfica. Quizás le daría tiempo de ir a por ella al hotel y volver antes de que oscureciera.

Aunque Madame Yeltsy desaprobaba los hobbies y los consideraba una frivolidad, Toni era consciente de que su tendencia artística, su sentido estético y su habilidad para elegir composiciones agradables habían sido muy útiles para conseguir ese puesto de trabajo.

Oyó un ruido y volvió la cabeza. Los tres hombres que había visto antes cruzaron la calle y entraron rápidamente en la tienda. Un momento después oyó gritos. Uno de los hombres salió y se puso a escudriñar la calle.

Su intuición le dijo, sin lugar a dudas, que la buscaba a ella. La expresión dura y fría de su rostro hizo que la invadiera la aprensión. El dueño de la tienda salió a la calle, sujeto firmemente por uno de los gorilas. Sollozando, recorrió a la multitud con la mirada, ¡y la señaló a ella con un dedo!

En la acera, los tres hombres la miraron fijamente, con ojos amenazadores. Él que sujetaba al dueño de la tienda volvió dentro, y los otros dos comenzaron a hacerse paso entre la gente, para llegar hasta ella.

Sintió pánico al comprender que se había convertido en la presa. ¿En qué lío se había metido y cómo iba a salir de él?

Era imposible escaparse corriendo; ¡llevaba seis centímetros de tacón y una falda de tubo muy estrecha! Tenía que utilizar la cabeza, y eso era su especialidad.

Primero, se agachó. No tenía ningún sentido quedarse de pie cuando medía quince centímetros más que todo el resto de la gente. Se esforzó en pensar, sólo contaba con unos segundos.

Estaba junto a un coche. Se irguió levemente y miró por la ventana. Había una silla para niño en la parte de atrás, y un osito de peluche tirado en el asiento. Sin pensarlo, probó la puerta; estaba abierta.

Entró, arrastrándose por el suelo, y se lamentó un instante por los desperfectos que sufriría su falda gris, recién estrenada. Cerró la puerta con suavidad. En el suelo había una preciosa manta acolchada y, rápidamente, se tapó con ella.

Les oyó acercarse, hablando entre ellos.

—Estaba aquí hace un segundo. ¡Maldita sea!

—Bueno, la tía es una auténtica amazona, así que no será difícil encontrarla.

¡Amazona! En otras circunstancias, habría disfrutado obligando al tipo a retractarse.

Le pareció que se habían parado al lado del coche. Con el pulso acelerado, levantó una esquina de la manta y echó una ojeada; casi se le paró el corazón. En la acera, a centímetros de la ventanilla, había un hombre que más bien parecía un gigante. Pero no se le ocurrió mirar dentro del coche. Con una mueca de enfado, siguió su camino, y ella suspiró aliviada. Decidió esperar cinco minutos y asegurarse de que lo hacía mirando su reloj de pulsera: esos cinco minutos se le iban a hacer eternos. Después se sentaría con cuidado, miraría a su alrededor y, si no había moros en la costa, volvería al hotel y llamaría a la policía. ¿Y qué iba a decirles?

—Cada cosa a su tiempo —se amonestó. De momento no tenía siquiera acceso a un teléfono.

Se tragó un gemido cuando oyó un ruido en la puerta del conductor. ¡La habían encontrado! Escondió la cabeza bajo la manta.

Clic. La puerta se abrió.

«Sal corriendo. No, espera».

Una bolsa cayó en el asiento de atrás, y la siguió una segunda. Los muelles del asiento delantero crujieron con el peso de alguien sentándose. Un aroma delicioso

invadió el vehículo: a sol y a loción para después del afeitado. Un olor cien por cien masculino.

¿Qué había hecho? ¿Había salido de Guatemala para meterse en Guatepeor? Podía ser un asesino en serie. Un violador, un...

«Cálmate», se ordenó. Era imposible que el destino la pusiera en peligro dos veces el mismo día. Miró el asiento para niño y el osito. El conductor era un papá que volvía a casa con su mujer y su hijo tras un duro día de trabajo. Un asesino en serie no podía oler tan... divinamente.

El motor del coche ronroneó y comprendió con alivio que esa era la mejor escapatoria. El papá conductor la llevaría sana y salva a la periferia. Cuando saliera del coche y se reuniera con su mujercita y su bebé, ella podría escapar, buscar una cabina, pedir un taxi y volver al hotel. Después telefonaría a la policía y, con un poco de suerte, podría embarcar en el último vuelo a San Diego. Suerte. ¿No se suponía que eso era lo que debía traerle el anillo?

El coche arrancó y se incorporó a la carretera.

«Un hombre regordete», se dijo con firmeza. «Con el traje arrugado, gafas y el pelo repeinado para taparse la calva».

El hombre puso música. Una voz quejumbrosa cantaba sobre un caballo renegado y una mala mujer. Él tarareaba, absorto. Su voz la tranquilizó, aunque no era una voz regordeta. Sin duda era la voz de un papá: agradable, profunda y tranquila.

Notó que su pulso se tranquilizaba un poco. Se apartó la manta de la nariz para que no le hiciera cosquillas. Intentó descubrir hacia dónde iban, pero hubiera sido imposible saberlo aunque hubiera conocido la ciudad, que no era el caso.

Pasaron los minutos. Miró el reloj, recordando que cada segundo se iba a hacer eterno. Una hora después, comenzó a ponerse nerviosa.

Era una ciudad grande, pero ¿dónde vivía él? Ahora ya no podía cambiar de plan y no sabía qué hacer. ¿Sentarse en el asiento y decir «¡Sorpresa!»? Así sólo conseguiría que se mataran los dos.

«Media hora más», pensó. Después tendría que poner en práctica el plan B, si se le había ocurrido uno.

Estaba agotada y tenía los hombros tensos. El coche seguía su camino, parando en los semáforos y volviendo a arrancar. Era muy incómodo estar apretujada en el suelo, pero había escapado.

Eso era de agradecer. Y también que no tenía ganas de estornudar. Ni de ir al baño. Podría haber estado acurrucada en el suelo de un pequeño turismo, en vez de ese coche grande y lujoso.

Sintió que una maravillosa lasitud invadía sus músculos tensos. El aroma y la voz profunda del paternal conductor la envolvieron.

«Por favor, Dios mío», rezó para sí, «no permitas que me duerma. Haz que lleguemos cuanto antes».

No debía dormirse, desde luego que no... Lo último que oyó fue la voz del

locutor: «Y ahora, Garth Brooks canta: Oraciones sin respuesta».

Garret Boyd resistió el impulso de pitar al pequeño sedán rojo que acababa de cruzársele. Lo que le hizo controlar su mal humor fue ver que el coche llevaba una silla para niños en el asiento trasero.

Sabía cuánta presión ejercían los niños sobre un adulto. Probablemente la nerviosa mujer que conducía el turismo a toda velocidad iba a la guardería.

Lo mismo que él. Excepto que su guardería estaba a noventa minutos por carretera y no era un centro oficial. Lo único oficial en su caso era que se aprovechaba de la bondad de la vecina. Y tenía la esperanza de poder seguir haciéndolo, pues su misión había fracasado. Totalmente.

Fue a Vancouver para entrevistar a la señora Ching para un puesto de niñera. A pesar de los problemas lingüísticos que tuvo al hablar con ella por teléfono, le había caído bien; sonaba cariñosa, amable y mayor.

Era cariñosa, amable y mayor. Su apartamento, situado en la bulliciosa Chinatown, estaba impecablemente limpio.

Pero todo se complicó cuando le presentó a su nieta. Lily iba vestida con una chupa y una minifalda de cuero. Un imperdible le atravesaba la nariz y llevaba una cadena enrollada en la muñeca.

Afortunadamente, se quedó tan horrorizada como él cuando su abuela la miró con aprobación y anunció que ella era la candidata al puesto de niñera.

La discusión que siguió tuvo lugar en chino, pero se hizo una idea bastante clara de lo que decían. Escapó hacia la puerta cuando la chica, pasando de chino a inglés, le dijo a su abuela dónde se podía meter Eliza.

Ese era su pueblo. Tan pequeño, que probablemente habría cabido ahí.

Eliza. Un diminuto pueblo de montaña, situado en medio de la nada, al borde del parque natural Garibaldi. Para llegar a Eliza, había que recorrer más de ciento cincuenta kilómetros por una carretera retorcida, empinada y rodeada de acantilados. No estaba suficientemente cerca del aclamado centro alpino Whistler-Blackcomb como para ser un pueblo atractivo.

Era uno de febrero y Vancouver ya proclamaba el inicio de la primavera: la hierba estaba verde y se abrían las primeras flores. Eliza aún seguía envuelta en una manta de gélido blancor, habría nieve durante al menos un mes más. Era el lugar perfecto para dirigir una academia especializada en búsqueda y salvamento, y para escribir artículos sobre técnicas de búsqueda y rescate en alta montaña, solicitados por revistas profesionales.

Pero nadie quería vivir allí.

Garth Brooks, en la radio, comenzó a cantar sobre oraciones sin respuesta.

—Bah, dímelo a mí —masculló Garret. Llevaba tres meses buscando una niñera desesperadamente.

Llevaba seis meses haciendo de padre y madre.

Sólo hacía seis meses desde esa llamada, en mitad de la noche, que cambió su

vida para siempre.

Su hermano gemelo y su cuñada murieron cuando su avioneta se estrelló en la niebla. Angélica, su preciosa sobrina de cinco años, repentinamente se quedó tan sola en el mundo como él. Y por razones que nunca llegaría a conocer, su hermano y su cuñada lo habían nombrado tutor de la niña.

A él. Garret Boyd. Un experto en búsqueda y salvamento alpino, de fama mundial. Garret Boyd, líder de más de mil rescates exitosos.

Garret Boyd. Totalmente incapacitado para ocuparse de una niña. Sereno e imperturbable en cualquier crisis menos en esa.

De alguna manera se estaban apañando, él y la pequeña criatura que tanto se le parecía. De alguna manera esa dulce niña, con su genio, su parloteo, sus gritos llamando a mamá en sueños, estaba ayudándolo a soportar el dolor de su corazón herido.

Cuando la niña llegó a su vida, pensó que ser su tutor suponía hacer lo mejor para ella. Y eso implicaba buscar una pareja maravillosa y amante de los niños para que la criara y amara.

Pero una semana después comprendió, asombrado, que aunque removiera el mundo entero, nunca encontraría a nadie que la quisiera tanto como él mismo.

Y tuvo que aprender. De llantos. Y de ositos de peluche. Y de pieles tan sensibles que había que comprar jabón especial para hacer la colada. Y de dibujos animados. Y de que los macarrones con queso son un manjar para los que miden un metro de altura.

Ese mes quería que la peinara con trenza de raíz.

Suspiró. No creía que llegara a hacer la trenza bien, ni tampoco se atrevería a dejar de intentarlo. Angélica había acabado con unos peinados bastante exóticos mientras él intentaba, con unas manos que eran capaces de realizar una docena de nudos sin problemas, conseguir que el resultado se asemejara al de la foto.

Al de la foto de la madre de la niña.

Compaginar ese salto a la paternidad con su trabajo era un reto mayor que rescatar a un esquiador de un precipicio con un helicóptero, en mitad de una tormenta de nieve. En menos de veinticuatro horas tenía que dar un curso intensivo de rescate de cuatro días de duración.

Cuando Angélica llegó, tuvo que llevarla con él a un rescate, simplemente porque cada vez que intentaba separarse de ella se ponía histérica. Como su pérdida era tan reciente y era una situación de emergencia, rompió sus propias normas. A ella le encantó ser el centro de atención en la oficina general de salvamento, seguirlo mientras subían al Diamond Head, y que los miembros de la partida de búsqueda se turnaran para llevarla a hombros. Por suerte era agosto y una expedición sin complicaciones, si es que eso existía.

A ella le encantó, pero Garret notó que su presencia disminuía su concentración. Una parte de él estaba siempre pendiente de ella, cuando necesitaba concentrarse al

cien por cien en lo que hacía.

Pero fue Angélica quien le pidió que parase, porque había oído un ruido. Él no había oído nada, ni tampoco los demás. Pero la niña se escabulló de entre sus brazos y echó a correr.

Garret se enfadó mucho, pero ella corrió directamente hacia una cueva donde encontraron un montañero agotado, al borde de la muerte. Un montañero que no estaba en condiciones de emitir ningún sonido.

Cuando le preguntó cómo había encontrado al montañero, ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Oí algo.

Por un golpe de la fortuna, o del destino, su presencia en el rescate fue muy valiosa, pero no confiaba en que eso durara los cuatro intensos y agotadores días del curso. No era el tipo de niña que aguantaba sentada al final de la clase con un cuaderno de dibujo. Lo llamaba títo, un apodo poco halagador, que le encantaba dicho por ella. Pero le gustaba menos cuando lo escuchaba por enésima vez el mismo día. Y mucho menos si estaba intentando dar una clase.

Candy, su bondadosa vecina lo ayudaría.

Por desgracia, siempre lo había mirado con más interés que el que de mera vecina, y estaba aprovechándose descaradamente de que necesitaba una niñera para intentar involucrarse en su vida personal.

Era incapaz de creerse que él no tenía vida personal y que lo prefería así.

Pero podía ser peor. Candy era bonita y algo regordeta. Era madre soltera de dos activos chavales. ¿Qué importaba que su conversación se limitase a hablar de los culebrones que podía ver gracias a la enorme antena parabólica que adornaba su jardín?

Además, le gustaba Eliza y no deseaba vivir en otro lugar. Podía hacerse cargo de los lazos y rizos que Angélica quería. Una trenza de raíz era pan comido para ella. Era capaz de preparar cosas increíbles con atún y cereales.

Él tenía treinta años y estaba totalmente dedicado a su trabajo. Nunca había pensado en el matrimonio.

Pertenecía a las montañas. Entendía mejor que nadie su glorioso aislamiento y crudeza. Eran un misterio que le atraía; las amaba, y nunca había necesitado otra cosa.

Pero Angélica sí necesitaba otra cosa. Una mamá.

Se imaginó volver a casa y ver a Candy todos los días. Todo su ser se rebeló contra la idea. No podía hacerlo. Ni siquiera por amor a Angélica.

—Una niñera —dijo con voz firme, y dirigió una mirada suplicante al cielo—. Una pequeña ayuda —apagó la radio.

Dejó la autopista y cuando estaba a unos diez minutos de Eliza oyó el ruido en la parte de atrás. No captó lo que era: un suspiro, el crujido de una prenda.

Era un hombre que confiaba plenamente en su instinto, y se le erizó el vello de la

nuca.

Había alguien atrás.

Lo supo con tanta seguridad que se preguntó sí no lo habría percibido desde el principio. Pero no demostró que lo sabía, mantuvo la velocidad y echó una ojeada a las puertas. Ninguna de las puertas de atrás tenía echado el seguro.

Se maldijo por su estupidez. En Eliza nadie cerraba los coches. En Vancouver, por ser una gran ciudad, tuvo la precaución de cerrar la suya al salir, pero se olvidó de las demás.

No tenía ninguna intención de llevar a un psicópata, posiblemente armado, hasta la puerta de Candy, y poner en peligro la vida de Angélica, de Candy y de sus hijos.

Tomó una decisión. Llevó el coche hacia el arcén y lo paró, pero no apagó el motor. Sacó una navaja del bolsillo de sus vaqueros y, como un rayo, se lanzó sobre el asiento trasero y levantó la manta que cubría a la persona que había en el suelo.

La sorpresa lo atenazó. La mujer que lo miraba con enormes ojos verdes y una mata de pelo pelirrojo alborotado, era absolutamente preciosa.

Aunque como estaba muy oscuro, quizás se había equivocado. Alzó la mano y encendió la luz del techo. Ella parpadeó, con luz le pareció aún más bella. Suspiró y guardó la navaja en el bolsillo.

El terror animal desapareció de los ojos verdes.

—Supongo que no serás niñera ¿verdad? —preguntó secamente. No, había pedido una pequeña ayuda, y por cómo estaba encajonada, pequeña no era. De hecho, parecía estar atascada, así que la tomó de la muñeca y la ayudó, sin gentileza, a sentarse junto a él.

Llevaba puesta una falda gris muy estrecha, que se le subió al sentarse, descubriendo unas piernas largas y esbeltas. Ella vio la dirección de los ojos y tironeó de la falda hacia abajo.

—¿Una niñera? —preguntó débilmente—. ¿Como Mary Poppins?

—Mmm —asintió él.

Aunque no tenía mucha experiencia en esas cosas, era obvio que la falda y la chaqueta eran muy caras. La blusa, aunque arrugada, se le pegaba al cuerpo como si fuera de seda. Llevaba un maquillaje discreto y sutil. Estaba claro que no era una hippy que hubiera entrado al coche a echar un sueñecito. Más bien parecía una damisela en apuros.

Eso era su especialidad. Los rescates.

—¿Quién eres, y qué haces en mi coche?

—Es una historia muy larga.

—Pues más vale que empieces —ordenó, cruzándose de brazos.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella, mirando la oscuridad que los rodeaba.

—¿Y si primero contestas mis preguntas?

—¿Te importaría que las contestara después?

—¿Después de qué?

—Después de que me lleves al aseo más cercano —tuvo el descaro de sonreír. Una sonrisa deslumbrante—. Es urgente.

Capítulo 2

Toni se había despertado cuando el coche paró. No se sintió confusa, sabía perfectamente dónde estaba y cómo había llegado allí. Desconocía su situación geográfica, pero supo, por la oscuridad y el silencio que la rodeaba, que no estaban en Vancouver.

Percibió el peligro en la atmósfera.

Se tapó la cara con la manta, como si eso sirviera de algo. Temblaba tanto que seguro que él podía sentir la vibración.

Se le ocurrió que ya no tenía nada que agradecer.

Estaba en peligro. Le dolía todo el cuerpo. Y necesitaba ir al baño.

Lo oyó saltar sobre el asiento trasero y, un segundo después, él apartó la manta. Se encontró cara a cara con los ojos azules más increíbles que había visto nunca.

Su intención había sido gritar, pero se quedó sin voz. Ni siquiera la navaja que llevaba en la mano la asustó. Era guapísimo. Ojos azul brillante, cabello negro azabache y un rostro cuyos rasgos se realzaban aún más con las sombras de la noche.

No era regordete. Ni estaba calvo.

Era lo que sugerían su voz y su olor: sexy.

Y estaba muy enfadado.

Cuando tiró de ella para sentarla a su lado, notó la fuerza de sus manos y vio la anchura de sus hombros bajo la chaqueta vaquera desteñida.

«Este es el hombre con quien me voy a casar».

Era la idea más ridícula que había tenido nunca. No sabía dónde estaba. No sabía quién era él. Su carrera profesional acababa de empezar y Madame Yeltsy había sido muy clara sobre sus expectativas cuando la contrató como compradora.

—Debes desear el éxito más que nada. Tienes que estar dispuesta a sacrificarlo todo. Amor, marido e hijos. Tienes un papel más importante que cumplir: hacer felices a miles de mujeres poniendo a su disposición la moda más fabulosa del mundo.

—Supongo que no eres niñera ¿verdad?

Su voz, profunda y sensual, le sacó a Madame Yeltsy de la cabeza. Toni notó cierto humor en sus palabras, aunque los escrutadores ojos azules no lo mostraban.

¿Niñera? Claro. Probablemente, considerando la evidencia del asiento para niños, la manta y el osito, tenía un hijo. Y, por consiguiente, una esposa. Daba igual que hubiera guardado la navaja, se sintió como si se la hubiera clavado directamente en el corazón.

Decidió que la culpa era del anillo, era eso lo que le hacía pensar tonterías. El dueño de la tienda había dicho que traía suerte y felicidad, o algo así. Un marido. Bebés.

Esas ideas, seguidas por el pánico, se habían liado en su cabeza. Seguramente soñaba confusa cuando el hombre saltó como un guerrillero sobre el asiento y la

destapó.

Y tenía aspecto de guerrillero. Era un hombre fuerte, controlado, acostumbrado a estar al mando.

Era difícil imaginárselo con una esposa y un bebé. Parecía un hombre solitario, como el vaquero que cabalga solo hacia el crepúsculo al final de la película. Duro e independiente.

Justo el tipo de mujer que era ella. Bueno, quizás no fuera dura pero sí, sin duda, independiente. Un marido no cuadraba con sus planes inmediatos. Y los niños... los niños ocupaban un lugar distante en el futuro.

Adoraba su trabajo. Había comenzado como dependienta en la tienda más pequeña de Madame Yeltsy cuando tenía sólo diecisiete años.

También le encantaba salir cuando tenía alguna tarde libre: ir al cine, a bailar, a cenar y conocer a gente nueva. Pero nunca había estado enamorada. Empezaba a sospechar que eso sólo ocurría en los cuentos de hadas; que había mujeres con más imaginación que ella, capaces de convencerse de que un tipo corriente, con traje y gafas, era su príncipe azul.

El hombre que la miraba furioso no tenía aspecto de príncipe azul, pero a pesar de eso tenía la extraña sensación de que estaba a punto de aprender un montón de cosas sobre el amor. Sintió el súbito impulso de sacar el anillo del bolso y tirarlo fuera, antes de que lo arruinara todo.

Él estiró el brazo por encima de ella y abrió la puerta. Ella salió. ¿A cuánta distancia estarían de Vancouver? Fuera hacía mucho frío, y la nieve se amontonaba a los lados de la carretera. Estaban rodeados de árboles gigantes, y detrás se veían montañas, más oscuras que la noche. Él le abrió la puerta delantera y supo que no tenía más opción que volver a entrar al coche. Estaba tiritando. Él abrió la puerta del conductor, se sentó y, con expresión adusta, subió el nivel de la calefacción.

Pasaron un cartel que daba la bienvenida a Eliza.

—Población ¿qué? —preguntó ella incrédula.

—Veintidós —replicó él—. Veintitrés con Angélica.

La expresión dura de su boca le hizo abstenerse de preguntarle quién era Angélica.

Atravesaron el pueblo en quince segundos. Toni pudo ver una vieja tienda y una estación de servicio, ambas cerradas. Algunas casas antiguas y majestuosas derramaban luz dorada sobre jardines nevados. El pueblo era digno de aparecer en una tarjeta navideña. Deseó tener la cámara consigo.

Segundos después, él giró hacia un camino oscuro, flanqueado por árboles cubiertos de nieve.

—Árboles de Navidad —no pudo evitar decir Toni.

—Estamos a demasiada altura para que se den los abetos —gruño él—. Son piceas y pinos del Canadá.

Ella le echó una ojeada. Si alguna vez se estrellaba en un avión en mitad de la

nada, ése era el hombre que quería con ella.

El camino se dividió y los faros destellaron contra una caseta prefabricada antes de iluminar una cabaña de troncos. Se erguía sobre un terreno rocoso, bonita como una postal, con nieve a su alrededor, sobre el tejado y coronando la chimenea de piedra. En el porche había una mecedora, no, dos mecedoras, una grande y una pequeña, y un montón de leña apilada. También era digna de una fotografía.

—Entra —dijo él—. La puerta no está cerrada. El baño está a la derecha. Ella corrió por el camino de piedra hacia la casa. ¿No le esperaba su mujercita para darle un beso de bienvenida? ¿Dónde estaba el bebé?

Hacía mucho frío pero, aún así, paró un momento, se agachó y tocó la nieve. Estaba deliciosamente fría. Se llevó un puñado a la boca y lo probó cautelosa. Sintió un agradable cosquilleo y la nieve se deshizo contra su lengua.

Notó que él la miraba mientras abría el maletero y se avergonzó de su comportamiento. Subió los escalones, cruzó el porche y entró en la casa. Encontró el interruptor a la derecha de la puerta.

Entró directamente al salón y volvió a desear tener la cámara. Los suelos de madera y las paredes de troncos emitían un brillo dorado. Una chimenea de piedra dominaba la acogedora habitación.

Todo delataba que allí vivía un niño. Había una caja llena de juguetes, una gran pelota de goma, un perro de trapo con un solo ojo y una cesta llena de ropa para doblar y guardar.

Pero no había rastro de una mujer. Los muebles estaban colocados con orden militar. No había cortinas en las ventanas, ni tapetes de encaje, ni cuadros en las paredes, ninguna de esas cosas que denotan una mano femenina.

—Tiene esposa —se dijo con firmeza.

Encontró el baño y volvió a percibir la ausencia de influencia femenina. No había alfombra, ni cortina de ducha, ni flores en la ventana.

Un cepillo de dientes. No, dos cepillos. Uno grande, negro y masculino. Otro pequeño y rosa, con un muñeco en el mango.

Estaba divorciado. Era obvio. Quizás la criatura iba a visitarlo los fines de semana.

Le hubiera encantado echar una ojeada al armario de las medicinas, pero había renunciado a esa afición en una fiesta en la que los anfitriones habían llenado el armario del baño con canicas de cristal. Aun seguía dando gracias a Dios por no haber sido ella la que puso en marcha aquella avalancha.

—Estoy aquí —oyó cuando salió del baño.

Siguió su voz hacia el salón, pasó bajo un arco que llevaba al comedor y a la cocina que había al lado. Era una habitación pequeña y, de nuevo, la madera de suelos y paredes daba una impresión acogedora que en realidad no existía.

No había mantel sobre la mesa de roble. Ni funda sobre la tetera blanca. Ni guantes para el horno con dibujos de vacas. Ni imanes de nabos y zanahorias en el

frigorífico.

La palabra «militar» cruzó por su cabeza otra vez. La habitación estaba inmaculada, todo exactamente en su sitio. Tenía un potencial increíble.

—Es una casa preciosa —le dijo, mirando los cuarterones de las ventanas.

—Siéntate —ordenó él, mientras echaba troncos en una pequeña estufa negra. Se había quitado la chaqueta vaquera y su camisa de manga corta dejaba a la vista los músculos perfectamente torneados de sus brazos, que se tensaban sin esfuerzo con cada tronco que echaba al fuego.

—¿Así calientas la casa? —preguntó asombrada.

Él la miró como si fuera de otro mundo. Lo era.

—Muy primitivo —murmuró ella entre dientes. Ver el movimiento de sus músculos bajo la camisa mientras levantaba otro tronco, la hizo sentir una sensación bastante primitiva en su interior.

—¿Y bien? —dijo él cuando acabó. Se sentó y cruzó los fuertes brazos sobre el pecho.

Toni inspiró profundamente y comenzó por presentarse, decirle de dónde era y por qué estaba en Vancouver. Le habló de Martin Ying y de cómo descubrió la joyería.

Le gustó cómo escuchaba, con la cabeza ligeramente ladeada hacia ella, frunciendo los ojos en los momentos adecuados, e interrumpiéndola de vez en cuando para hacer una pregunta rápida que mostraba su inteligencia y sus dotes de observación.

Él cerró la puerta de la estufa, fue hacia el fregadero y puso agua a hervir, pero en ningún momento desvió su atención de ella.

Al final de su relato, Toni rebuscó en su bolso. Durante un instante pensó que el anillo, la prueba de su historia, había desaparecido, pero lo encontró en el fondo del bolso. Lo puso sobre la mesa y, un segundo después, sacó también una de sus tarjetas de negocios.

Él se acercó y tomó el anillo. Sus manos eran fuertes, y tenía las uñas cortas y bien cuidadas.

Manos sensuales. ¿Es que no había nada en ese hombre que no fuera impresionantemente sexy?

—En cualquier caso —dijo, empezando a sentirse tan nerviosa como una adolescente en su primera cita—, ya te he causado bastantes molestias. Me montaré en un autobús y dejaré de incordiar. Supongo que aquí no habrá aviones ¿verdad?

—Voy a llamar a la policía.

—No tiene sentido que te involucres en esto. Puedo llamarles yo cuando llegue al hotel.

De repente la invadió la sensación de que tenía que salir de allí cuanto antes. De que toda la vida que había tejido para sí se escapaba de sus manos y si no actuaba, después sería demasiado tarde.

Sólo había experimentado algo similar una vez en su vida, cuando tenía diecisiete años. El médico la miró con ojos tristes y movió la cabeza. Su madre murió y el mundo que conocía se acabó para siempre.

—¿La estación de autobús? —se levantó de golpe.

—Estoy preparando café. Siéntate.

Se oyó el pitido del hervidor de agua.

—No bebo café.

—Chocolate caliente, entonces.

—Me voy.

—No, no te vas.

Lo dijo con frialdad, como un coronel a un soldado. No estaba acostumbrada a que la hablaran así. En sus relaciones con los hombres solía llevar ella la voz cantante.

—No creo que pueda impedirlo, señor...

—Boyd. Garret.

—Señor Boyd. Como decía...

—No puedo impedirlo. Eso es lo que decías.

Había entrecerrado los ojos y tenía un aspecto fuerte y peligroso. Todo su cuerpo indicaba que podía impedirlo en un instante.

—Con que me digas dónde queda la estación...

—Debemos estar a unos diez grados bajo cero. No estás vestida para ir paseando a la estación —sus ojos descansaron significativamente en el borde de su falda, recorrieron sus piernas como una caricia y llegaron a sus delicados zapatos.

—Pues llámame a un taxi —dijo ella resistiéndose a la tentación de estirarse la falda y esconder los pies.

—Has dicho que le dejaste una tarjeta. A cambio del anillo —interpuso él.

—Sí, pero...

—Y que apuntaste el nombre de tu hotel y el número de la habitación.

—Bueno, pero...

—Podrías encontrarte una sorpresa muy desagradable en el hotel. O incluso en San Diego. Creo que es mejor que hables con la policía.

Ella se dejó caer sobre la silla. Tenía razón. Odiaba eso. Que otros tuvieran la razón.

Lo vio acercarse al hervidor de agua, desenchufarlo y agarrar un teléfono con la otra mano. Marcó un número en el disco, ella creía que esos teléfonos eran cosa del pasado, y habló en voz baja un minuto.

Volvió con el hervidor en una mano y dos tazones de cerámica en la otra. Los dejó sobre la mesa, junto con sobres de chocolate instantáneo.

—El agente Frey llegará pronto. Tardará entre veinte minutos y media hora.

—No vendrá a caballo, ¿verdad? —preguntó ella, pensando que media hora no era «pronto».

Él la miró como si fuera increíblemente estúpida.

—La Real Policía Montada del Canadá —protestó ella. Había visto postales de la policía en Vancouver. Siempre iban vestidos con elegantes chaquetas rojas y sombreros estilo oso Yogui, y siempre a caballo.

—Hoy en día van en coche. Excepto en desfiles y ceremonias. ¿Chocolate caliente? —preguntó—. Este es muy bueno —dijo, mostrándole un sobre cuya etiqueta anunciaba chocolate blanco y avellanas.

Ella asintió débilmente y él le puso una humeante taza delante. «No preguntes», se ordenó. «Toni, no te atrevas a preguntar».

—¿Dónde está tu esposa? —preguntó.

—No estoy casado.

No estaba casado. Si no se equivocaba, el anillo, colocado en medio de la sólida mesa de roble, había empezado a parpadear como un anuncio fluorescente.

Tomó un sorbo de chocolate y casi cerró los ojos de puro placer. Un hombre capaz de preparar eso, ¿y no estaba casado? «Toni», se recordó, «es de sobre».— Está delicioso —musitó.

—Es mi sabor favorito.

¡Ya tenían algo en común! «No preguntes», volvió a ordenarse. «Toni, no te atrevas a preguntar».

—¿Divorciado? —preguntó, mirándolo por encima de la taza.

—Nunca he estado casado —espetó, molesto. Por el tono de su voz, no parecía que tuviera intención de estarlo nunca.

«Toni, te prohíbo terminantemente que preguntes por el bebé».

—¿Y el bebé?

Vio una sombra de tristeza en los ojos de él.

—Es mi sobrina. Y te asesinaría con la mirada por llamarla bebé. Es una historia muy larga —dijo secamente—. Voy a encender la televisión. Tengo que escuchar el parte meteorológico de los próximos días.

¡No quería hablar con ella! Otra reacción a la que no estaba acostumbrada.

Había una televisión pequeña en un armario, sobre la mesa. Poco después de que la encendiera, llamaron a la puerta. Él se levantó y se estiró. Tenía un cuerpo impresionante, el de un hombre endurecido por el trabajo físico.

«No le preguntes cómo se gana la vida», se dijo. Y esta vez consiguió contenerse. Parecía cansado.

Él fue hacia la puerta y, un segundo después, Toni oyó otra voz masculina.

—¡Eh! ¿dónde está mi ángel?

—Sigue en casa de Candy. Y lleva unos días comportándose como un diablillo. Supongo que tú no sabes nada de trenzas de raíz, ¿no?

Parecía incongruente que el hombre serio y callado que acababa de compartir la mesa con ella estuviera discutiendo de trenzas con tanta seriedad. Toni casi soltó una carcajada, pero se contuvo.

—Claro que sí —dijo la otra voz—. Es un tipo de pan.

—Siento haberlo preguntado.

—¿Qué dijo el médico de que sea tan pequeña?

—Que es normal. Ahora es baja para su edad, pero lo más probable es que luego de un estirón.

—Eso es lo que yo creía. Bueno, ¿qué pasa?

Toni los oyó moverse hacia ella. De repente se sintió desarreglada y confusa, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

Garret entró en la habitación seguido por un policía alto y joven, que le hubiera parecido impresionante en cualquier otro momento. Pero su rubio atractivo se apagaba al lado de la oscura electricidad de Garret Boyd.

—¡No va de rojo! —protestó ella, al ver su uniforme.

—¿De dónde dices que es, Garret? —rió él.

—Dice que de San Diego.

Como si no la hubiera creído. Fulminó a Garret con la mirada, pero él no pareció darse cuenta.

—Eso lo explica todo —el policía era abierto y amistoso y, si Toni no se equivocaba, incluso flirteaba. Se sentó frente a ella, Garret le preparó un chocolate, y Toni volvió a contar toda la historia—. ¿Y éste es el anillo que te dio? —preguntó el agente Frey al final de la entrevista.

—Eso es. Me dijo que me traería mucha felicidad —a propósito evitó mencionar la parte del marido y los bebés—. Ja. De momento sólo me ha traído disgustos.

Como si quisiera confirmar su aseveración, el volumen de la televisión se elevó.

—Y resumimos la noticia más importante del día —dijo el locutor—, esta madrugada han robado una colección de arte, préstamo de China a Canadá, durante su traslado al museo. Algunas de las joyas desaparecidas tienen un valor incalculable, como este anillo.

En la pantalla del televisor apareció una fotografía del anillo que Toni tenía en la mano. Tres pares de ojos fueron de su mano a la pantalla y de nuevo a su mano. Ella miró los rostros de ambos, primero al agente Frey y luego a Garret Boyd.

No había duda. ¡Creían que era una ladrona!

Tuvo ganas de echarse a llorar, pero llevaba demasiado tiempo dedicándose a los negocios para dejarse llevar por su impulso. En vez de eso, se ocultó tras una máscara de indiferencia y dio un sorbo al chocolate.

—Voy a hacer algunas llamadas —el agente Frey, agarrando el anillo, se puso en pie de un salto. Garret le lanzó una mirada de enfado. Su expresión indicaba claramente cuánto le disgustaba que lo abandonaran allí con una ladrona de joyas histórica.

—No estoy histérica —advirtió ella. Él no dijo nada—. Y no soy una ladrona.

—No he dicho que estuvieras histérica ni que fueras una ladrona.

—He visto cómo me mirabas.

—Estoy cansado ¿vale? Independientemente de los robos internacionales de joyas, lo que más me preocupa es encontrar una niñera para Angélica, así cuando, dentro de unas horas, lleguen doce personas a mi curso de búsqueda y rescate podré dedicarme a ellas por completo.

—Lo siento. No era mi intención irrumpir así en tu vida.

Búsqueda y rescate. Así que se dedicaba a encontrar gente que se perdía en la montaña, y enseñaba a otros a hacerlo. A veces, no con mucha frecuencia, se encontraba con alguien que encajaba perfectamente con su trabajo. Y él era uno de ellos. Se preguntó si ella lo sería, y eso la molestó. Su trabajo era su vida entera, tenía que encajar.

—No es culpa tuya —gruñó él.

—Esto tiene muy mala pinta —dijo el agente Frey, volviendo junto a ellos.

—Vale —Toni suspiró—. Arréstame. No permitas que moleste más a este hombre. Interrumpo su búsqueda de niñera.

«Pienso en maridos y bebés y me pregunto si encajo en mi trabajo. Sácame de aquí. Rápido».

—La madre del dueño de la joyería donde estuviste esta mañana ha denunciado su desaparición.

—¡Oh, no! —se llevó la mano a la boca horrorizada.

—Y han revuelto tu habitación del hotel de arriba abajo.

—¿Falta algo? —preguntó ella.

—¿Cómo qué? —él la miró con perspicacia.

—Tengo una cámara. Ahorré dos años para comprarla... ¡oh, que más da! Es ridículo preocuparme por la cámara cuando ese pobre hombre ha desaparecido.

—Preguntaré por la cámara cuando vuelva a llamar. Entretanto, ¿qué te parece ocultarte unos días? Aquí.

—¿Aquí? —gritaron ella y Garret al unísono.

—Alguien te está buscando. Pero no sabemos quién. A estas alturas, probablemente sepan más de ti que tu propia madre. Si esta gente es tan sofisticada como parece, en cuanto utilices tu tarjeta de crédito una vez, te encontrarán.

—Pero dejarán de buscarme cuando se haga público que el anillo ha aparecido, ¿no?

—Puede que este anillo —dijo el agente con suavidad—, sea lo único que mantiene con vida al dueño de la joyería.

—¡Santo cielo!

—Me parece que la forma en que saliste de la ciudad fue providencial. Te has evaporado. No pueden encontrarte. Nadie te buscará en Eliza, nunca.

Ella lo miró boquiabierta, igual que Garret.

—Me ha dado la impresión de que sólo hay tres o cuatro casas en Eliza —apuntó ella—. No estarás pensando en ponerme bajo custodia para protegerme, ¿verdad?

—No. Garret tiene una habitación libre.

Garret soltó un taco.

—Y además —añadió el agente Frey con una sonrisa—, necesita una niñera durante unos días.

Toni soltó un taco.

—¡No sé nada de bebés!

—Él tampoco sabía nada hace unos meses.

—A Angélica le molesta que la llamen bebé. Está muy sensibilizada con respecto a su tamaño —dijo Garret distraídamente, mirándola con otros ojos, ahora que veía que Toni podía serle útil. Le dedicó una sonrisa traviesa. Si ya estaba bien antes, cuando se esforzaba un poco, era guapísimo.

Ella le lanzó una mirada asesina.

—Hace diez minutos pensabas que era una ladrona internacional de joyas y ¿ahora quieres que cuide de tu beb... niña?

—No he dicho que pensara que eres una ladrona.

—Yo no pensé que fueras una ladrona —intervino el agente Frey con sorpresa.

—No sabéis nada de mí —insistió ella con desesperación.

—No tienes antecedentes criminales —ofreció amablemente el agente Frey—. Lo he comprobado.

—Muchas gracias —escupió ella.

—Yo te ayudo a ti y tú me ayudas a mí. Sólo durante unos días —la voz de Garret sonaba suave y sensual como la seda.

—¿Acaso tengo elección?

—En realidad no —afirmaron ambos hombres.

—No tengo nada que ponerme.

—Mis cosas te valdrán.

—Eso es lo que me temía.

—Voy a por cara de ángel. Así podéis empezar a conoceros mejor —dijo el agente Frey, subiendo y bajando las cejas de forma sugerente.

—Oh, cielos —farfulló Toni.

—Lo mismo digo —repuso Garret.

Testarudos, los dos miraron fijamente el televisor.

Minutos después se abrió la puerta. El agente Frey se agachó, para no tirar a la pasajera que llevaba sobre los hombros.

Incluso antes de que Toni viera a la niña, tuvo la impresión de que la habitación se iluminaba. Cuando levantó la cabeza se quedó sin respiración.

La niña tenía tres o cuatro años y era absolutamente preciosa, el vivo retrato de su tío, pero con rasgos delicados. Pelo oscuro y ondulado y enormes ojos azul zafiro.

—Abajo —ordenó la niña cuando vio a Toni. Cruzó la habitación dando saltitos y miró solemnemente a Toni, después su cara se iluminó con una sonrisa—. Hola, tía —exclamó.

—¿Qué? —preguntó Garret—. ¿Qué has dicho?

—He dicho hola —la niña se encogió de hombros.

—¿No has dicho «hola amiguita»? ¿Conoces a esta señora?

Angélica la miró con ojos traviosos y Toni tuvo la extraña sensación de que la conocía. Y además sintió algo arrebatador, como si saltara a un precipicio.

Al mirar esos increíbles ojos brillantes, se enamoró perdidamente. ¿Por qué la había llamado «tía»? ¿Y por qué había oído Garret algo distinto?

—¿Qué has dicho, Angélica? —insistió su tío.

—He dicho hola —replicó la niña tranquila—. Eso es todo. Está nevando —añadió con placer—. Tengo un tobogán nuevo. ¿Vas a montar conmigo mañana? —una mano regordeta agarró la de Toni.

—¿Un tobogán? —dijo Toni dubitativa—. ¿Como un trineo para la nieve?

Angélica asintió vigorosamente.

—Me gusta ir muy rápido —advirtió.

Toni, que no había visto la nieve hasta esa noche, no deseó otra cosa que bajar a toda velocidad por una ladera con esa niña.

De repente su aventura adquiría un tinte mágico.

Cuatro días allí no le parecían un encierro sino algo muy distinto. Era su destino. El destino la llevaba de vuelta a algo que siempre fue y que siempre sería.

Miró los brillantes ojos azules y después miró los de Garret, del mismo color pero teñidos de misterio, dureza y un atisbo de sexualidad.

Se estremeció.

Hola, amiguita...

Capítulo 3

Lo que Garret sentía por Toni comenzó a cambiar cuando ella miró los árboles del camino y, con ilusión casi infantil, los llamó árboles de Navidad. Y cambió aún más cuando la vio subir el sendero hacia la casa.

Hasta ese momento había sentido como su muralla defensiva se alzaba indestructible. Parecía una modelo: cabello como una llama alborotada, ojos color jade intenso, nariz recta, labios carnosos y cutis de seda. Tenía las piernas largas y esbeltas, llevaba un traje de corte impecable y la falda era lo suficientemente corta como para hacer que se le secara la boca.

Ese estilo de perfección y belleza le desagradaba. Era el tipo de mujer que llevaba a los hombres a hacer el ridículo, a pelearse por estar con ella.

Él nunca había hecho el ridículo ni se había peleado por una mujer, y no estaba dispuesto a empezar.

Pero su muralla defensiva se resquebrajó cuando llamo árboles de Navidad a la hilera de piceas y pinos. Y comenzó a derrumbarse en el momento en que se agachó y se llevó un puñado de nieve a la boca.

Y no fue sólo porque su corta falda hubiera dejado a la vista gran parte de su muslo. Fue porque percibió algo en ella: un corazón tras su pulido exterior, una niña oculta tras esa mujer sofisticada que podía volver loca a la población masculina con un parpadeo de sus pestañas.

Ella lo miró, con restos de nieve alrededor de la boca, y se sonrojó. Y él se sintió tremendamente vulnerable.

Probablemente eso fue lo que la llevó a concluir, erróneamente, que él la consideraba una ladrona de joyas. Porque cuando se sentía vulnerable, se escondía tras una helada máscara de lejanía.

No estaba acostumbrado a sentirse vulnerable. Quizá no esta acostumbrado a sentir, sin más. Pero la pérdida de su hermano, Matthew, y de su cuñada, Sarah, y el que Angélica hubiera entrado en su vida, había envuelto su corazón con una extraña ternura.

En ese momento no era capaz de defenderse contra un asalto al corazón. Aunque ella no intentaría algo así, se reconvino con cinismo. Pero cometió el error de mirar a Toni cuando Angélica atravesó el umbral a hombros de Frey. Su rostro se había suavizado, sus ojos verdes se iluminaron, cariñosos, desde el interior.

Era el tipo de mujer que puede realizar un asalto frontal contra un corazón herido sin siquiera darse cuenta de que lo está haciendo.

¿Y si era todo lo que aparentaba? ¿Maravillosa, por dentro y por fuera? Iba a estar allí cuatro días.

—¿Qué has dicho, títo?

—¿Qué? ¡Nada! —replicó. Pero Frey lo miraba con una sonrisa burlona.

Angélica, tras dedicar una última sonrisa a Toni y asegurarse de que la había

seducido por completo, se acercó a él y se encaramó en su regazo.

Que Angélica lo aceptara y le entregara su amor tan incondicionalmente, no dejaba de asombrarlo y darle una lección de humildad. ¿Qué había hecho en su vida para merecer tanto?

—¿Has traído mis galletas?

—¿Qué galletas? —frunció el entrecejo, simulando desconcierto. Ella no lo creyó.

—Mis galletas con el futuro dentro. ¿Dónde están?

Se echó a reír, la niña sabía demasiado bien que sus deseos eran como órdenes para él.

—Galletas del destino —corrigió—. Están junto a la puerta de entrada.

Ella volvió un momento después, con los ojos brillantes de expectación y una enorme bolsa de galletas. Educadamente, ofreció la bolsa a todos y, poniéndose de rodillas en una silla, partió una galleta, sacó el papel que había dentro y movió los ojos de un lado a otro, como si realmente pudiera leer su destino.

—Tú primero —ordenó a su tío.

—Recibirás una gran recompensa por tu esfuerzo —leyó Garret.

El y sus colegas del equipo de rescate, siempre jugaban a «alegrar» su destino añadiendo las palabras «en la cama» al final. Echó una ojeada a Miss California, allí sentada y no pudo evitar pensar; «Ya me gustaría». Se recordó con firmeza que tenía que ser un buen papá.

—Ahora tú —ordenó Angélica a Frey, su sumiso esclavo.

—Atraparás a muchos ladrones y serás un héroe —soltó Frey.

—Mentiroso —proclamó Angélica, mirándolo con cinismo. Él se echó a reír. — Aprende a olvidarte de los problemas del pasado. Tu futuro es brillante.

—Ahora tú —dijo Angélica a Toni.

—Conocerás una gran felicidad —dijo Toni, pero su destino no pareció hacerla feliz. Una ligera mueca de disgusto oscureció su rostro.

Garret añadió un silencioso «en la cama», y su sangre hirvió de tal manera que sintió la necesidad de levantarse a preparar más chocolate.

—Eso es casi lo mismo que me dijo el hombre en Chinatown cuando me dio el anillo —musitó Toni.

Tenía la voz espesa y suave, como nata montada. Garret decidió que era peligroso pensar en ella y en nata montada al mismo tiempo.

—Lee la mía —Angélica le dio su nota a Toni.

Él sintió cierto disgusto. ¿Ya lo había reemplazado? Se dijo que Toni estaba más cerca, que él seguía en el mostrador, preocupándose por el chocolate. Las viejecitas se preocupaban, se corrigió. Los hombres... ¿organizaban?

Una hora antes no habría dedicado tanto tiempo a la mera semántica. Estaba claro: era de esas mujeres que lo cambian todo.

—La gente desea tu liderato —leyó Toni.

Garret eligió ese momento para volver del mostrador con una bandeja cargada para preparar más chocolate. Miró a su diminuta sobrina, radiante, y después a Toni, que lucía una esplendorosa sonrisa. Le salían hoyuelos cuando sonreía.

Supuso que sonreía con frecuencia. Y que algunos hombres estarían dispuestos a dedicar su vida entera a provocar esa sonrisa. Volvió a dejar la bandeja en el mostrador. Ya estaba bien de tonterías.

—¿Qué significa eso? —preguntó Angélica.

—Significa que la gente te sigue —explicó él—. Cómete la galleta y a la cama. Se está haciendo tarde.

Angélica comenzó a mordisquear la galleta lentamente, acribillando a Toni con preguntas sobre dónde vivía.

—¿Siempre hace calor en California? ¿Vas a la playa todos los días? ¿Te pones bikini?

Esa pregunta también le dejó la boca seca. Llevaba demasiado tiempo viviendo como un ermitaño. Ella dijo que no se ponía bikini y él se preguntó por qué diablos no lo hacía. Si había una mujer nacida para llevar uno, esa era ella.

—¿Ves ballenas? ¿Delfines? ¿Canguros? ¿Ardillas?

Él comprendió que su adorada sobrina estaba utilizando estrategias para retrasar la hora de irse a la cama, aunque se le caían los párpados de sueño. En un minuto dejaría caer la cabeza sobre la mesa y estaría dormida. Una vez, se escurrió de la silla al suelo tan bruscamente que no le dio tiempo ni a enterarse.

—Angie, hora de dormir —dijo con firmeza. La levantó en brazos y se marchó por el pasillo. Unos minutos después le había puesto un camisón de franela roja, comprado ese mismo día, y había conseguido sujetarle el pelo con un lazo.

—Buenas noches, títo —murmuró ella, acurrucada bajo el edredón—. Dale las buenas noches a tía de mi parte.

—No es tu tía —dijo él con más dureza de la necesaria.

—Oh —dijo Angélica, adormilada—. ¿Puede darme un beso de buenas noches?

—Ángel, apenas conoces a la señora.

—¡La conozco! —afirmó con tozudez inesperada.

—¿De dónde? —respingó él.

—De aquí —la niña se tocó la cabeza con autoridad.

—Eres una ratita bien rara —dijo él, relajándose.

—Te quiero.

Se lo decía todas las noches, sin falta. Y todas las noches, él sentía el mismo nudo en la garganta.

Ella le entregaba su amor y su confianza plenamente. Confiaba totalmente en que él sería su papá. Todos los días llenaba su mundo con pequeños regalos: su risa, su manita agarrándose a la de él, su curiosidad, sus comentarios, su insistencia en recibir abrazos y besos.

—Yo también te quiero —dijo, luchando contra el nudo que tenía en la garganta.

Cuando volvió a salir, Frey se había marchado y Toni estaba ante el fregadero aclarando los tazones.

¿Cómo podía una simple falda gris, de corte puramente ejecutivo, resultar tan endiabladamente sexy? ¿Cómo podía esa chica, de portada de revista, parecer tan cómoda en su humilde cocina?

—¿Estás seguro de que no seré una molestia? —se volvió hacia él y se secó las manos.

—Una ayuda —le recordó él, gruñón.

—Tu sobrina es una niña increíble. Se parece mucho a ti —sonrió ella.

—Mi hermano y yo somos... éramos gemelos —aún no podía decirlo sin que se le encogiera el corazón.

—¿Erais? —preguntó ella.

Sus ojos eran suaves, amables. Como si no supiese que era preciosa. O como si lo supiera y le diese igual.

—Murió en un accidente de avión. Su mujer también —era casi demasiado doloroso decirlo, aunque lo había dicho muchas veces.

—Lo siento mucho —sus ojos se agrandaron, pero su voz sonó aún más suave. Se acercó a él y le puso una mano sobre el brazo. Su caricia fue como la de un ángel, cálida y suave. Olía divinamente. Estaba suficientemente cerca de ella para ver que sus ojos se nublaban con el recuerdo de algo doloroso. Quiso preguntar qué, pero se apartó bruscamente, sus propias emociones estaban demasiado a flor de piel. No necesitaba más complicaciones. Los últimos seis meses casi habían podido con él.

Con firmeza, la condujo por el pasillo hacia su habitación. Abrió la puerta y, prácticamente, la empujó dentro, cerrando de un golpe. No se permitió ni un segundo de titubeo.

Estaba cansado. Tenía mucho trabajo al día siguiente. Si hubiera titubeado, siquiera un segundo, quizás no habría podido resistirse a abrir la puerta, mostrarle su corazón herido y pedirle que le ayudara a curarlo.

«Garret», se dijo con firmeza, «esa es la idea más ridícula que has tenido nunca».

Toni se apoyó contra la puerta un momento, con los ojos cerrados.

Cuando la niña se subió a la rodilla de Garret deseó intensamente tener una cámara para capturar el momento en que la dureza de su rostro se derritió, sus ojos se suavizaron y miró a su sobrina con reverencia.

Y cuando le habló de su hermano y de su cuñada, el dolor que oscureció sus ojos fue tan vivo e intenso que no tuvo que preguntar cuándo ocurrió. Supo que era algo muy reciente.

Y alargó la mano para tocarlo. Sintió la fuerza acerada de su brazo bajo la yema de los dedos y, durante un segundo, notó que él vacilaba. Parecía a punto de acercarse a ella y aceptar lo que le ofrecía. Pero se apartó de golpe, ¡como si lo hubiera quemado! Suspiró y abrió los ojos. ¿Qué era lo que le había ofrecido? Consuelo, imaginaba. Pero no hubiera hecho falta mucho para que se convirtiera en otra cosa.

Al mirar sus ojos, su rostro, su fuerza, la confianza que irradiaba, algo en ella se estremecía. Algo peligroso, excitante e imperioso.

Se obligó a no pensar en él y se concentró en mirar la habitación. De nuevo, paredes y suelos emitían un brillo dorado, convirtiéndose en el centro de atención de una habitación muy sencilla. Había una cama estrecha, hecha con tanta perfección que una moneda habría rebotado en ella. Un tocador antiguo, que pedía a gritos un ramo de flores secas. Una mesa junto a la cama con un reloj despertador. Una ventana sin cortinas.

Se acercó a la ventana, preguntándose por qué no tenía cortinas. La respuesta fue evidente cuando miró fuera. La noche había aclarado, y la luna se asomaba tras de una impresionante montaña. El jardín trasero estaba bañado en luz plateada. Era enorme, lleno de árboles y juguetes para la nieve. Los copos de nieve revoloteaban alrededor de un tobogán y un columpio.

Las montañas estaban detrás. Incluso en la oscuridad, su majestuosidad era inequívoca, imponente.

No había cortinas porque nadie podía ver el interior, y había mucho que ver en el exterior.

Volvió hacia la cama, súbitamente cansada, y se dio cuenta de lo difícil de su situación. No tenía nada: ni pijama, ni ropa para el día siguiente. Ni crema desmaquilladora, ni peine, ni cepillo de dientes. No podía quedarse allí. ¿Qué locura la había llevado a aceptar?

Pensó en la sonrisa de la niña. Quizás fuera magia, más que locura.

Aún así, no pensaba dormir desnuda en casa de un extraño. Y menos aún con esa falda tan estrecha. Fue hacia el armario, abrió la puerta y lo encontró tan vacío como esperaba. Iba a tener que pedirle algunas cosas básicas. Sólo pensarlo le hizo estremecerse.

¿Qué le pasaba? Era la mano derecha de Madame Yeltsy, y eso implicaba no dejarse intimidar. Aun así, la idea de ir a llamar a su dormitorio le hacía temblar.

Tenía que hacerlo rápido, o él se acostaría. ¡Y cualquiera sabía si se ponía algo para dormir!

Salió al pasillo y se asomó al dormitorio de Angélica por la puerta entreabierta. Sonrió. La niña parecía un bebé, perdida entre el edredón, con las mejillas redondas y suaves, las pestañas espesas y oscuras.

Inspiró profundamente y siguió adelante. Vio luz bajo la puerta de él y llamó con los nudillos.

Silencio.

De pronto la puerta se abrió y allí estaba él, con vaqueros y una camisa, que obviamente se había puesto a toda prisa, sin remeter y mal abotonada.

—¿Sí?

Toni notó el golpeteo de su corazón. Había poca luz, y él tenía el mismo aspecto que cuando lo vio en el coche por primera vez.

Un bucanero. Un vaquero. Un viajero del espacio.

Su fantasía más secreta y salvaje, allí de pie, en carne y hueso.

—Ejem —carraspeó—. Yo... necesito algo para dormir. ¿Una camiseta? Y algo para mañana.

—Ah —la miró un momento y se dio la vuelta—. Un segundo.

Ella se asomó, mirando a su alrededor con interés. La habitación era espartana y masculina. Había una cama enorme cubierta con una simple colcha de cuadros. Una cómoda y, encima, una fotografía con un marco de plata. La escudriñó con los ojos. Él con una mujer. Una mujer bellísima. De pelo largo color azabache y pómulos altos y bien dibujados. Ojos oscuros e intensos.

En fin, ¿qué otra cosa se podía esperar? Intentó no hacer caso del quejido de su corazón y continuó su inspección. Ni un calcetín en el suelo, ni una camisa colgada de la cama.

—Eres muy ordenado para ser soltero, ¿no? —comentó.

—Qué eres tú ¿experta en solteros? —dijo él, dejando de revolver en el armario y volviéndose hacia ella.

—Bueno —admitió ella, entrando en la habitación y sentándose al borde de la cama—. He conocido a uno o dos. Esconden los platos sucios en el horno.

—Puede que yo también esconda los platos sucios en el horno —la miró por encima del hombro y pareció perturbarlo verla sentada sobre la cama.

—Me apostaría cualquier cosa a que no.

—Vale, tú ganas, no —la miró, y un esbozo de sonrisa iluminó su rostro.

Tenía los dientes blancos y bien alineados. Toni sintió una reacción extraña ante esa sonrisa. Una mujer podría dedicar su vida a eso: a intentar que sonriera.

—Mira si te vale algo de esto —él se acercó y echó ropa para una semana encima de la cama.

Toni comenzó a elegir, pendiente de él todo el tiempo: de su altura y de la anchura de sus hombros, del hecho de que detrás de esos ojos severos y de esos labios se escondía una sonrisa. Apenas vio las camisas de franela, los vaqueros y los jerseys.

Estaba a solas con ese hombre impresionante. En su dormitorio. Elijiendo calcetines.

—¿Tienes un sujetador? —bromeó, intentando recuperar su yo habitual, la Toni que provocaba y flirteaba sin esfuerzo aparente, pero que nunca dejaba que la cosa fuera a más.

¿O acaso intentaba hacerle sonreír otra vez?

—No. Lo siento.

Increíble. Era un hombre seguro, imperturbable, pero se había ruborizado.

—Ya se me ocurrirá algo —le dijo ella con modestia.

—Me alegro —replicó él. Ya estaba junto a la puerta, sujetándola, deseando que ella saliera de su espacio.

Ella recogió su botín y salió. Si no se equivocaba, él cerró la puerta con

demasiada fuerza.

Cuando se marchó, Garret se apoyó contra la puerta, con los ojos cerrados.

Que Dios se apiadara de él.

Cuando oyó que llamaba, lo primero que se le ocurrió fue «Dios mío, el en la cama de la galleta del destino va a cumplirse».

Pero comprendió que no era eso lo que deseaba. Ahora tenía responsabilidades. Una niña que, durante los siguientes doce años, lo miraría como ejemplo a seguir, como guía de comportamiento en el mundo.

Además, en cuanto vio a Toni supo que no era esa clase de mujer. No sabía por qué, pero estaba seguro de que algún día sería la mujer de alguien para toda la vida. Era preciosa y encantadora.

Su broma sobre el sujetador hizo que su mente se disparara en direcciones que no eran las adecuadas para alguien que acababa de proclamarse célibe.

Menos mal que tenía un trabajo que hacer. No sólo criar a Angélica, sino su otro trabajo. El que pagaba las facturas y consumía todo su tiempo, y al que entregaba su corazón y alma.

Fue hacia la ventana y miró el jardín nevado y las montañas que había detrás. Mount Garibaldi, Diamond Head y Black Tusk, las tres prácticamente en su jardín. Con un suspiro que deseó fuera de satisfacción, pero que no lo era, se apartó de la ventana.

Miró la fotografía de su hermano y de su cuñada. Se habían amado como nunca había visto hacerlo a nadie. Se reían y jugaban juntos como niños.

Hacía mucho tiempo que decidió esperar hasta encontrar lo que ellos tenían. Entonces no sabía lo difícil que era eso. Y ahora que lo sabía, no se arrepentía de su decisión. Casi nunca.

A veces, tras un largo y crudo invierno en que las noches se hacían eternas, notaba un pequeño nudo de soledad, justo en el centro de su corazón.

No tenía nada que ver con la llegada de esa atractiva extraña. Nada. Oyó crujir los muelles de la cama en el dormitorio de ella.

Bueno, quizás si tenía algo que ver con ella.

Una locura, pensó con un suspiro, quitándose la ropa. Se puso un pantalón de chándal. Siempre había dormido desnudo, pero dejó de hacerlo con la llegada de Angélica. A veces gritaba por la noche, con tanta urgencia y desesperación, que no podía perder tiempo buscando algo que ponerse. Se metió en la cama y cruzó los brazos tras la cabeza, mirando el techo.

Pensando en ella. Toni. En sus labios carnosos, su pelo llameante, la voluptuosidad de su delgada figura. En cómo probó la nieve. En la tristeza de sus ojos cuando mencionó a su hermano.

Una locura, se recriminó.

O quizás magia, le pareció oír susurrar a las montañas.

Capítulo 4

Toni se despertó y suspiró con suavidad. Tenía ante sí la cara de un ángel. Mejillas redondas y suaves, rizos negros y ojos azules como el zafiro, grandes e inocentes, que brillaban traviosos y alegres.

Entonces recordó: era Angélica. Pero la sensación cálida y maravillosa que sintió al pensar que veía un ángel, no disminuyó.

La niña llevaba un encantador camisón de franela roja, con un lazo blanco en el cuello, y era exactamente igual que el ángel que Toni y su madre solían poner en lo alto del árbol de Navidad.

—¿Puedo llamarte títa?

Era una pregunta demasiado complicada para comenzar el día. En realidad no se conocían, a pesar de la ternura que sentía al verla. Y no estaba segura de querer ser «títa» cuando él era títo.

Garret. Vio su rostro con tanta claridad que supo que había soñado con él. —Creo que Toni sería mejor.

—¿Por favor? —suplicó Angélica, con cara de desilusión.

¿Quién podía resistirse a eso?

—Si es tan importante para ti, supongo que no pasa nada si me llamas títa — aceptó Toni, y fue recompensada con una sonrisa que iluminó toda la habitación, por no hablar de su corazón.

—¡Sí que lo es! —le dijo Angélica—. Toni es nombre de chico ¿sabes?

—Bueno, yo lo escribo con i latina, y es nombre de chica.

—Como lo escribes no cambia como suena, y suena a nombre de chico —rió Angélica—. Una vez conocí a uno que se llamaba así. Y no me caía nada bien.

—Mi nombre es diminutivo de Antonia, igual que Angie es diminutivo de Angélica.

—Títa también puede ser diminutivo de Antonia —declaró Angélica con satisfacción.

—Supongo que sí.

—¿Sabes que tienes ojos de mapache?

—¡Angélica!

Garret estaba en el umbral, vestido con vaqueros negros y una camisa de cuadros también negra. Parecía menos rudo que la noche anterior y Toni comprendió, por su pelo húmedo y la suavidad satinada de sus mejillas que ya se había afeitado y duchado. Tenía una taza humeante en la mano, y el apetecible aroma a café y a hombre limpio le cosquilleó la nariz.

Al verlo sintió algo parecido al aleteo de una mariposa en el corazón. Toni nunca había sentido algo así. Recordó uno de los sueños de esa noche.

Estaba de pie entre la hierba alta a orillas de un río y con un vestido largo y blanco. Él estaba frente a ella, vestido con ropa de piel de gamuza, y la miraba, con

ojos luminosos y risueños.

En ese momento, cuando aún oscilaba entre estar despierta o dormida, sería fácil creer que existía la eternidad y que lo conocía desde entonces.

Se atrevió a mirarlo. No parecía un hombre que riera mucho, ni que creyera en la eternidad. Sus ojos eran zafiro, como los de su sobrina, pero sin su chispeante alegría. Tenía la boca firme y recta, sin sonrisa. Era el rostro de un hombre acostumbrado a la autoridad, que tomaba decisiones difíciles con frecuencia y facilidad. Pero esas decisiones habían dejado huella en sus rasgos, en su alma.

—Angélica —dijo con severidad a su sobrina, trayendo a Toni de vuelta al presente—. Te dije que dejaras dormir a la señora.

Ojos de mapache. Toni comprendió de pronto que el maquillaje se le había corrido, dejando surcos negros bajo sus ojos. ¿Habría alguna manera elegante de desaparecer bajo las mantas?

—Ya había terminado de dormir —proclamó Angélica—. ¿Verdad, tía?

Toni miró deseosa la caja de pañuelos de papel que había junto a la cama. ¿Cómo pasarse uno por la cara con disimulo?

—¿Tía? —repitió Garret—. Creí que ya habíamos hablado de eso, Angélica.

—Bueno, tía y yo ya hemos hablado de eso esta mañana, y ha dicho que le parece bien.

Garret miró a Toni con dureza. Ella consideró la posibilidad de echarse un brazo a la cara, con un gesto teatral, y aprovechar para ocultar sus ojos tiznados.

—Sólo me parece bien, si se lo parece a tu tío —le dijo Toni a Angélica.

—Su nombre verdadero es Antonio...

—Antonia —corrigió Toni débilmente.

—Que es un nombre bastante feo —informó Angélica a su tío con tono confidencial—, y Toni es nombre de chico aunque se escriba con i latina y cualquiera vería que no es un chico, así que voy a llamarla tía y a ella le parece bien. ¿Te has dado cuenta de que tiene ojos de mapache?

Toni deseó que la tierra se tragara la cama, con ella dentro.

—Ejem, no, no me había dado cuenta —dijo él diplomáticamente, mirándola pensativo. Su voz era algo casi pecaminoso, suave y con un atisbo de rudeza.

—Justo aquí —dijo Angélica impaciencia, y pasó los dedos por debajo de los ojos de Toni.

—¡Angélica! Ya está bien.

Toni notó que, a pesar del tono severo de su voz, intentaba controlar la risa. Su sobrina era capaz de hacer que saliera a la superficie su lado más amable.

De hecho, ella misma se esforzó para no reír, al ver la cómica y dolida expresión de Angélica cuando apartó los dedos y miró a su tío.

—Sólo te lo estaba enseñando.

—No es educado enseñar esas cosas.

—¡Oh! Yo quiero ser una niña educada.

—Ya lo sé, cariño. ¿Y si nos vamos a desayunar y dejamos a Toni...

—¡Tiíta!

—Toni —insistió él con firmeza—, vendrá cuando esté lista.

—¡Mira! —exclamó Angélica, mirándose los dedos con los ojos muy abiertos—. ¡Tengo ojos de mapache en las manos! —se volvió y miró a Angélica fijamente—. Destiñes igual que el rotulador negro que ya no me dejan que use.

El silencio fue eléctrico. Toni no se atrevía a mirara Garret. Su rostro era una máscara, pero sus hombros temblaban. Sabía que quería reprender a su sobrina, pero que no se atrevía a abrir la boca.

Toni se echó a reír. Parecía la mejor opción en ese momento: reír o llorar. Y ganó la risa.

Entonces él se dejó llevar y ser rió, una carcajada profunda y sonora.

—No entiendo qué es tan divertido —Angélica los miró con sorpresa.

Toni aulló de risa. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se limpió con la larga manga de la camisa blanca que había utilizado como camisón. La manga se tiznó de negro. Ella rió con más fuerza, y lo mismo hizo él.

—Nunca entenderé a los mayores —Angélica los miró con cierto enfado, sacudió la cabeza y salió de la habitación muy tiesa.

Las risas acabaron por fin. Él la miraba con el rostro relajado por la risa, pero solemne.

—Gracias —dijo él suavemente.

Sus ojos eran iguales que en el sueño: como si estuvieran iluminados desde dentro. Tuvo la impresión de atisbar su alma, normalmente oculta.

—¿Por parecer un mapache? —preguntó, utilizando la broma para romper la intensidad del momento. En realidad temblaba por dentro como la heroína de una novela rosa—. Cuando quieras. Es mi especialidad.

La había enganchado, pero ¿no la controlaría!

—Dudo que seas especialista en tener ojos de mapache —dijo él.

—¿Lo dudas?

—Eres una mujer sofisticada, poderosa. No es fácil pillarte desprevenida. Lo llevas escrito en la cara.

Su tono ya no era cálido y ella tuvo la sensación de que le atraían más los mapaches que las mujeres sofisticadas y poderosas. Gracias a Dios. —¿Qué es exactamente lo que llevo escrito en la cara? —preguntó, aunque no estaba segura de querer conocer la respuesta. Percibía que se le daba bien evaluar a la gente y se maldijo porque le importara lo que pensaba de ella. Hubiera dado cualquier cosa por aparentar indiferencia, pero no podía—. ¿Tienes algo en contra de las mujeres fuertes e independientes? —insistió, cuando él no contestó de inmediato.

—No. Nada en absoluto.

—Escúpelo —ordenó.

Él estrechó los ojos. No estaba acostumbrado a que le dieran órdenes.

—No sabes nada de mí —rezongó ella.

—¿Qué te parece esto? —dijo él—. Tienes un trabajo de altos vuelos.

—Eso te lo dije anoche.

—Ya me lo había dicho tu traje gris. Vives en un apartamento con chimenea y piscina, y no usas ninguna de las dos cosas.

—¡Uso la piscina!

Él la miró con escepticismo.

—De vez en cuando —confesó y, a la defensiva, añadió—. ¡Hace barbaridades con el color de mi pelo!

—Tienes un armario lleno de ropa de uno y seda y de zapatos de tacón alto.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Tienes ordenador y teléfono móvil, y sabes todo lo necesario para sobrevivir en una gran ciudad. Probablemente puedes asustar a cualquier tipo raro con una sola mirada.

—O unas palabras bien escogidas —admitió ella con orgullo.

—Encargas comida vegetariana por teléfono o compras platos preparados bajos en calorías, que calientas en el microondas.

—¡Sé cocinar! —era mentira. Pero sabía leer, y no creía que guisar tuviera más complicación que comprar un libro de cocina y leerlo.

—Si se va la luz, estás perdida.

—No es verdad —otra mentira. La última vez que se fue la luz tuvo que preparar los cereales del desayuno con agua del grifo, una experiencia que no deseaba repetir. Y después pasó una hora en el coche, furiosa; la puerta del garaje no funcionaba sin electricidad.

—El año pasado visitaron Garibaldi ochenta mil personas. Muchos sabían perfectamente lo que les esperaba, pero algunos consideraban este parque natural como una novedad, como si estuviera aquí expresamente para divertirles, igual que Disneylandia. Creían que iba a ser una experiencia plácida y fácil de controlar, como el termostato de la piscina o el interruptor de sus chimeneas eléctricas. Y no lo fue. Hay 480.000 acres de tierra salvaje y magnífica fuera de esta casa. Pero es poderosa y despiadada, y hay que tratarla con un respeto total.

—Gracias, guarda forestal.

—Me has preguntado lo que pensaba y te he contestado. Te consideras fuerte e independiente, y eso es bueno. En tu mundo. Pero ahora estás en el mío.

Sí estaba en su mundo, y tenía que escucharlo y seguir sus normas, lo sabía. Pero no pensaba dejarle creer que se rendía tan fácilmente.

—Está mal generalizar así. Por ejemplo, no espero que utilices un gorro con cola de mapache...—se arrepintió de haberle recordado los mapaches porque él miró los círculos negros que rodeaban sus ojos—, ni un oso en el jardín de atrás como mascota, aunque sea evidente que eres algún tipo de montañero.

—¿Y qué crees tú que es un montañero?

«Alguien fiero. Independiente. Salvaje. Increíblemente sexy».

—Alguien que vive en las montañas. Lo único que intento explicarte —dijo—, es que no soy completamente idiota sólo por venir de otro entorno.

—Pues yo allí sería un idiota. Seguramente pillaría una insolación. O me atracarían.

Ella lo miró. Era verdad que no sabía nada del mundo de ella.

—Nadie te atracaría.

—¿Por qué no?

—Por tu aspecto.

—¿De?

«Fuerza. Rudeza. Confianza».

—Los atracadores van a por los débiles. Lo que intento decir es que estoy segura de que usarías el sentido común en mi entorno, igual que haré yo en el tuyo.

—Y lo de anoche ¿es un ejemplo del sentido común que puedo esperar de ti?

—¿Anoche?

—Estabas dispuesta a salir en mitad de la noche vestida con una blusa de seda y zapatos de tacón.

—Oh. Eso.

—Eso es cuanto hace falta para que yo acabe rescatándote de un acantilado, tiritando y medio muerta, a las cuatro de la mañana.

La idea de ser rescatada por él era casi insoportablemente atractiva. ¡Y Madame Yeltsy siempre la había considerado una chica sensata!

—¿Estás seguro de que quieres que cuide de tu sobrina? —preguntó, con ese tono helado que reservaba para los tipos raros.

—Sé que Angie estará a salvo contigo. Pero has preguntado, y te habría tenido que avisar de todas formas. Las montañas son peligrosas para los novatos, para cualquiera que no las conozca. El clima cambia con la rapidez del rayo. Es muy fácil perder el rumbo en una montaña y no distinguir el este del oeste.

Ella decidió no confesarle que no distinguía el este del oeste ni en sus mejores momentos.

—Me gustaría que Angie y tú os quedarais en el jardín o en el camino. Si vais al pueblo, id por la carretera. No decidas explorar el bosque.

Ella pensó que era algo tirano. Muy controlador. Justo el tipo de hombre que no le gustaba nada. Gracias a Dios.

—¿Por que me has dado las gracias, antes de que cambiáramos de tema? —le preguntó. Él movió la cabeza de lado a lado y un asomo de ese brillo sexy volvió a sus ojos.

—Hacía mucho, mucho tiempo, que no me reía así. Supongo que no contaba con volver a hacerlo —su voz de comando, tan fuerte y segura, parecía teñida de vulnerabilidad.

—Conozco esa sensación —le dijo—. Mi madre murió cuando tenía diecisiete

años. Me sentí como si mi alegría se convirtiera en polvo, que se llevó el viento.

—¿Y cuando volví?

Ella pensó que había sido un instante antes, cuando él se rió, antes de que sus ojos y su actitud se volvieran tan fríos y poco acogedores como el círculo polar ártico. Del que no debían estar muy lejos, geográficamente hablando.

—No estoy segura —dijo en voz alta—. Nunca he dejado de echarla de menos, pero con el paso del tiempo he llegado a sentir que aún está conmigo. Cuando ocurren cosas buenas, es como si estuviera a mi lado.

Nunca le había dicho eso a nadie, y sintió que la invadía el rubor. Él pensaría que era una loca californiana, dedicada a las bolas de cristal, las galletas de avena y los mantras místicos.

—Eso seguramente te parece increíblemente tonto —le dijo con sequedad.

—Me parece... esperanzador —había dudado antes de contestar y su voz volvía a ser suave—. ¿Así que cuando murió te quedaste sola con tu padre?

—Mi padre murió cuando era niña.

—¿Hermanos o hermanas?

Ella negó con la cabeza rememorando, por primera vez en mucho tiempo, cuando sola había estado.

—¿Te quedaste sola? ¿Con diecisiete años? Eso debió ser muy duro.

Eso se quedaba corto. Estaba a punto de empezar a estudiar arte, y de pronto le rompieron el corazón. No había dinero y, en cualquier caso, no hubiera podido pintar ni dibujar.

—Hay montañas de todo tipo —repuso—. Empecé a trabajar como dependienta en una boutique. Ahora soy compradora para esa cadena de tiendas.

—Tienes tantas agallas como aparentas ¿verdad?

—Y más, me temo —no estaba segura de que le hubieran dicho nunca que aparentaba tener agallas. Pero tampoco había estado antes en una situación tan íntima con un hombre, con los ojos tiznados de maquillaje.

Tenía agallas, como un boxeador. O como un fox terrier de ojos negros.

—Prepararé el desayuno —dijo Angie, que volvió vestida con un peto vaquero y una camisa del color del sol—. ¿Copos de cereales o crispies? ¿Sabes como hacer trenzas de raíz?

—¿Para el desayuno? —preguntó Toni, confusa. Garret se echó a reír otra vez.

—Vale ya, chicas, tened piedad. Me van a dar calambres en el estómago.

Chicas. Toni nunca había deseado tanto que la vieran como una mujer al cien por cien.

—Las trenzas de raíz son para el pelo —explicó Angie.

—Vale. Eso creía. Sí se hacerlas. A veces me hago una. Y crispies para desayunar, con azúcar moreno.

—Estaba segura que eras de esas personas que prefieren los crispies —Angie sonrió de oreja a oreja.

—Yo también —corroboró Garret solemne—. Es por el pelo. La delata por completo.

Con agallas. Amante de los crispies.

Era un hombre soltero, absolutamente impresionante y debería alegrarla que no la viera de modo romántico. Al fin y al cabo, ella tenía grandes planes para el futuro. No le incluían a él ni a su adorable sobrina, ni a ese pueblo dormido y nevado.

Madame Yeltsy la había acogido y tenía grandes planes para ella. Pero su mentora no tenía la más mínima paciencia con las mujeres que lo abandonaban todo por un hombre.

Aunque fuera un hombre como ése. Lo vio levantar a Angélica con facilidad y lanzarla por encima de su cabeza. La niña gritó entusiasmada cuando la atrapó y se la echó por encima del hombro. Cerró la puerta al salir y ella, por primera vez, notó que la luz que entraba por la ventana era gris y apagada, no lucía el sol.

Toni salió de la cama y se miró en el espejo que había sobre el tocador. Era mucho peor de lo que se había imaginado. Las manchas que tenía bajo los ojos eran enormes, tenía el pelo alborotado y sus rizos se disparaban en todas direcciones.

Sin saber por qué, casi sintió que Madame Yeltsy la miraba con el ceño fruncido. «Aj», diría, «si te ofrecieras a hacer el papel de bruja mala en una obra de teatro no tendrías ni que abrir la boca».

Madame Yeltsy consideraba que el aspecto de una mujer era una ventaja y una herramienta. No toleraba la ropa casual y todo lo que no fuera un maquillaje y un peinado perfectos provocaba su desaprobación, no siempre silenciosa.

Pero Toni se había despertado muy lejos de estar perfecta, y había visto a esa niña mirándola con enormes ojos azules llenos de ternura.

No hubo malicia cuando se rieron de ella, sólo deleite al disfrutar de los pequeños guiños que la vida hacía a las personas.

Tendría que llamar a su jefa y explicarle lo que ocurría. Eso la hizo sentir una cierta desazón.

La apartó de su mente y eligió la ropa para el día: unos vaqueros que exigían un cinturón y una sudadera de un equipo de fútbol. La desaprobación de Madame Yeltsy sería total. Toni ni siquiera recordaba cuándo se había puesto unos vaqueros por última vez, y no tenía ninguna sudadera.

Salió del dormitorio con la ropa bajo el brazo y fue al baño a ducharse.

Podía oír a Angélica parloteando sin descanso, y los pacientes «mms» con que asentía su tío.

Y de pronto volvió a ocurrir. A pesar de que él no la creyera a la altura de la gente que vivía en sus montañas, sintió que un cálido resplandor le iluminaba el corazón, como si se hubiera tragado una sonrisa.

—¿Está cantando? —preguntó Angélica, interrumpiendo su historia sobre Pongo y Perdita, personajes que él estaba seguro que debía conocer, pero que no se atrevía a admitir que no conocía.

—Eso creo —dijo él, parándose a escuchar mientras sacaba la leche de la nevera.

—Ohhh —exclamó Angélica con entusiasmo—. Es horrible.

—Querías ser una niña bien educada, ¿te acuerdas?

—No siempre lo entiendo. ¿Significa eso que a veces se puede mentir? ¿Debería decirle a tía que canta bien?

—No es tu tía.

—Es un diminutivo de Antonio. Ya te lo he dicho.

Él oyó el tono terco de su voz. De acuerdo. Angélica había decidido cómo iba a llamar a su inesperada visitante y, a veces, por diminuta que fuera, cuando se le metía algo en la cabeza era imposible conseguir que cambiara de opinión.

Estaba practicando para hacerse mujer, se dijo.

—Entonces, ¿debería decirle que canta muy bien?

—Lo más educado sería no mencionarlo.

—Ah. Ya entiendo. ¿De qué hablaba antes de eso?

—De un tipo llamado Pongo.

—Un perro, tonto. ¿Estabas escuchando?

—Desde luego que sí.

—A lo mejor sólo estabas siendo educado —dijo ella mirándolo con perspicacia.

Desde el baño, por encima del ruido del agua, se oyó el canto desafinado de Toni. Garret se echó a reír. Otra vez.

Tenía un curso de rescate de cuatro jornadas al día siguiente, no estaba preparado, ¿y se reía? Tenía una invitada que no estaría segura a solas en una montaña ni diez minutos y que lo estaba embrujando.

Lo cierto era que estaba en un aprieto terrible. Tan terrible como su forma de cantar.

—Me gusta que te rías —le dijo Angie.

—A mí también me gusta —dijo él con sorpresa, y de repente supo que todo iba a ir bien. Aunque quizás no pensaba en su curso de rescate.

Toni apareció vestida con unos vaqueros remangados y sujetos con un cinturón, y una sudadera que le quedaba enorme, a pesar de que era bastante alta. Se había recogido el pelo con algo parecido a una trenza de raíz suelta y tenía la cara limpia de maquillaje.

No tenía el aspecto que un hombre solía considerar sexy, y sin embargo lo estaba. Por increíble que fuera. Incluso más sexy que con la falda estrecha y corta que llevaba la noche anterior, aunque algo menos que hacía un rato, adormilada, con el pelo desparramado por la almohada y la camisa abierta que dejaba ver su cremoso cuello. Y esos graciosos manchones negros bajo los ojos, que los hacían parecer más verdes que los lagos color esmeralda de las montañas.

—Sí que sabe hacerlas —dijo Angie.

—¿Qué? —preguntó él, sobresaltado al darse cuenta del rumbo que tomaban sus pensamientos.

—Trenzas de raíz.

—Oh. Sí, es verdad.

Ahora era la mujer perfecta a ojos de su sobrina. Notó que un mechón de pelo ya se había soltado de la trenza, y se dio cuenta de que estaba deseando que el resto hiciera lo mismo.

—¿Has oído algo sobre el joyero desaparecido? —preguntó Toni, sentándose a la mesa. Angélica llenó un cuenco con crispies, y Toni tuvo el detalle de no hacer comentarios sobre los que derramó sobre la mesa.

—Hablé con Frey esta mañana. Nada aún. Me dijo que no usaras el teléfono.

—¡Tengo que llamar al trabajo!

—Él se ocupará de todo.

—No lo entiendes. Tengo que hablar con...

—No.

—Cuando títo dice que no así —susurró Angie, inclinándose hacia ella—, lo mejor es rendirse.

Él vio por el destello de sus ojos que ella no se rendía. Nunca. Suspiró. La diplomacia no era uno de sus fuertes.

—Intenta decírselo con educación —aconsejó Angie.

—Estimada señorita Carlton, no creo que sea recomendable que llame a su oficina hoy. Por su propia seguridad. Por favor.

—Oooh —exclamó Angie—. Difícil de entender pero muy educado. ¿Verdad títa?

Él notó que Angie estaba consiguiendo hacerla sonreír. Y que cuando sonreía se veían unos dientes rectos y blancos, y sus ojos se iluminaban desde dentro y parecían tan verdes como el trébol.

—Creo que lo de tu propia seguridad era una forma educada de decir que te dará una zurra si no haces caso —explicó su adorable sobrina.

—¡Espero que no! —farfulló Toni, pero se echó a reír. Su risa hizo que el corazón de él se desbocara.

—A mí nunca me zurra —informó Angélica a Toni—. A veces títo dice que lo hará, pero nunca lo hace.

Así que esa granujilla ya se había dado cuenta.

—Tendré que cambiar de amenaza —decidió, en voz alta.

—¿Qué es una amenaza? —preguntó Angélica.

—Es como «Nada de helado en una semana si no recoges todos tus juguetes antes de acostarte».

—¿De verdad? —preguntó Angélica horrorizada.

—Eso era un ejemplo.

—¿Qué es un ejemplo?

—¿Y si te lo explico después? —se escabulló él, comprendiendo que podían estar así todo el día.

—Lo hace para ver si se me olvida —le comentó Angélica a Toni. Se volvió de nuevo hacia su tío—. ¿Puedes explicarme si decir que si no recojo todos mis juguetes no tomaré helado esta semana es mentira o es educado? ¿Tenemos helado?

—Olvida lo de los juguetes —suspiró él, aturdido por la confusión que podían causar unas pocas palabras.

—¡Bravo!

—Y del helado. Me parece que no tenemos.

Angélica lo miró solemnemente, suspiró y se volvió hacia Toni.

—Creo que nunca entenderé a los hombres.

—No importa, cielito —dijo él, dejó la jarra de leche sobre la mesa y le dio un beso en la frente—. Sólo estás practicando para ser mujer. Tengo que irme a trabajar.

Se encaminó hacia la puerta con cierto pesar. Estaba deseando quedarse con ellas. Un pensamiento muy peligroso. Ya en la puerta, volvió la cabeza.

—Toni, la cámara de mi hermano está encima de la nevera. Creo que es bastante buena. Úsala si quieres.

No sabía por qué había dicho eso. No había pensado en la cámara desde que la dejó allí hacía seis meses. Pero se alegró de decirlo. El rostro de ella se iluminó como si le hubiera regalado un anillo de diamantes.

No, reconsideró. No le gustaban los anillos. No le gustaba el que les enseñó la noche anterior, y no le gustaría un diamante. Sobre todo si significaba «Si, quiero»; su trabajo significaba mucho para ella.

Capítulo 5

Toni y Angélica volvieron a la casa tiritando, empapadas, sacudiéndose la nieve y riendo. —Eres una conductora alocada —le dijo Angie, quitándose las botas.

—¡De eso nada! —Toni se quitó las enormes botas de Garret y empezó a sacarse los múltiples calcetines que se había puesto para rellenarlas.

—¡Casi te estrellas contra mi columpio!

—Ese cacharro no tiene volante.

—Te dije que te inclinaras.

—Y me incliné.

—Para el lado que no era —le recordó Angie.

—¿Has estrellado el trineo contra el columpio?

Toni dio un respingo. Garret estaba de pie en el umbral de la cocina, mirándolas divertido.

—Volcamos antes de estrellarnos —explicó Toni—. Fue muy estimulante.

—Quiere decir gracioso —apuntó Angie—. Se reía tanto que pensé que iba a mojarse las braguitas.

—Angie —reconvino él con firmeza—, eso no es nada educado. Además, ya la he oído reírse.

Sus ojos se encontraron con los de Toni por encima de la cabeza de la niña. Tenía la expresión relajada y sus ojos brillaban con calidez. Puede que incluso con aprobación, aunque ella no pensaba dejar que eso se le subiera a la cabeza.

Sólo era porque Angélica se lo había pasado bien con ella y porque le había obedecido y se habían quedado en el jardín.

—No te vi volver —le dijo. ¿La había oído reírse desde dentro? ¡Las paredes eran de madera maciza! ¡Seguro que rebuznaba como un burro!

—Entré por la puerta delantera. Se me ocurrió preparar algo para comer.

—¡Podía haberlo hecho yo!

—No tengo microondas.

—Ja, ja.

—No es gran cosa. Sólo he preparado algo de sopa —dijo él, entrando en la cocina. Angie le siguió, relatando con detalle cada bajada y giro del trineo.

Toni limpió los charcos que ella y Angie habían dejado en el suelo y se reunió con ellos en la cocina.

Olía bien. La escena era muy hogareña. Garret de pie ante el fogón, removiendo la sopa y escuchando a Angie con atención. La mesa puesta para tres.

En vez de para uno, que era a lo que estaba acostumbrada.

Y nunca ponía la mesa, un pequeño mueble de cristal y mimbre, creado para lucir jarrones de flores, no platos, cuchillos y tenedores. Y nada adecuado para que hubiera niños cerca.

No, solía llevarse la hamburguesa vegetariana, de la tienda de abajo, al salón, y

ponía la televisión en el canal dedicado a la moda. A veces, con remordimientos, porque a Madame Yeltsy no le parecía bien, escuchaba música de rock and roll.

Su estilo de vida nunca la había preocupado antes. ¿Por qué sí ahora? ¿Sería porque al recordarse sentada sola ante la televisión engullendo comida rápida, su vida le parecía vacía y solitaria?

Era completamente ridículo. Ninguna de las personas que conocía tenía una vida tan excitante como la suya. Un buen sueldo, muchos viajes y el apoyo y aprobación de una mujer muy poderosa en el mundo de la moda.

—Yo cocinaré esta noche —anunció impulsivamente. Le demostraría que una profesional como ella daba más de sí de lo que él creía.

¿Por qué sentía la necesidad de demostrarle nada? Eso misma parecía preguntarse él cuando la miró por encima del hombro.

—No tienes por qué hacerlo. Ya es suficiente con que cuides a la niña. En serio —dijo, con cierta angustia, como si temiera que fuera a servirle caracoles y galletas saladas para cenar.

—¡Ya te he dicho que sabía cocinar!

—Si insistes, de acuerdo. Solemos tomar cosas sencillas. Ensalada. Macarrones con queso.

—Perritos calientes —apuntó Angie—. Es mi plato favorito.

Toni se dio cuenta de que hacía años que no comía un perrito caliente, y de que le encantaría hacerlo. Pero no esa noche. Esa noche, no pensaba conformarse con algo sencillo.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo. Haría algo tradicional. Él creería que era tan hogareña y campestre que se le caerían los calcetines del susto. Carne asada, puré de patatas, y tarta de manzana de postre.

¿Acaso quería impresionarlo? Claro que no. El tipo la había retado. Tenía ideas muy anticuadas sobre las chicas de ciudad y las ejecutivas. Incluso Madame Yeltsy aprobaría que le demostrara su error.

—¿Cuántas personas vienen al curso mañana, títo?

—Doce.

—¿Dónde se alojan? —preguntó Toni.

—Si sigues el camino, detrás de la casa, hay un edificio prefabricado. Está dividido en dormitorios, una cocina y un aula. Es básico, pero cumple su función. También viene un cocinero, así que no tendrás que preocuparte de las comidas. Tú y Angie podéis comer allí con nosotros.

—No estaba preocupada.

—Es divertido comer allí —le dijo Angie—. Charlie cocina muy bien. Y le caigo bien a todo el mundo.

—Eso no significa que esta vez te vayas a comer el postre de todos —le advirtió su tío.

—No volvería a hacerlo. Me dolió mucho tiempo. No sabía que la crema de

chocolate diera dolor de tripita.

—No lo da —aseveró Garret—. A no ser que te comas nueve raciones.

—¿Significa eso que sí se pueden comer ocho?

Garret y Toni se rieron.

—Una —le dijo a Angie, levantando un dedo—. Una ración de crema de chocolate.

El teléfono sonó y justo cuando se sentaba tras atender la llamada, sonó de nuevo. Toni escuchó disimuladamente. Hablaba con autoridad y trataba a la gente de manera tranquila y eficaz, y eso le gustó.

Oh, Dios. Su mente jugaba con ella; la hacía creer que lo que encontraba atractivo era su inteligencia clara e incisiva, cuando en realidad lo que le gustaba era la forma en que sus anchas espaldas llenaban la camisa y se estrechaban hasta llegar a la cintura, y sus caderas y...

Oh, Dios.

—Voy a tener que irme. Esto tengo que solucionarlo desde la oficina —echó la sopa en un tazón y se puso la chaqueta. Se agachó hacia Angie y ella le echó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza.

Durante un instante todo lo que era rígido y estricto en él se evaporó por completo. Su amor por Angie era puro, simple y profundo.

Y Toni deseó algo que no había sentido en muchos años, deseó ser querida así. Eso fue lo que más echó de menos cuando murió su madre, la persona que más la había querido en el mundo.

Para superar esa sensación de pérdida y abandono se entregó por completo a su trabajo. Y hasta ese momento había funcionado.

Ahora, de repente, su vida parecía muy vacía. ¿Que importaba tener mucho éxito si no había amor? ¿No era el amor el mayor éxito de todos? ¿Quizás lo único que importaba?

Eran ideas muy peligrosas para una mujer que, prácticamente, había hecho votos de dedicarse por completo a su carrera.

—¿Piensas en algo triste? —preguntó Angie, sorbiendo un fideo.

Toni la miró. La niña era muy perceptiva.

—Me parece que sí he tenido un pensamiento un poco triste —dijo.

—Entonces, échalo de tu cabeza con otro alegre.

—Vale. Mi pensamiento alegre es nuestro paseo en trineo esta mañana.

—Eso fue alegre —asintió Angélica con un suspiro—. ¿Podemos hacerlo otra vez mañana?

—Todos los días hasta que me vaya —prometió Toni.

—No te vas a ir.

—Sabes que sí. Me iré dentro de unos días.

Angélica sorbió otro fideo y Toni empezó a echarla de menos en ese momento. Se recordó que apenas la conocía, pero sabía que no era cierto. No es difícil conocer a un

niño. A veces, con mirar una sola vez en las profundidades de sus ojos, se entendía lo que llevaban en el corazón.

Toni fue a buscar la cámara. Estaba sobre la nevera, metida en su funda, cubierta de polvo. Limpió la funda de un soplido y sacó la cámara. Era buena; bastante mejor que la suya. La estudió con detenimiento: estaba cargada y sólo faltaba una foto.

Enfocó a Angélica y disparó. Escuchó con satisfacción el clic y el ruido de la película pasar. Sacó algunas fotos más, encantada con la naturalidad de Angie y con la forma en que la luz incidía en las paredes de madera.

—En realidad soy demasiado mayor para echarme la siesta —informó Angie.

Toni miró los ojos cargados y las mejillas arreboladas de la niña y comprendió que acababa de darle una pista.

—Creo que será mejor que te la echas de todas formas. Sólo por hoy.

—Bueno, pero sólo hoy —dijo Angie y, estirándose con alivio y satisfacción, se fue al dormitorio.

El silencio descendió sobre la casa. Verdadero silencio. Toni nunca había experimentado un silencio tan intenso. En su casa siempre había ruidos de fondo: tráfico, aviones, sirenas, gente en la piscina, agua corriendo en los apartamentos vecinos y peatones caminando en la calle. Cerró los ojos un momento, para disfrutarlo. De pronto, el motor del frigorífico se puso en marcha y casi dio un bote.

Riéndose de sí misma, Toni ordenó la cocina y buscó un libro de recetas. Si había uno ¡él lo había escondido! Pero no lo creía probable. Revisó los armarios y encontró grandes cantidades de sopa de lata, macarrones con queso, mermelada y salsa de tomate, pero nada que pareciera comida auténtica.

—Vamos a la tienda —le dijo a Angie, cuando apareció en la cocina una hora después, restregándose los ojos y con un osito debajo del brazo.

—Me encanta la tienda —exclamó Angie, despertándose por completo.

Se pusieron los abrigos y caminaron hacia la tienda, que estaba bastante cerca de la casa. Sólo vieron un coche.

El sol de la tarde hacía que la nieve brillara como un diamante. Las montañas que las rodeaban estaban blancas, con manchones grises aquí y allá, y parecían elevarse hasta el infinito, tundiéndose con el cielo.

Toni volvió a disfrutar del silencio, y le gustó como los rayos de sol pasaban por entre las ramas de los árboles que bordeaban la carretera. Tenía la sensación de estar en una enorme catedral al aire libre. Silenciosa y sagrada.

La tienda era pequeña, polvorienta y olía un poco a moho. Un hombre con aspecto de tener más de cien años la miró a través de unas gruesas gafas. Reconoció a Angie y le dio un caramelo, pero ni siquiera esbozó una sonrisa.

Toni miró su lista y paseó por el pasillo dónde estaba la comida y los productos congelados. Una rápida inspección la convenció de que no había ninguna de sus comidas preferidas. Eligió dos cebollas, recordando vagamente que su madre solía preparar algo con cebollas y carne asada, y llenó una bolsa con unas patatas poco

atractivas. No había nada que pareciera ternera asada, así que se conformó con un esquelético pollo congelado que parecía haber caído por accidente entre los polos y los cubitos de hielo. Había contado con encontrar cierta variedad de tartas congeladas, pero no hubo suerte.

Recorrió los otros tres pasillos y añadió una lata de salsa a la cesta y, como daba la impresión de que lo seleccionado no era suficiente para una cena, también una lata de gambas.

—¿Estás segura de que no queremos perritos calientes? —se quejó Angélica, mirando la cesta con ansia—. No llevas nada que me guste a mí.

—Eso no se sabe hasta que no está guisado.

Angie no quedó nada convencida. Se puso el caramelo contra el carrillo, mohína.

—Compraré perritos para la comida de mañana.

—Bien. Y bollos. Títo siempre se olvida de los bollos y tenemos que enrollar las salchichas en pan. Él dice que así es como lo hacen los tipos duros, pero yo no soy un tipo. También nos gusta esto, frito.

Levantó un paquete de embutido ahumado. Toni lo echó en la cesta, obligándose a no leer el contenido de grasa. Pensó que la pobre niña sólo se alimentaba a base de comida de soltero.

La cena de esa noche iba a ser un auténtico festejo para Angie y su tío.

Toni compró algunos artículos personales, incluyendo un cepillo de dientes y un polvoriento tubo de mascara de mala calidad. Junto a la caja registradora había un cartel que ofrecía un servicio de revelado.

—¿Cuánto tardan en revelar un carrete? —preguntó cautelosa.

—Lo hacemos para el día siguiente.

—¿En serio?

—¿Dónde se cree que está? ¿En la luna?

Ella lo miró con fijeza para ver si era una broma que debía compartir. Era evidente que no.

—¿Tiene libros de cocina? —preguntó.

—No.

—¿Hay biblioteca en el pueblo?

—El autobús de lectura viene los jueves.

—¿Me llevarás? —pidió Angie—. Hacen la hora de los cuentos. Es lo mejor. El tío Garret me lleva.

Toni no conocía a muchos niños, desde luego, pero su compañera de trabajo, Nancy, tenía dos: un niño y una niña. Dudaba que a cualquiera de ellos les pareciera que el autobús de lectura fuera lo mejor. Daba la impresión de que Nancy se pasaba la vida llevándolos de un lado a otro: toboganes de agua, salas de juegos láser y lecciones de ballet.

Le encantó que a Angie el autobús de lectura le pareciera lo mejor. Aunque quizá fuese porque su tío iba con ella.

Eso también le encantó. Un hombre tan grande y seguro de sí escuchando cuentos en un autobús, rodeado de niños pequeños, porque sabía que eso significaba mucho para su sobrina.

—Seguramente ya me habré ido el jueves.

—No, estarás aquí.

Deseó que Angie dejara de decir eso de esa manera: con total despreocupación y convencimiento, como si supiera algo que el resto del mundo ignoraba.

Justo entonces la puerta crujió y entró alguien. Toni se preguntó si al dueño le daría un ataque al corazón por tener dos clientes al mismo tiempo.

La mujer que entró era increíblemente bella, a pesar de que le sobraban algunos kilos. Llevaba puesta una chaqueta muy original, una parka ligera con apliques de niños regordetes patinando, esquiando y en trineo. Los apliques eran de colores brillantes, y los niños, algo abstractos, se superponían unos sobre otros. El efecto era intrigante.

Un niño y una niña de la edad de Angie, copias en miniatura de la mujer, y vestidos con el mismo tipo de chaqueta, la flanqueaban.

—Angélica —dijo la mujer, efusiva, como si no viera que Angie ponía los ojos bizcos y le sacaba la lengua al niño—. Me preguntaba por qué no habías venido hoy.

—Hoy me cuida Toni —dijo Angie dándole la mano.

—¿Toni? —repitió la mujer con sorpresa y un parpadeo.

Toni dio un paso adelante. Vio que le sacaba la cabeza a la mujer y, también, que ésta la miraba con desagrado.

—Hola —dijo, ofreciéndole la mano—. Soy Toni Carlton. Pasaré unos días en casa de Garret.

—Yo soy Candy Freestone. Me sorprende que Garret no te haya mencionado nunca. Siempre me cuenta todo.

—Creo que también lo sorprendí a él —dijo. ¿Le contaba todo? ¿O ella quería que le contara todo? Eso explicaba la mirada de desagrado. Debía haber supuesto que Garret tendría ese efecto en las mujeres.

—Las chaquetas son preciosas —alabó, conciliadora—. ¿Dónde las conseguiste?

—Las hice yo —dijo Candy, y Toni notó el orgullo de su voz.

—¿Los apliques de tela también?

Candy asintió, casi con timidez.

—Son realmente originales, tienes un gran don.

—Sólo coso un poco —replicó la mujer incómoda—. No sé si eso puede considerarse un don.

—Toni va a preparar la cena hoy —anunció Angie.

Los ojos de Candy fueron a la cesta de provisiones y sus labios esbozaron una sonrisa de complacencia, como si su contenido le dijera todo lo que necesitaba saber sobre Toni, y su conclusión no era muy distinta de la de Garret.

—¿En serio? Debería darte mi receta de atún a la cazuela. Es el plato favorito de

Garret.

—Gracias, pero ya me apañaré —replicó Toni, que no tenían ninguna intención de preparar atún.

En ese momento se oyó un ruido enorme al fondo de la tienda. Candy miró a su alrededor y descubrió que faltaba uno de los niños.

—Sullivan —gritó y se marchó presurosa.

—¿Te ha caído bien? —preguntó Angie de camino a casa.

—Es difícil decirlo, con verla sólo una vez. Me gustaron mucho las chaquetas —respondió Toni, deseando poder permitirse ser tan franca como un niño.

—Sabe hacer muchas cosas. Bollos de canela. Y trenzas de raíz.

Cosas típicas de una mamá, reflexionó Toni, y Angie sin duda necesitaba una mamá. ¿Por qué eso la hacía sentirse triste, cuando acababa de recordarse a sí misma que se iría pronto de allí?

—¿A ti te cae bien? —preguntó Toni.

—Sí, claro —dijo Angélica encogiéndose de hombros. «No preguntes», se ordenó Toni.

—¿Le cae bien a Garret?

—Aja. Eso le pasaba por preguntar. «No preguntes más. Ten un poco de orgullo, mujer».

—¿Es su chica?

—¡No!—una negativa rotunda.

«Vale. Déjalo ya».

—Pero tu tío tiene una chica ¿no?

—¡Claro!

—Oh.

—¡Yo! Yo soy su chica.

—No me refería a eso —Toni se echó a reír—. Me refería a una chica como esa que hay con él en la foto que tiene sobre la cómoda.

—No hay ninguna foto de él en su cómoda —Angie pareció sorprendida.

—Con un marco de plata.

—Ah. Ese no es títo. Son mi papá y mi mamá.

La sensación de alivio que la invadió era digna de consideración.

—¡Eran gemelos idénticos!

—La gente siempre dice eso, pero eran muy distintos. Yo nunca les confundía.

—Tu madre era preciosa.

—¿Cómo yo? —preguntó Angie con esperanza.

—Igualita que tú.

—Igualita que yo —repitió Angie alegre, y le dio la mano—. Sullivan y Trish son dos niños mimados.

—¿Quiénes? —Toni pensó que esos cambios súbitos de tema eran sorprendentes.

—El niño y la niña de Candy. No me gustaría nada que fueran mi hermano y mi

hermana.

—Ah —Toni se preguntó si eso significaba que había algún interés romántico entre Candy y Garret, a pesar del enfático «no» de Angie.

¿Qué le importaba a ella? Debería alegrarla que lo hubiera.

—Yo no estoy mimada —anunció Angélica con orgullo.

—Tu tío te mira como si fueras un rayo del sol.

—Eso no es mimar, boba. Eso es amor.

Esa simple frase consiguió que a Toni se le hiciera un nudo en la garganta, y apretó la mano de Angie. Era una niña muy fácil de querer. Pensaba disfrutar al máximo cada segundo que pasara con ella.

—A ver —dijo, cuando llegaron a casa y sacaron la compra—, ¿sabes algo de cómo guisar un pollo?

—Mi mamá lo hacía —Angie miró el ave congelada—. Creo que lo ponía en una cazuela con agua.

—¿De verdad?

—¿Quieres que se lo pregunte?

—Oh, cariño —dijo Toni con suavidad—. ¿Cómo ibas a poder preguntárselo?

—A veces habla conmigo —Angie se encogió de hombros. Toni no supo que decir—. Ella me dijo que ibas a venir. Y que eras mi tía. Dice que todos nos conocimos hace mucho tiempo.

Hola amiguita.

—Angie, debes haberlo soñado —Toni sintió un escalofrío en la espalda.

—Puede ser. Ahora voy a ver un vídeo.

Toni la miró marcharse. Era ridículo esperar que una niña de cinco años la ayudara a guisar un pollo.

¿Debería decirle a Garret que Angie creía que podía hablar con su madre muerta? Era desolador. Aunque Angie no parecía verlo así.

Suspiró y miró el pollo. Buscó en los armarios hasta que encontró una cazuela, la lleno de agua y echó el pollo dentro. Siguiendo un impulso, cortó las cebollas por la mitad y las echó también.

Mientras el pollo hervía, hizo galletas con un paquete de mezcla que encontró en un armario y preparó una ensalada, algo que sí sabía hacer. Echó la salsa en una sartén y abrió la lata de gambas para echarlas en la ensalada.

Sonó el teléfono y contestó, con la lata en la mano.

—Mi querida niña, ni siquiera he encontrado Eliza en el mapa. ¿Dónde estás?

—¡Madame Yeltsy!

—Ese paleta que me llamó no quería darme tu número de teléfono. ¿Te imaginas? Le dije que si no me lo daba haría que lo trasladaran a un sitio que hasta un oso polar odiaría. Menudo imbécil.

Pobre agente Frey, pensó Toni, abriendo la lata.

—¿En qué lío te has metido, Toni? ¿Hace falta que vaya?

—Claro que no. Sólo estoy atrapada aquí por unos días. Luego todo volverá a la normalidad.

—Maravilloso. Hay mucho trabajo. No puedo pasarme sin ti.

El agua del pollo comenzó a desbordarse, y una espuma grisácea chisporroteó al caer al fuego.

—¿Qué es ese ruido?

Toni, horrorizada, corrió a la cocina y apagó el fuego. La cazuela siguió desbordándose. Sujetó el teléfono con la barbilla y buscó un sitio donde dejar las gambas. Su mano rozó el líquido que se derramaba por los bordes de la cazuela.

—¡Ay! —las gambas, con lata incluida, cayeron en la salsa que hervía en el otro fuego—. ¡Demonios!

—¿Qué pasa?

—Supongo que no sabes guisar pollo, ¿verdad? —Toni se chupó la mano. Hubo un tétrico silencio al otro lado del auricular—. Convencí a Martin Ying para que nos diseñara una colección. Espera a que veas...

—Ya he hablado con él. ¿Guisar pollo?

—Bromeaba.

—Gracias a Dios.

—Toni —gritó Angélica desde la sala—. Ven a ver esta parte. Es muy graciosa. La señora mala se cae en el barro y...

—¿Eso que oigo es una niña? —Madame Yeltsy consiguió a duras penas decir «niña» con algo menos de desagrado que como diría «babosa».

—Sí. Es Angélica.

—Angélica. Temo que no entiendo nada.

—La sobrina de Garret.

—Y puedes decirme, por favor, ¿quién es Garret?

—Un hombre. Estoy con él hasta que se arregle el lío.

—¿Estás con un hombre? Pero yo creía que estabas bajo custodia policial.

—Bueno, en cierto sentido.

—¿Vives con un hombre y una niña pequeña, y estás preparando la cena?

—Ejem, sí. Eso resume la situación bastante bien.

—Pues yo creo que no. ¿Y su esposa?

—No tiene.

—No me gusta nada como suena eso.

—En serio, no pasa nada. Hoy he visto una chaqueta increíble...

—¿Es viejo y feo? —Madame Yeltsy no estaba dispuesta a permitir que cambiara de tema.

—Pues, no exactamente.

—Entonces sí pasa algo. Será mejor que vaya.

—Se lo aseguro, Madame Yeltsy, no hace falta.

—Creo que deberías volver a casa.

Casa. Hamburguesas vegetarianas, el canal de modas y rock and roll ilícito. Por no hablar del ruido.

—En realidad no tengo elección. El dueño de la joyería ha desaparecido. Puede que su vida dependa de que yo me quede aquí.

—Eso me suena demasiado dramático.

—Es lo que me ha dicho la policía.

—Si era el mismo imbécil con el que he hablado yo, no tienes por qué hacerle caso.

Toni sabía que no era el momento adecuado para decirle a su jefa que le había prometido a Garret cuidar de su sobrina mientras duraba el curso de búsqueda y rescate.

—¡Te estás perdiendo la parte divertida! —gritó Angie ansiosa desde la sala.

—Estoy perdiéndome la parte divertida —dijo Toni desesperada.

—No entiendo lo que está pasando allí, pero pienso enterarme.

—De verdad, no está pasando nada.

—Cariño, estoy en casa —la profunda voz masculina pareció llenar la cabaña entera, rebotando en las paredes.

Toni se quedó paralizada, tapó el auricular pero ya era demasiado tarde. Ladeó la cabeza y vio a Garret en el vestíbulo, mirándola con una mueca traviesa.

—Lo he oído —dijo Madame Yeltsy.

—Es una broma —se apresuró a explicar Toni.

—Pues me he perdido la gracia.

—¿A qué huele? —preguntó Garret, entrando en la cocina y olfateando el aire.

—Voy para allá —dijo Madame Yeltsy—. Voy a rescatarte de ese lío en el que te has metido.

Garret olisqueaba las cazuelas con preocupación. La franela de su camisa rozó el brazo de Toni, y ella sintió que un cosquilleo la recorría de arriba abajo.

—No venga —le dijo distraídamente a Madame Yeltsy—. No puede. Va en contra de la ley. Estoy en cuarentena —Eliza no estaba preparado para recibir a Madame Yeltsy.

—¿Cuarentena? —Garret la miró con asombro.

—No me importa pelearme con un ejército de chaquetas rojas —dijo Madame Yeltsy—. Me haces falta aquí.

—Y volveré —le dio la espalda a Garret, le era casi imposible concentrarse si él la miraba—. Dentro de cuatro días.

—Hum —Madame Yeltsy colgó el auricular con brusquedad. Toni se volvió hacia Garret, que la miraba con cierta preocupación.

—Esa conversación parecía agradable.

—Mi jefa —susurró ella débilmente.

—¿Cuarentena?

—No se me ocurría la palabra correcta.

—Esto tiene una pinta interesante —dijo él, mirando la cazuela.

Toni miró por encima del hombro de él. Pequeñas gambas rosadas flotaban en una salsa espesa y oscura.

—En San Diego se considera exquisito —aseveró.

—¿En serio? —preguntó él, cruzándose de brazos.

—Sí. «Gambo á la sais».

¿«Gambo á la sais»? —repitió él, incrédulo—. ¿Quieres decir gambas en salsa sobre... —echó una ojeada a la otra cazuela—... pollo?

—Quiero decir que estás hablando por teléfono, se sale el agua del pollo, te quemas la mano con la cazuela y se te caen las gambas en la salsa.

—Cocinar en California debe ser toda una aventura.

—Oh, lo es. Y tú pareces un hombre aventurero.

—Lo soy.

—Entonces, vamos a comer.

—¿Has hervido el pollo? —preguntó él.

—¿Que es eso que huele tan mal? Te has perdido toda la parte divertida —barbotó Angie, entrando a la cocina.

—Me parece que tú te has perdido la parte divertida —le dijo su tío—. Cómo guisar al estilo californiano. Diversión a cargo de Toni.

—Va a saber muy rico —dijo Toni.

—¿Cómo puede saber distinto de cómo huele? —preguntó Angie escéptica.

—Sabes una cosa —dijo Garret—, podríamos convertir el pollo en sopa, darle los «Gambo á la sais» al gato callejero que suele venir por aquí y comer perritos calientes. ¿Hay salchichas?

—¡Sí que hay! —gritó Angie entusiasmada.

—¿Señora Chef?

—Sí, claro. ¿A mí qué más me da?

—La ensalada tiene muy buena pinta.

—Tú espera a verme freír embutido ahumado.

Capítulo 6

Garret volvió tarde. La casa estaba en silencio. Sólo había una luz encendida, sobre la encimera de la cocina, y todo rastro de la desastrosa y divertida cena había desaparecido.

Toni debía haberse acostado. Casi era medianoche. Intentó convencerse de que sentía alivio, pero en realidad no era así.

Ella era como la luz del sol. Un rayo de sol iluminando una vida que había empezado a ser triste. Su risa había atravesado la neblina que lo envolvía desde que Matthew y Sarah murieron.

«*Sais á la gambo*». O «*Gambo á la sais*». Incomestible. Habían rescatado el pollo para hacer sopa.

Después, mientras comían perritos calientes, lo que Toni hacía con el entusiasmo de una niña en una feria, la cocina se llenó de espeso humo negro y Toni, con una mirada de horror, dejó caer el perrito en el suelo con las prisas por sacar las galletas del horno.

Decía que eran galletas. Las bolas negras y humeantes que había en la bandeja podrían ser cualquier cosa. Casi se mueren de risa los tres.

Mientras se ventilaba el humo, se sentaron en el porche e intentaron convencer al gato vagabundo de que se comiera el guiso de Toni. El gato, para regocijo de Angélica, se negó en redondo.

—Ya te dije que olía mal —apuntó Angélica.

Toni acabó enfrentándose al humo, llevó la cazuela dentro y enjuagó las gambas porque le daba pena el gato que, a pesar de sus remilgos, parecía hambriento.

El gato la recompensó con un fuerte ronroneo mientras se tragaba las gambas, después saltó al regazo de Toni, y tras pisar sus preciosas piernas varias veces, se acomodó y empezó a roncar.

Garret conocía muchas mujeres a las que no les hubiera gustado nada tener a un gato viejo y sarnoso sobre el regazo, y había creído que Toni sería una de ellas. Los trajes de seda y los gatos vagabundos no encajaban. Quizá era sólo porque llevaba puestos unos vaqueros viejos, pero tenía sus dudas.

Cuando llegó el primer coche con un alumno se marchó, dejando a Toni y a Angélica sentadas en el porche con el gato dormido.

A desgana. Asombrado por su desgana.

Esa era su vida: las montañas. Enseñarles a otros lo que sabía de ellas. Nada le hacía sentir una pasión tan profunda como hablar de cuerdas, rescates, helicópteros, poleas y salientes rocosos.

Pero sentía como si el brillo de esa pasión se hubiera apagado; era como calentarse las manos a la luz de una bombilla, mientras que el calor de Toni y de Angélica parecía el de un fuego chisporroteando.

No tuvo más remedio que rebelarse contra sus emociones, porque le parecían

desleales hacia su trabajo. Por eso, aunque no tenía mucho que hacer la primera noche, aunque su corazón le pedía que volviera a casa, se obligó a quedarse en la escuela mientras llegaban los demás, bebiendo café, repartiendo ropa de cama y hablando de rescates del pasado.

Sabía que el café lo iba a desvelar. Y todo el tiempo que pasó allí, su mente se escabullía del tema de los rescates y volvía a su casa.

A ella.

A la mujer que había invadido su vida con su risa, sus chispeantes ojos verdes y ese pelo que no hacía más que escaparse de la trenza y pedía a gritos que unas manos masculinas acabaran de liberarlo.

Se iba a marchar. Era obvio que no se quedaría en un pueblo como ése. Tenía ambiciones, sueños, y una vida.

Y no le incluían a él. Ni a Angélica.

Él no era tan patético como para intentar cambiarla, para moldearla de forma que encajara mejor en su vida. Y si la evitaba, no llegaría a intentarlo.

Cuando estaba con ella, no parecía importarle que no supiera cocinar o que se le deshiciera la trenza. Ni siquiera le importaba que viniera de otro mundo.

Lo único que le importaba era cómo su risa cosquilleaba en un lugar solitario que había en él, y cómo la luz de sus ojos le calentaba el corazón.

—Boyd—murmuró, en el silencio de la casa—, llevas demasiado tiempo solo.

En realidad no sería difícil encontrar una compañera adecuada si lo deseaba. Podía poner un anuncio en el periódico. «Se busca: mujer que ame las montañas y los niños pequeños».

Ese era el quid de la cuestión. Ser responsable de Angélica estaba cambiando su forma de pensar.

Ahora pensaba en permanencia, en vallas y en cosas que fueran buenas para ella. En vez de en cosas que sabía que eran buenas para él. Como libertad, independencia y ver el mundo, a solas, desde la cima de una montaña.

Había dos mujeres matriculadas en el curso. Quizá fuera posible equilibrar los dos mundos. Esas mujeres tendrían algo en común con él. Era ridículo enamorarse de una mujer que había aparecido en su vida de sopetón. Completamente ilógico.

Creía que para formar una pareja un hombre debía planificarse, prepararse. Incluso hacer una lista; cuando alguien obtenía una puntuación muy alta, ganaba la partida.

Debía tener tres cualidades: que le gustaran las montañas, los niños y cocinar; entonces se declararía.

Se le ocurrió que Candy sacaría una puntuación bastante alta con una lista así. Pero faltaba el sentimiento.

Sentimientos. Algo que había evitado sin problemas durante la mayor parte de su vida. Hasta que apareció Angélica y los removió suavemente.

Y ahora esa mujer. Removiendo algo muy profundo dentro de él, sacando a la

superficie unos sentimientos que no sabía que tenía. Una sensación, inexplicable, de que no estaba completo. De que se había perdido algo.

De que algo faltaba en su vida, tan llena de éxitos, premios y elogios. Su vida, llena de viajes por el mundo y de cumbres conquistadas.

Suspiró y fue hacia el baño. Se encontró con ropa interior de encaje colgada en los grifos de la bañera. ¡Justo cuando casi había conseguido sacársela de la cabeza!

Había un cepillo de dientes nuevo y maquillaje, en el lavabo. No podía enamorarse de una mujer a la que le gustaba maquillarse. No era posible. Más tranquilo, apagó las luces y fue a darle un beso a Angélica. Y sintió otra sensación completamente nueva: remordimiento.

Porque no había subido a tiempo para darle las buenas noches. Porque había dejado que su propia confusión e incomodidad con respecto a Toni, lo dominaran. Nunca hasta entonces había fallado, excepto cuando estaba en una misión de rescate.

De repente, comprendió la dura realidad. Necesitaba tanto oír su «Te quiero», como ella necesitaba oír el suyo. Ése era el mejor momento del día para él. Para un hombre que había salvado a gente de las garras de la muerte y conocía la emoción del triunfo ante tan dura contrincante.

—Me estoy haciendo viejo —murmuró, moviendo la cabeza de lado a lado.

Siguió por el pasillo y echó una ojeada a la otra puerta cerrada. Toni estaba dormida, o al menos tumbada en la oscuridad. Como estaría él en breve, mirando al techo, desvelado por el café.

Sin embargo, cuando se tumbó las recordó a ellas, las cabezas juntas, una oscura como el carbón y la otra viva como una llama, riendo mientras miraban al gato comerse las gambas. Al pensar en eso, una maravillosa lasitud y una sensación de calidez y bienestar invadieron su cuerpo, y se durmió en segundos.

El grito fue agudo, largo y devastador.

Toni se despertó. Otro grito rompió el aire y se le erizó el vello. Saltó de la cama medio dormida, y aterrorizada.

Estaban asesinando a Angélica. Miró a su alrededor frenéticamente, agarró un zapato como arma y corrió al vestíbulo. Otro grito y después sollozos. Toni irrumpió en la habitación con el zapato en alto, escrutando la oscuridad. Se relajó un poco cuando comprendió que sólo había un bulto acurrucado y lloroso bajo el edredón. Soltó el zapato y corrió hacia la cama.

Apartó el edredón con suavidad. Angélica estaba hecha una bola, tenía los ojos cerrados fuertemente y las lágrimas surcaban sus mejillas. Todo su cuerpo temblaba.

Toni se metió en la cama y se puso el cuerpecito en el regazo. La niña estaba muy tensa.

—Shhh, cariño, estás soñando —susurró Toni—. Una pesadilla —buscó en la cama hasta encontrar la mano de Angélica, que la agarró con fuerza sorprendente.

—¿Mami? —musitó la niña—. ¿Mami?

—No, cielo, soy yo. Toni —replicó, con un nudo en la garganta. Ojalá se

podieran arreglar los corazones rotos.

—¿Mami?

—No, linda, soy yo. Tííta Toni —¿cuándo había empezado a parecerle bien que la llamara tííta?

Angélica abrió los ojos, perdidos y nublados. Parecía confundida y asustada. Toni le sonrió, deseando tener más experiencia en confortar y consolar.

Garret entró en el dormitorio y Toni sintió un alivio momentáneo, hasta que vio que sólo llevaba puesto un pantalón de chándal. Tenía el pecho desnudo, suave, fuerte y musculoso.

Ella sólo llevaba puesta una sudadera. Entre los dos, habrían completado un conjunto.

Él cruzó la habitación con rapidez, se sentó en la cama junto a su lado, y acarició con dedos fuertes el pelo de Angélica, húmedo de sudor.

Olía bien, exactamente como debía oler un hombre, aunque Toni no tenía ni idea de por qué, de repente, se creía experta en cómo debía oler un hombre.

—¿Tíito?

—Sí, aquí estoy, cariño.

Toni vio que ante esa voz profunda y tranquila, los músculos tensos de Angélica se relajaban.

—Soñé que el avión se estrellaba. Humo y fuego —la voz de Angélica temblaba y lágrimas como diamantes perlaban sus espesas pestañas.

—Ya lo sé, cielo. Yo sueño lo mismo.

Toni notó que el dolor de ambos la envolvía con suavidad. Dos personas, una fuerte y seguro, la otra pequeña y dulce, se curaban una a otra.

Viéndolos se sintió como una intrusa. Comenzó a pasar a Angie a los fuertes brazos de él, pero una manita apretó la suya con fuerza, y otra se agarró a la sudadera azul marino que llevaba puesta. Toni no quería que tirara de la sudadera hacia arriba; apenas le tapaba la parte superior de los muslos.

—El avión con el que sueñas, ¿es rojo y blanco? —preguntó Angie.

—Sí. Rojo y blanco —contestó él, con voz triste.

—¿Los dos tenéis el mismo sueño? —susurró Toni, asombrada—. Pero tú no estabas...

—No, no estaba —dijo Garret—. ¿Estás mejor, nena?

Angie asintió y se metió el pulgar en la boca, recordándole a Toni que, a pesar de que a veces parecía muy madura, era casi un bebé.

—Pero no te vayas.

—No me iré. Sabes que no. Estaré aquí mientras me necesites —su voz, profunda y tranquila no sólo calmó a la niña, también acarició un lugar extraño y salvaje que Toni no sabía que existía en ella.

—Quédate tú también —le ordenó Angie, soñolienta.

—Mientras me necesites —accedió, deseando que no le gustara tanto sentir el

cálido peso de la niña en sus brazos, el contacto del fuerte hombro de Garret, y ver su mano en la frente de la niña.

Miró a Angie y se dio cuenta de la tontería que acababa de decir «Mientras me necesites». Esa niña iba a necesitar a alguien durante mucho tiempo.

Enamorarse de un niño era algo complicado. ¿Qué iba a decirle cuando se fuera? ¿Ya no me importas? ¿Tengo que irme?

Miró a Garret de reojo. Envuelto en sombras, la dulzura que irradiaba al mirar a su sobrina disimulaba la dureza de su expresión, y hacía que su rostro pareciera más bello que nunca.

Enamorarse de un hombre era aún más complicado.

Tenía que proteger su corazón de esos dos. Debía hacerlo. Tenía por delante toda una vida que no contaba con ellos, ni les incluía. En la que no tenían cabida si ella quería seguir viviendo como vivía.

Angie gimió y se sintió culpable. No era momento de pensar en sí misma.

Sabía que no cantaba muy bien pero, de pronto le vino a los labios y al corazón, una canción del pasado, de cuando era niña.

Pequeña mía, ten sueños.

de perritos, castillos y helados.

Yo te miraré mientras duermes.

y daré gracias Dios por lo que eres.

La niña se revolvió satisfecha entre sus brazos, pero Garret dio un respingo. Toni lo miró inquisitiva. —Nada. Me has sobresaltado.

—¿Por la canción?

—Su madre solía cantarle esa misma canción.

—Mi madre me la cantaba a mí. Yo creía que se la había inventado —musitó Toni.

—Yo también creía que era invención de Sarah. Simplemente porque no la había oído antes, ni desde entonces.

Ella se preguntó si no estarían los tres envueltos en algo mucho más grande que ellos mismos. Sorprendentemente, con él a su lado y la niña dormida en sus brazos, esa idea le hizo sentir un agradable calor.

—Está dormida —murmuró él poco después, tan cerca que algunos pelillos sueltos se movieron con su aliento. Si se acercaba un poco más podría besarla.

La idea la electrificó. Casi dejó caer a Angie con las prisas de levantarse y alejarse de él.

¿Besarla? Esos labios sobre los suyos, esas manos en su pelo y ardientes sobre su piel... La sensación de calidez se convirtió en un ascua al rojo vivo. Era la oscuridad de la noche lo que la hacía pensar así. Encontrarse en una situación tan íntima con dos extraños.

Que no parecían extraños. Que parecían dos personas a las que estaba predestinada a conocer. A amar.

Depositó a Angie en la cama con suavidad, y pasó por encima de él, lo que no hizo sino empeorar las cosas. Empeoraron porque sintió la dureza de su muslo bajo su propia pierna desnuda. Empeoraron porque, en su premura, rozó con los senos la dureza de su torso, y eso desató en ella un deseo salvaje que no había sentido nunca antes. Contra el que nunca había tenido que luchar.

Peor aún fue sentir la piel endurecida de sus manos en su cintura, para equilibrarla cuando puso los pies en el suelo. Se irguió temblorosa, deseando echar a correr pero consciente de que no podía. No tenía dónde ir y por mucho que corriera no podía huir de los deseos de su corazón.

—Vamos —dijo él con calma, levantándose y arrojando a Angie—. Estás tiritando, el fuego debe haberse apagado. Te prepararé un chocolate.

¿Se había apagado el fuego? De eso nada. Fuego era tomar cacao con él, después de la medianoche, acurrucada a su calor.

Él pasó a su lado y le rozó el brazo con el pecho desnudo. Era un peligro público. «Vete a la cama», se ordenó. En vez de hacerlo, cuando con una sonrisa, él le ofreció su mano en la oscuridad, la aceptó. «Vaya, por Dios», pensó, «como si necesitara un guía para salir a oscuras del dormitorio».

Pero cuando la mano fuerte, seca y firme se cerró sobre la suya, tuvo la extraña sensación de haber encontrado a su guía. Al que la guiaría el resto de su vida.

—Maldito anillo —masculló por lo bajo.

—¿Perdón?—dijo él.

—No veo nada —mintió ella. Por primera vez en su vida lo veía todo claro, demasiado claro.

—¿Mejor así? —preguntó él, encendiendo la luz del pasillo—. Tienes las piernas con carne de gallina. Ve a ponerte algo y prepararé el chocolate.

Ella se miró las piernas; la camiseta apenas le cubría el muslo. Dio un gritito, se volvió y corrió hacia el dormitorio, cerrando la puerta con firmeza. Le oyó reírse.

«Quédate aquí», se aconsejó. Estaba a salvo, sería una tontería abandonar esa seguridad.

Pero, ¿por qué no hacer tonterías?

Se había visto forzada a entrar en un mundo de adultos a la edad de diecisiete años, había asumido responsabilidades y tensiones muy superiores a las correspondientes a su edad. Nunca se había permitido ninguna tontería, en especial de ese tipo. De ésas que le hacían sentir calor en las mejillas y en el vientre, que hacían que su corazón temblara y se le pusiera la carne de gallina.

Encontró unos pantalones de chándal horribles. Suficientemente horribles como para disimular lo que ocurría en su interior. El tipo de pantalones que una mujer se pondría si sólo quería una taza de chocolate y nada más.

Ella no quería, decidió, nada más.

Entró en la cocina y él se volvió, sonriente. No se había puesto una camisa, ni tenía la piel de gallina.

Lo miró, perdiéndose en la perfección de sus anchos hombros, pecho escultural, brazos musculosos, estómago plano y de la sugerente hilera de vello oscuro que había bajo su ombligo.

Miró sus labios. Deseaba algo más que chocolate: sus besos, sus manos, su corazón.

—Ven aquí, junto al fuego. Estás temblando.

Fue hacia él. El calor del fuego era maravilloso, se sentó en una silla y lo observó moverse con familiaridad por la cocina. Intentó concentrar su mirada en el fuego, en vez de en él, pero no pudo.

—¿Te parece bien el mismo sabor que anoche? —preguntó él, llevándole una taza.

—Perfecto —la sorprendió que su voz sonara igual que siempre. Era la voz de la protegida de Madame Yeltsy, compradora a la edad de veinticuatro años. Tomó un sorbo de chocolate y cerró los ojos—. Está buenísimo. Tienes mucho talento en la cocina.

—Es de sobre —rió él.

—Otra verdad sobre mí: hasta elegir el sobre correcto me parece un talento.

Él volvió a reír; una risa relajada y cálida.

—No hacía falta que prepararas la cena. ¿Por qué lo hiciste?

—Afán crónico de éxito. No soy capaz de admitir que algo no se me da bien. Suelo conseguir salir del apuro.

—Probablemente lo habrías conseguido si hubieras llegado un jueves.

—El autobús de lectura —dijeron al unísono, riendo.

—¿Tiene muchas pesadillas? —preguntó Toni. Vio cómo se apagaba la risa de los ojos de él.

—Empiezan a pasarse. Antes las tenía todas las noches, ahora sólo cada dos semanas o así.

—¿Y tú?

—Hace bastante que no tengo una.

—¿Y los dos soñáis lo mismo?

—Eso parece. A mi hermano y a mí también nos pasaba, por eso de ser gemelos. Angélica es un poco... vidente.

—¿Vidente? ¿Qué quieres decir?

—Parece estar en contacto con cosas que los demás no vemos. No sé si se puede decir que ve el futuro. Es más bien como si tuviera una profunda intuición que le dice cosas.

—Me ha dicho que habla con su madre —dijo Toni. Él la miró—. Y que su madre le contesta. Quería preguntarle cómo guisar el pollo.

—Vaya, ¿y por qué no le dejaste que lo hiciera?

Ambos se echaron a reír. Toni nunca antes se había reído con tanta facilidad. Nunca había percibido lo que era «encajar» con otro ser humano exceptuando, quizá,

a su madre.

—Una vez llevé a Angélica en una expedición de salvamento —comentó él—. Me condujo directamente al montañero extraviado. Dijo que había oído algo.

«No te vas a ir». Toni lo oyó tan claramente como si Angélica hubiera entrado en la habitación y lo hubiera repetido. Oyó la certeza de su tono, y sintió un escalofrío.

—Será mejor que te bebas eso y te vayas a la cama. Pareces agotada.

—Además, tú tienes que levantarte temprano. Dime lo que haces. En tu academia.

—Depende. Con este grupo haré cosas bastante básicas; empezaremos con la orientación, es decir, saber leer una brújula y un mapa. Después un repaso de primeros auxilios y algo de supervivencia. Un poco de escalada y aprender a transportar una camilla.

A ella le encantaba su voz. Su mundo le parecía fascinante; todo en él le parecía fascinante. Se sintió maravillosamente bien, el cacao la reconfortaba por dentro, y el fuego y su voz la reconfortaban por fuera.

—Será mejor que nos vayamos a la cama —dijo él, por fin.

—Sí, será mejor —asintió ella, añadiendo «por separado» para sí.

No se movieron.

De pronto lo hizo él, y no fue para apartarse. Se inclinó hacia ella. Ella se inclinó hacia él.

Una tontería.

Sus labios se tocaron.

No. Era pura magia.

—Gracias por hacerme la cena esta noche —dijo él con voz ronca. Ella besó sus labios con gentileza y reverencia, saboreando su frescor. Luego se apartó.

—Gracias por el chocolate —le dijo.

«Levántate y vete». Pero no lo hizo, y tampoco él.

—Gracias por cuidar de Angie —la besó de nuevo. Tanto agradecimiento estaba consiguiendo que a Toni se le fuera la cabeza.

—Y por ir cuando la oíste llorar —añadió él suavemente y entonces se rindió. Ella notó como se rendía, como el puño de acero de su control se derretía. La besó como si nunca fuera a dejarla marchar. Nunca.

«No te vas a ir. Nunca». Toni se apartó de él y miró a su alrededor.

—¿Qué? —inquirió Garret.

—Juraría que he oído a Angélica.

Él escuchó atentamente. El momento había pasado. Se puso en pie.

—Es muy tarde.

Toni se levantó, procurando mirar a cualquier sitio menos a sus labios, intentando apagar el deseo que latía en su interior, exigente.

Hambre. Sentía hambre, pura y dura. Tantos años sin interesarse, de abstinencia, eran los causantes del monstruoso deseo que la invadía.

—Perdona —farfulló él—. Es tarde y estoy cansado. He perdido la cabeza.

—Sí claro. Yo, también.

—Eres el tipo de mujer que provoca eso en un hombre, ¿verdad?

—Bueno, sí que ha habido algún que otro tipo raro que quería canturrearme al oído —admitió ella irónica.

—No me parece raro que alguien quiera canturrearte al oído.

—Garret, tú, yo, nosotros...

—No podemos. Ya lo sé.

¿Cómo lo sabía?

—Tú te vas —dijo él—. Yo me quedo. Y Angélica no puede quedarse pillada entre tu mundo y el mío. Ya estaba, había dicho claramente por qué no podía ser.

—Eres muy racional —dijo ella con aprobación.

—Lógico —enmendó él.

—Por favor, bésame.

—Toni...

—Para que te recuerde. Después. Mucho después de que me vaya.

Y la besó. La besó de una manera que nunca, nunca olvidaría. Un beso que podía guardar en el corazón y recordar para siempre.

La hizo arder, la abrasó. Dejó una impronta en su corazón y en su alma. Fue excitante, fiero y aterrador. Se apartó de él y vislumbró en su rostro un deseo tan fuerte como el suyo. Sus ojos estaban oscuros de pasión, ardientes.

Gimió con consternación, corrió a su dormitorio y cerró la puerta. Apoyada contra ella dejó que las lágrimas fluyeran.

Había sido muy estúpido hacer eso.

Era una viajera experimentada. Ya debía saber que había que recoger los recuerdos cuando uno se marchaba.

Quizás un beso en el avión, si la llevaba al aeropuerto. O en la estación de autobús. Un beso rápido y un adiós para siempre. Había sido una estupidez pedirle que la besara esa noche. Cuando aún iba a pasar tiempo con él.

¿Cómo iba a mirarlo sin pensar en ese beso?

«Tiene que dar el curso de rescate», pensó, metiéndose en la cama y encogiéndose contra el frío que invadió su corazón al pensar en que no estaría con él. Seguramente apenas lo vería.

Se secó las mejillas, aún húmedas. Se sentía triste y alegre, más confusa que cuando, con diecisiete años, juró que nunca volvería a querer a nadie porque la muerte de su madre había dolido demasiado.

Cerró los ojos, pensando que su desazón la mantendría despierta toda la noche. En cambio, la invadió una extraña calidez al recordar cuánto había querido a su madre, y se durmió profundamente. No despertó hasta que el ruido de una puerta cerrándose le indicó que Garret se había ido a trabajar.

Capítulo 7

Bertha Mulmuran era una coronel del ejército en la reserva, y eso le indicó de inmediato que deseaba que la llamaran coronel. Era baja y achaparrada, y tenía cara de zapato.

Ella le demostró que lo de utilizar una lista para encontrar una mamá para Angélica no iba a funcionar. No podía considerarla candidata, a pesar de que llevaba el pelo gris acero perfectamente trenzado, enrollado y sujeto a la nuca con horquillas.

Patty Greene era una chica agraciada, de alrededor de veinticinco años, más alta aún que Toni. Llevaba el pelo corto, la cara lavada y camisa de cuadros. Los alumnos estaban de broma, echando pulsos sobre la mesa, y ella acababa de ganar a la coronel y a seis hombres.

—¿Sabes guisar? —le preguntó Garret, como si tuviera relación con lo que iban a hacer los días siguientes. Estaba claro, sin preguntar, que de trenzas de raíz no debía saber nada, pero...

—No —ella flexionó el bíceps—. Éste es mi único talento.

Gracias a Dios.

—¿Quieres probar suerte? —le preguntó Patty.

—No gracias, tengo que hacer una llamada. Sam —llamó a su asistente—, ¿puedes repartir los libros sobre orientación y llevar a todo el mundo al aula? Ve empezando con las brújulas, volveré en un segundo.

Fue a su oficina y cerró la puerta. Tenía que acordarse de que esa lista no era sólo para encontrar una mamá para Angélica, también era para encontrar una pareja para él. Así que podía añadir guapa.

Muy guapa. Lo suficientemente guapa para paralizarle el corazón a un hombre.

Marcó el teléfono de su casa, pensando que tan sólo unos días atrás había decidido que bastaría con una niñera.

—Hola.

Su voz era grave y espléndida, menos cuando cantaba. Esa voz, aún adormilada, le hizo pensar en sus labios: blandos bajo los suyos, y dulces. E increíblemente inocentes, como si nunca la hubieran besado antes. ¿Cómo podía ser eso posible si era tan guapa que paralizaría el corazón de cualquier hombre?

«Cuelga», se ordenó. Estaba liándose cada vez más. Su clase lo esperaba y él no hacía esperar a la gente.

—¿Hola? —repitió ella.

La verdad era que Sam sabía más de brújulas que nadie en el mundo.

—Oh, hola.

—¡Garret!

La forma en que dijo su nombre casi le hizo pensar que él le paralizaba el corazón a ella. «Dile que crees que te olvidaste de desenchufar la plancha y cuelga», se ordenó.

—Sólo quería recordarte que trajeras a Angie para comer. Charlie va a preparar sándwiches de panceta y tomate. Le encantan.

—A mí también.

—¿En serio? Tienes pinta de comer zanahorias.

—¿Qué pinta es ésa?

—Quería decir cosas con pocas calorías —explicó él. Ahora ella sabía que se había fijado en su figura esbelta, y que le había gustado. Charlaba sobre zanahorias y calorías mientras doce personas lo esperaban. Tenía que colgar.

«Sam está al mando. Quizá sea bueno que deje de intentar controlarlo todo». Dudó un momento y no pudo resistirse.

—¿Qué haréis esta mañana?

—Un muñeco de nieve.

—No es la nieve apropiada.

—¿Perdona?

—La nieve tiene que estar blanda para hacer muñecos. Hoy hay nieve en polvo —doce personas miraban una pizarra vacía mientras él hablaba de muñecos de nieve. A Sam no se le daban bien las pizarras.

—Vaya, ¡maldita sea!

Sonó tan agraviada que él se echó a reír.

—Creo que la nieve se ablandará para esta tarde. Eso espero. Quiero construir cuevas de nieve.

—¿Cuevas de nieve? ¿En serio?

—Instruyo a los alumnos en prácticas básicas de supervivencia. No debería ocurrir, pero de vez en cuando un miembro del equipo de rescate se pierde. Tiene que saber cómo sobrevivir.

—¿Te importaría que fuera a sacar fotos?

—Me parece una gran idea.

¿Qué estaba haciendo? La invitaba a involucrarse aún más en su vida, cuando ya lo hacía en demasía.

—Gracias, Garret —dijo ella, con dulzura.

En sus labios su nombre sonaba como nunca lo había oído antes. En fin, casi había concertado una cita con ella. Estaba actuando como un adolescente. «Cuelga».

—¿Qué haréis ahora que el muñeco de nieve está descartado? —se oyó preguntar, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Quizás hagamos galletas —replicó ella pensativa.

—No, por favor. ¡Cualquier cosa menos eso! Piensa en el pobre gato.

—Eso me lo tomaré como un reto.

—Sería muy difícil convivir con una mujer como tú.

—Ya lo sé.

Se hizo el silencio, mientras los dos consideraban eso y el hecho de que él hubiera hecho ese comentario. Garret colgó el teléfono sintiéndose como un auténtico idiota.

—¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó Sam, mirándolo con curiosidad cuando entró en el aula.

¿Es que nunca había sonreído antes? Borró la sonrisa de su rostro. Sam tenía a la clase practicando con la brújula; incluso había un rudimentario dibujo en la pizarra. Todo estaba bajo control, no le necesitaban. Podía haber hablado por teléfono más tiempo.

Encontró la caja con los mapas que utilizaban para hacer prácticas de orientación y los repartió. En pocos minutos estaba absorto contestando preguntas, guiando, haciendo lo que mejor hacía en el mundo. Se sumergió en su trabajo con alivio, sintiendo que la magia volvía y casi la borraba a ella de su cabeza. Casi. Notó que ni la coronel ni Patty usaban maquillaje. Quizá no hubiera nada malo en una chispa de maquillaje, de vez en cuando.

Era un buen grupo. Inexpertos pero entusiastas, excepto la coronel, que estaba ayudándoles a Sam y a él a enseñar a los demás a utilizar mapas y brújulas. Algunos de ellos, como Patty, acababan de hacerse voluntarios de la organización de búsqueda y rescate de su comunidad. Algunos eran bomberos profesionales, de Estados Unidos, dónde la búsqueda y rescate a menudo recaía en el departamento de lucha contra el fuego.

Una clase prometedora, y aún así le costaba concentrarse. Miraba el reloj, esperando el mediodía. Intentaba convencerse de que tenía hambre. Pero sabía que lo que ardía en él era otro tipo de hambre.

Un hambre muy humana. Tantos años de abstinencia, era la causante del intenso deseo que sentía.

Por fin, pararon para comer. Se sentaron a la mesa y Garret colocó dos sillas frente a él, para Angélica y Toni.

La puerta se abrió y Angélica y Toni entraron. Toni se sacudió los copos de nieve de la mata de rizos rojos y golpeó los pies contra el suelo. Llevaba puesta una vieja chaqueta militar de él, y unos vaqueros demasiado grandes.

Sin embargo, las voces masculinas se apagaron, y todos los ojos se volvieron hacia ella. Garret dedujo, rabioso, que varios corazones acababan de quedar paralizados.

—¡Hola, gente! —dijo Toni, saludó con la mano y se volvió para ayudar a Angélica a quitarse la chaqueta, perdiéndose las sonrisas y muecas de los bomberos.

A Garret le pareció que todos los bomberos estaban cortados por el mismo patrón: hombres grandes, guapos, rudos y seguros de sí mismos. Y que todas las mujeres se enamoraban de ellos.

Toni se quitó la guerrera. Debajo llevaba una camisa a cuadros, sobre un polo blanco de cuello vuelto. Debería parecer un espantapájaros, pero no era el caso. Al menos, Garret nunca había visto un espantapájaros que rellenara tan bien una camisa. El color de la camisa, rojo y blanco, debería desentonar con el de su pelo, pero no era así. Si acaso, era un marco perfecto para su exótica coloración.

—Vaya, ahora sé por qué sonreías así esta mañana —dijo Sam por lo bajo.

Garret le lanzó una mirada asesina. Se levantó y se acercó a ellas. Tenía ganas de rodear a Toni con un brazo y darle un beso en la mejilla. Por si acaso algún bombero se estaba haciendo ilusiones.

En vez de eso, molesto por pensar como un adolescente, levantó a Angélica en brazos y la dio un beso. Le colocó un mechón de pelo, que se había salido de una trenza algo deslavazada, detrás de la oreja.

—Galletas de chocolate —anunció Angélica, mostrando una bolsa de papel.

—¿Cuántas? —preguntó él, mirando la bolsa con ansiedad. No pudo evitar darse cuenta de que Toni mostraba un súbito interés en el póster de reanimación boca a boca que había cerca de la puerta. Era una suerte que ya no practicasen reanimación en vivo, o seguramente la habría invitado a asistir a esa clase.

—Suficientes para todos —le contestó Angélica—. Nos lo hemos pasado muy bien haciéndolas.

—¿De veras? —le preguntó Garret a Toni. En cierto sentido, deseaba que su forma de pasarlo bien fuera recorrer la autopista costera de California a ciento cincuenta por hora, en un descapotable. Para olvidarse para siempre de ese beso.

—Fue muy divertido —replicó Toni con una sonrisa—. Pero las galletas, ejem... —miró a Angélica.

—¿Son fantásticas? —apuntó Angélica esperanzada.

—Fantásticas —mintió Toni, con una sonrisa.

«Bien», pensó él con alivio, «es una mentirosa». Justo cuando empezaba a pensar que era la mujer perfecta. Claro, que si mintiera bien, si estuviera acostumbrada a mentir, no se le notaría tanto.

—La próxima vez vamos a hacerlas de avena y pasas —le informó Angélica.

Garret vio que Toni tenía una mancha de harina en la oreja. ¿Cómo había conseguido mancharse la oreja? ¿Había estado rebozándose en la harina? De pronto, deseó haber estado con ellas, haciendo galletas. En vez de en la escuela, haciendo lo que más le gustaba.

«Contrólate, Boyd», se dijo, pero su voz interior rectificó, «enseguida, cuando quites esa harina».

Estiró la mano y la quitó. Rozó su cabello con los dedos. Era seda y fuego.

Sintió el loco impulso de enredar las manos en el pelo revuelto y besar sus labios y sus párpados, y la blancura cremosa de su cuello.

Ella le miró los labios, como si oyera sus pensamientos. Y sus ojos verde jade, profundos y apasionados, se encontraron con los de él.

Garret apartó la mano con premura. Era un error tocarla, aunque sirviera para indicar a esos malditos bomberos que no estaba a su alcance. ¿Por qué quería que supieran eso? Ella no le pertenecía.

—Harina —dijo, a modo de explicación.

—Había por todos sitios —comentó Angélica con alegría—. Me encanta hacer

galletas. Es sucio y divertido, y después te las puedes comer.

—Haré galletas contigo cuando Toni se vaya —le dijo—. Te lo prometo.

Así se recordó que Toni se iba a ir. Y que nadie iba a cumplir los requisitos de su estúpida lista en un futuro próximo, así que lo mejor era que él mismo empezara a actuar como mamá.

No había razón para no hacerlo. Ser mamá y papá y tío y tía. ¿No era eso lo que enseñaba en sus cursos? ¿Que cualquier cosa que uno quisiera hacer, podía hacerla si se empeñaba lo suficiente?

Recordó que también enseñaba la importancia del trabajo en equipo, y que había que reconocer que cada persona tenía diferentes cualidades y habilidades que aportar al grupo.

—Oh, Toni no se va a ir —dijo Angélica, y se escabulló de sus brazos—. ¡Hola Sam!

—¿Toni no se va a ir? —preguntó Garret a Toni, sintiendo algo parecido a la esperanza golpeteando en su pecho.

—Me iré en cuanto pueda —suspiró Toni—. Pero ella parece creer que no lo haré.

La esperanza se desvaneció, como debía ser. Después de años siendo la viva imagen del control y la sensatez ¡menuda forma de comportarse! Dispuesto a entregar su vida entera ¡por limpiarle a ella la harina de la oreja!

—Intenté hablar con el agente Frey esta mañana —comentó Toni—, pero no estaba. En las noticias no han dicho nada sobre el dueño de la joyería. Pero cuatro días es mi límite.

Quería irse. Y ¿quién podía culparla? Un pueblo donde sólo se podían hacer galletas y muñecos de nieve. No era de extrañar que ella lo estuviera volviendo loco, llevaba una vida demasiado simple.

Tenía el escritorio atiborrado de invitaciones para dar cursos: en Colorado, en Alaska, incluso uno en Suiza. Cuando ella se marchara pensaba aceptarlas todas. Él y Angélica viajarían por el mundo. Quizá algún día incluso irían a California.

Su mente traidora se había disparado. San Diego. ¿Qué clase de operaciones de rescate harían allí?

—Hola Charlie —Angélica le dio al cocinero, un jugador de fútbol americano retirado, con cara de bull-dog, un beso en la mejilla. Charlie pareció a punto de morir de gusto.

Garret condujo a Toni a la mesa y la presentó. Su sobrina se estaba presentando ella misma, recorrió la mesa de arriba abajo como un político en miniatura, estrechando manos y besando mejillas.

—¿Coronel? —le dijo Toni a Bertha, sentada a su derecha—. Qué interesante —y a Patty, a su izquierda, le dijo—. Tienes una estructura ósea increíble. ¿Has sido modelo?

—¿Yo? —preguntó Patty asombrada.

«¿Ella?», pensó Garret. El rostro de Patty se iluminó y vio, de repente, que Toni tenía razón.

—Deberías ser modelo —aseveró Toni con firmeza.

—¿Da más dinero que conducir un taxi? —preguntó Patty.

—Te daré unos nombres —prometió Toni. A continuación devoró tres sándwiches de panceta y tomate mientras mantenía media docena de conversaciones distintas con los bomberos, sin esfuerzo aparente. Entre ella y Angélica estaban rompiendo corazones.

Cuando acabaron de comer, Angélica ofreció a todos la bolsa de galletas de chocolate. Toni se miraba los pies.

Garret dio un mordisco a la suya. Era grande, informe y estaba quemada por un borde. Sabía como sise hubieran olvidado del azúcar. Y posiblemente de la sal y de la levadura.

Todos estaban devorando las galletas. Los hombres rodeaban a Angélica y a Toni, pidiendo más. Los bomberos, recordó él airado, comían cualquier cosa; tenían el estómago a prueba de bombas. Charlie, de quien esperaba más honestidad, pidió la receta.

Absolutamente todas las galletas desaparecieron. Sam pareció realmente desilusionado cuando se acabaron, y Garret le había visto comerse seis o siete.

Angélica estaba resplandeciente, peinada con una trenza de raíz casi desecha. La coronel, con una mirada tierna, sentó a la niña ante ella y rehizo la trenza.

Estaba rodeado de risas y ternura, cosas que no cuadraban en un curso de rescate.

—Vamos a recoger y volver al trabajo —gruñó. Tuvo que darle un codazo a Sam para que se pusiera en marcha.

Toni vio la galleta de Garret asomar bajo el plato. La verdad era que estaba acostumbrada a que los hombres se desvivieran por atraer su atención.

Las galletas eran horribles y lo sabía. Quiso dejarlas en casa, pero Angélica sufrió tal decepción cuando lo sugirió que las metió en la bolsa con la intención de olvidárselas. Pero no hubo suerte, cuando las dejó junto a la puerta, Angélica volvió a por ellas.

Era vergonzoso que esos hombres se entusiasmaran con esas horribles galletas. En realidad, siempre la avergonzaba la atención que le prestaban los hombres.

Madame Yeltsy le había dicho que le sacara el mayor partido posible, pero nunca se había sentido cómoda haciéndolo. Consideraba que su pelo, su cara y su figura eran un accidente del destino. Lo que consideraba importante era lo que había en su interior.

Pero siguiendo ese razonamiento, el atractivo de Garret podía considerarse un accidente del destino. Y ella no podía negar que le gustaba un montón.

Sobre todo viéndolo así, en su elemento. Liderando con autoridad y facilidad. Ni siquiera parecía darse cuenta del enorme respeto que sentía esa gente por él, de que lo miraban como si fuera un héroe.

Justo cuando empezaba a pensar que era intocable, no un mero mortal, sino tan guapo que le paralizaba el corazón, lo miró. Estaba escondiendo la galleta mejor, para que Angélica no la viera.

Eso, decidió ella, era lo que amaba de él. La forma en que...

¿Amaba? Sintió que el rubor invadía su rostro, casi segura de que lo había dicho en voz alta. ¿Amaba? Cielos, si apenas lo conocía.

Angélica se había subido a su regazo, y le enseñaba la trenza recién hecha para que la admirara.

Los ojos de él rebosaban ternura. Claro que lo conocía, conocía su corazón. Lo conocía desde el primer momento en que lo vio, cuando el terror dejó paso a otra cosa.

Tenía que irse de allí. Todo era culpa del anillo y del choque cultural. Algo estaba haciendo que la dura mujer de negocios que Madame Yeltsy admiraba se convirtiera en algo muy distinto.

—No te has comido tu galleta —lo regañó.

—Tú ni siquiera has aceptado una —gruñó él.

Dios, la había estado observando. Tanto como ella a él.

Tenía que ocurrir algo. El rumbo que tomaban las cosas sólo podía tener una conclusión, y tenía que ocurrir algo para que eso no sucediera.

La puerta se abrió de golpe. Madame Yeltsy entró, vestida con un abrigo de piel de marta y un gorro a juego, con una boquilla larga en una mano y gafas de sol sobre los ojos. Sólo medía un metro cincuenta, pero aparentaba medir uno ochenta. Madame Yeltsy tenía presencia, como una reina, una artista de cine o una rica heredera.

El pueblo de Eliza, reflexionó Toni, no estaba preparado para esto. Echó una ojeada a Garret: estaba boquiabierto.

—No sabía que Zsa Zsa Gabor tenía una hermana —dijo él, asombrado.

—Mi jefa —anunció Toni, poniéndose en pie. Había deseado que ocurriera algo y lo había conseguido.

—Se parece a Cruella De Vil —susurró Angélica, mirando temerosa por debajo del brazo de Garret.

—¡Toni! ¡Que aspecto! Mi pobre reclusa. Este cerdo... —el pobre agente Frey entró tras ella—... intentó convencerme de que no podía verte, pero ahora ya sabe a que atenerse, ¿verdad, querido?

El agente Frey, que había pasado de «cerdo» a «querido» en un suspiro, tenía la mirada ausente de un hombre al que hubiera atropellado un camión. Un camión pequeño, pero camión al fin y al cabo.

Madame Yeltsy se sentó a la mesa.

—Café, por favor, camarero —le dijo a Charlie. Indicó a Toni que se sentara junto a ella, dio una calada al cigarro y miró a su alrededor con desagrado.

—Está prohibido fumar aquí —dijo Garret.

Madame Yeltsy lo miró con ojos fruncidos, luego miró a Toni y volvió a mirarlo a él. Apagó el cigarrillo en un plato. Era la primera vez que Toni había visto a alguien darle una orden a Madame Yeltsy sin pagar un precio por ello. Pero, claro, quizá aún hubiera un precio que pagar. Charlie volvió y dejó una taza de café ante ella, con un golpe.

—Muchas gracias —dijo Madame Yeltsy—. He sufrido un susto terrible.

Toni pensó que no era la única. Angélica estaba acurrucada bajo el brazo de Garret, mirando con ojos muy abiertos a la exótica figura envuelta en pieles.

—¿Un susto? —preguntó Toni preocupada. Nada asustaba a su jefa.

—Me atacó una bestia en el porche de la casa que hay antes de esto.

—¿Qué tipo de bestia? —preguntó Garret secamente—. Los osos ya están hibernando.

—¿Osos? —inquirió Madame Yeltsy con voz aguda—. ¿Está de broma?

—No.

—No era un oso. Era una especie de bola de pelo horrible.

—Un gato —intervino Frey, tras ella.

—Comegambas —susurró Angélica.

—Esa bestia sarnosa atacó mi abrigo. Quiero que lo maten, claro está. Seguro que tiene la rabia.

Toni vio que los labios de Garret temblaban de risa.

—Espero que no haya estropeado la piel. No he tenido oportunidad de ponerme este abrigo en años. Este clima, aunque inhóspito, es perfecto para usarlo. Toni, ¿no echas de menos las flores, los árboles y la hierba verde?

—¡Sólo he estado fuera unos días! Y pasé parte del tiempo en Vancouver, que tiene un clima muy distinto de éste.

—¿Quieres decir que no echas de menos tu casa?

Casa. Toni miró a Garret y a Angélica, hecho que no le pasó desapercibido a su jefa. De pronto se sintió terriblemente confundida, como si tuviera puesto cada pie en un mundo distinto y empezaran a separarse.

—No he estado fuera suficiente tiempo para echarla de menos —dijo Toni con cautela—. Y esto no me parece inhóspito. Creo que la nieve es preciosa. El aire es tan cristalino que respirar es casi como beber champán.

Ya estaba. Había dicho lo que sentía en realidad, arriesgándose a enojar a Madame Yeltsy. Entonces comprendió que algo en ella había cambiado. Aunque volviera a casa, ya no sería la misma.

—¿El aire es como beber champán? —repitió Madame Yeltsy, alzando una ceja con sorna. Miró a Garret de reojo—. Oh, cielos.

—¿Quiere esto? —preguntó Angélica, ofreciéndole la galleta que había encontrado bajo el plato de Garret—. Las hemos hecho Toni y yo.

Madame Yeltsy se fijó en la niña por primera vez. La estudió con expresión pensativa.

—¿Toni ha hecho galletas? Oh, cielos.

—¡Están buenas! —afirmó Angélica.

—Te creo. No como galletas.

—¿Qué clase de persona no come galletas? —preguntó Angélica.

—Querías ser una niña educada —le recordó Garret, aunque a Toni le pareció que le costaba hacerlo. Madame, majestuosa, les dio la espalda a Garret y a su sobrina.

—Toni, el agente me dice que no debes marcharte aún. Es horrible. Nunca he visto un sitio tan... tan «nada» antes, pero te he traído unos bocetos que me gustaría que miraras y...

—Toni ha aceptado hacer unas fotos para mí esta tarde —apuntó Garret con voz tranquila.

Toni vio como se miraban, midiéndose. Preparaban la batalla. ¿Por ella? ¿O eran sólo dos personas poderosas que tenían que descubrir quién podía más? Miró de uno a otro. Volvió a sentir la sensación de estar en dos mundos que nunca debían haberse encontrado y que chocaban.

—¿Fotografías? Oh, Toni, ya te he dicho lo frivola que me parece esa afición. Una mujer con tus cualidades no debería perder el tiempo.

—Sólo es algo para ocupar unas horas, ya que estoy aquí —la voz de Toni sonó débil. Vio que Garret la miraba con sorpresa como si hubiera traicionado algo que sabía de ella.

¡No sabía nada de ella! ¡No sabían nada el uno del otro! Esa sensación de estar unidos era sólo eso... una sensación. No era real como los picos escabrosos que los rodeaban. Pero comprendió que esa sensación, insustancial, tan difícil de atrapar como una nube, era más poderosa que las montañas.

—La fotografía es frivola y ¿vender ropa de mujer no lo es? —preguntó Garret con retintín.

—¡Moda! —corrigió Madame Yeltsy con frialdad—. Tengo que hablar con su jefe, joven.

—No tengo jefe —anunció él con satisfacción.

—¡Que suerte la tuya! —exclamó Frey, tras él.

—Este café es excelente —declaró Madame—. Oiga. Camarero. ¿Puede decirme qué mezcla es?

—Es una marca barata mezclada con ceniza de mi puro. La ceniza de puro es el secreto —Charlie la taladró con la mirada.

Toni pensó que Madame se había encontrado con la horma de su zapato dos veces en el mismo día, y que a la pobrecita le iba a dar un ataque. Pero nunca había visto a nadie con menos pinta de ir a sufrir un ataque, ni con menos aspecto de pobrecita. Madame Yeltsy fulminó a Garret con la mirada. —Creí que estaba prohibido fumar aquí.

—Nadie le dice a Charlie lo que puede hacer.

Madame Yeltsy miró a Charlie con un atisbo de respeto.

—Me vendría bien un hombre así en mi equipo. ¿Le interesa?

—Me interesa hacer juegos malabares con enanos, y necesito un enano —gruñó Charlie.

—¡Oh!—bufó ella.

Charlie sonrió. Y también Garret.

Pero Toni no sonreía. Madame estaba probando su fuerza y la había visto hacerlo antes: se enfadaba y empezaba a pensar en negocios. Robaba los mejores empleados. Compraba acciones.

—¿Te ha dicho alguien que tienes una estructura ósea maravillosa? —le preguntó Madame Yeltsy a Patty.

—Tengo que salir de aquí —farfulló Garret, dejando a Angélica en el suelo. Se levantó y ella se escondió tras sus piernas—. Señoras y señores, miren el termómetro y póngase la ropa adecuada. Nos encontraremos en la puerta este dentro de diez minutos. ¿Toni?

Ella lo miró.

—¿Vienes?

—Claro que viene —dijo Angélica con valentía, aunque escondida tras la pierna de su tío—. Lo prometió.

Toni miró a Madame Yeltsy, que seguía estudiando el rostro de Patty como si mirara una obra de arte.

—Sí que lo prometí —dijo, levantándose y sintiendo una excitante sensación de libertad.

—Frey, ven tú también —sugirió Garret—. Puedes hacernos un resumen de tu perspectiva de un rescate.

El rostro de Frey se iluminó como si llevara treinta años en una celda y alguien acabara de abrir la puerta.

—El señor Frey es mi asistente personal y guardaespaldas —dijo Madame Yeltsy—, mientras dure mi estancia aquí.

—¿Y cuanto será eso? —preguntó Garret.

—Mientras Toni esté aquí, me quedo. No me iré sin ella —miró a Garret con determinación. Parecía acusarlo en voz alta de intentar corromper a su protegida. O de robarle el corazón que, como Toni sabía, consideraba un delito aún peor.

—Pero, ¿dónde se va a quedar? —preguntaron Toni, Garret y Frey al unísono.

—Aún no lo he decidido.

—No hay mucho dónde escoger —advirtió Garret— pero Whistler está sólo a cuarenta y cinco minutos.

—No pienso volver a recorrer esa carretera en un futuro cercano —Madame Yeltsy se estremeció—. ¿Dónde se aloja Toni?

—Conmigo.

—Bueno, no con él exactamente —dijo Toni—. En su casa, en la habitación de invitados.

—Yo también me quedaré allí.

—Genial —dijo Garret—. Abandonaré mi dormitorio y vendré a dormir aquí con el grupo.

—Gracias —dijo Madame Yeltsy, pasando su sarcasmo por alto—. Eso me parece perfecto.

Había matado dos pájaros de un tiro, pensó Toni. Había encontrado alojamiento y conseguido que Toni y Garret no compartieran el mismo techo, porque, erróneamente, esa situación le parecía peligrosa.

Aunque Madame Yeltsy no solía confundirse. Toni miró a Garret. Quizá tampoco se equivocaba esta vez. Quizá no fuera mala idea que ella y Garret no estuvieran bajo el mismo techo esa noche. Entre ellos había una chispa, y el bosque estaba seco como la yesca. A veces bastaba una chispa para provocar un incendio.

Los incendios eran intensos, pero acababan pronto. ¿Estaba preparada a sacrificar su vida por algo así? Por un ardor intenso y rápido, que la marcaría para siempre, dejándola dolida y reseca en su interior.

Madame Yeltsy había llegado justo a tiempo. Y ella debería renunciar a hacer esas fotos. Siempre había hecho lo que se esperaba de ella, y por eso la adoraba Madame Yeltsy; pero hoy se iba a rebelar.

—Madame Yeltsy —dijo Toni—, no hace falta que se quede aquí. No lo pasará nada bien...

—¿Por qué no? Tú pareces muy feliz aquí —dijo ella con tono acusador, mirando a Garret de reojo.

—Charlie puede ser su asistente esta tarde —dijo Garret. Charlie lo fulminó con la mirada—, así Frey podrá venir conmigo.

—Toni, creo que tú deberías quedarte conmigo.

Pero Garret ya la había tomado del codo y la empujaba hacia la puerta.

—¿Qué haces? —protestó Toni débilmente.

—Esa señora es peor que un dragón —farfulló él.

—Es mi jefa.

—Mi especialidad —dijo Garret con firmeza—, son los rescates.

—Sí, gracias —suspiró Frey. Levantó a Angie y se la puso sobre los hombros.

—No me gusta esa señora —dijo Angélica.

—Ladra más de lo que muerde —dijo Toni. Inhaló con placer el aire frío y vigorizante de la montaña. No había exagerado. Era como champán.

—¿Muerde? —preguntó Angélica con los ojos muy abiertos.

Garret y Frey aullaron de risa.

Y como Toni acababa de inhalar champán, rió con ellos, sintiéndose libre y jubilosa.

Capítulo 8

Toni estaba ante la ventana, tiritando. La había abierto y no se sentía capaz de cerrarla. El aire era tan limpio que le cosquilleaba la nariz. Además, así oía con claridad las voces que traía el aire nocturno.

El grupo estaba en la escuela, cantando. Alguien tocaba la guitarra, e iban por el elefante ochenta y uno sobre la tela de una araña, cuando hubo una explosión de risa generalizada y la canción se apagó.

Incluso Angélica había preferido dormir en un catre en la oficina de su tío a compartir la casa con Madame Yeltsy.

—No me gusta —le dijo a Toni—. No me gusta por ti.

Eso se podía entender de dos maneras. Que Angélica había asumido la responsabilidad de que no le gustara por las dos, o que Angélica no creía que Toni y Madame Yeltsy encajaran bien. Fuera lo que fuera, Toni prefirió no indagar al respecto. Después de cenar una deliciosa lasaña y de que Madame Yeltsy le ofreciera trabajo a Charlie nuevamente y de que él volviera a rechazarla rotundamente, se habían ido a casa.

A Toni no le apetecía dejar la camaradería del grupo. Mucho menos a Angélica, y menos aún a su tío. Pero Madame observaba cada uno de sus movimientos como un águila, así que cuando insistió en que la acompañara de vuelta a casa de Garret, en vez de quedarse con el grupo a lavar los platos y hablar de rescates, simuló que no le importaba.

Cuando se marcharon, Frey perseguía a Patty con un barreño lleno de agua sucia. Toni se volvió, mientras se ponía el abrigo, y vio cómo el agua salpicaba a Patty, a Angélica aullar de risa y a Garret riendo la broma. Tuvo que luchar contra un increíble anhelo de formar parte de ese mundo.

Madame paseó intranquila hasta que, en un momento de inspiración, Toni la llevó a casa de Candy para enseñarle el abrigo con los deliciosos apliques de niños.

Madame quedó impresionada e insistió en ver el resto de sus creaciones. Candy cosía muy bien, pero su verdadero don eran los apliques que inventaba: magníficas y vividas imágenes con las que decoraba la mayoría de las prendas de sus hijos. Una ballena sonriente en un pantalón de peto, o un niño bajo un enorme paraguas con un bañador.

—Una colección para niños —murmuró Madame Yeltsy con ojos febriles, al ver las prendas.

Candy les ofreció bollos de canela, recién salidos del horno.

—Al señor Boyd le gustan ¿no? —inquirió Madame, probando uno de los bollos con placer.

—¿Señor Boyd? —preguntó Candy—. Ah, se refiere a Garret —Candy le lanzó a Toni una mirada que hizo que Madame moviera la cabeza con satisfacción—. Le encanta cómo cocino.

Toni suspiró para sí. Ahora Madame Yeltsy ya no le ofrecería a Candy trabajo como cocinera.

—¿Te interesa el señor Boyd en... especial? —preguntó Madame.

—¿A qué mujer no iba a interesarle? —replicó Candy, sonrojándose y lanzando otra mirada a Toni.

—A ti no te interesa así, ¿verdad, cariño? —preguntó Madame Yeltsy con interés malicioso, volviéndose hacia Toni.

—No estoy muy segura de qué hablamos —replicó Toni con sequedad, pero recordó esa tarde.

Garret, muy profesional, habló sobre las cuevas de nieve y dirigió al equipo durante su construcción. Ella sacó fotografías, ayudó a Angélica a hacer un muñeco de nieve. Ni siquiera se dio cuenta cuando él se acercó por detrás.

Escondía algo tras la espalda y, siendo una típica chica de California, ella pensó que era un ramo.

Y lo era. Un gran ramo de nieve que le metió por el cuello, después echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Ella se quedó tan asombrada por su belleza, sus brillantes dientes blancos, el pelo oscuro sobre la frente y el brillo travieso de sus ojos, que no reaccionó.

Pero sólo fue un momento. Dejó la cámara en el suelo y se dispuso a vengarse. Angélica gritó de excitación cuando ella lo persiguió por la nieve hasta atraparlo y hacerle caer; después, sin ninguna delicadeza femenina, se sentó encima y le metió nieve en el abrigo, los pantalones y la parte superior de las botas.

Él se reía tanto que era incapaz de defenderse.

Alguien encontró la cámara y les sacó una foto mientras peleaban en la nieve. Le dio un poco de miedo lo que mostraría esa foto si revelaba el carrete. Se notaría cómo lo miraba, su deseo.

Eran casi las once. Madame Yeltsy se había ido a la cama a las diez en punto y pronto toda la casa comenzó a vibrar. Para ser tan pequeña, Madame roncaba muy fuerte. Había estado muy ocupada tomando por asalto Eliza. Seguro que pensaba preparar contratos para Patty y Candy, y si Toni la conocía, también para Charlie. Había echado a Garret de su propia casa y ahora dormía feliz en su dormitorio.

Toni estaba agotada. No, quizás desinflada fuera un término más correcto. Y sola y perdida.

Lo que más deseaba era estar allí abajo, con ellos. No, con él.

¿Y por qué no hacer caso a su corazón? ¿Porque era peligroso y estúpido? ¿O porque enojaría a Madame Yeltsy?

En un acto de pura rebeldía, salió de puntillas del dormitorio, agarró la chaqueta del armario del vestíbulo y salió. Era su vida. No la de Madame Yeltsy.

El cielo había aclarado y la luna, redonda, resplandecía, creando claroscuros sobre la nieve reciente. El mundo era negro intenso o blanco esplendoroso.

La guitarra volvía a sonar. Una vieja canción tradicional alcanzó sus oídos, una

melodía embrujadora que encajaba perfectamente con su estado de ánimo.

Se encaminó hacia las voces y lo vio. Estaba de pie bajo la sombra de un enorme pino, mirando la luna, fuera y aparte de los demás.

El no se sorprendió cuando la vio llegar, y Toni comprendió que sabía que iba a ir.

—Creí que estabas dentro, cantando —le dijo.

—Supongo que no me apetecía cantar esta noche.

—¿Por qué? —Toni deseó que confesara que era porque pensaba en ella pero, por supuesto, no lo hizo.

—Mañana practicaremos el rescate en acantilados. La nieve reciente crea algunos problemas especiales.

—¿Es peligroso?

—No si hago bien mi trabajo.

No necesitó añadir que, sin duda, lo hacía bien.

—La verdad es que es bueno practicar cuando hay malas condiciones. Luego cuando ocurra algo duro de verdad, los chicos estarán preparados. Y las chicas. Mujeres.

—Tú respeto por ellas es evidente, aunque no utilices la terminología políticamente correcta —sonrió ella. Él asintió.

—¿Qué haces tú aquí fuera?

—No podía dormir.

Garret la miró fijamente, y ella se sintió como si le leyera el pensamiento. Que no podía dormir porque no hacía más que pensar en él.

—Madame Yeltsy ronca —explicó rápidamente—. Suena como si un tren de mercancías estuviera atravesando la casa.

Él sonrió como si le alegrara que Madame Yeltsy roncase, o como si supiera la verdad; a Toni no le quedó claro.

—Me encantaron las cuevas de nieve —dijo nerviosa, intentando llenar el espacio que había entre ellos para no fijarse tanto en sus labios o en que el color de sus ojos parecía plateado a la luz de la luna—. ¿De verdad puede uno mantenerse caliente en una?

—Claro. ¿Quieres comprobarlo?

—De acuerdo —quería estar con él y aprovechar los momentos que pudiera, antes de tener que dejarlo para siempre. No importaba dónde estuvieran.

La nieve apagaba el ruido sus pisadas. En un momento dado, él le ofreció la mano, aunque sólo fue porque el camino era difícil, había más hielo que durante el día, y no se veía bien.

Pero cuando pasaron la zona difícil, no la soltó. Incluso a través de la cálida lana de sus guantes, percibió la dureza y calor de su mano. Y supo que eso era lo que había estado deseando todo el día. Quizás toda la vida. Estar así, a solas con él.

En el aire se escuchó otra canción y Toni no pudo evitar tararearla. Él la miró y

sonrió.

—¡No te parece que cante bien!

—¿Te lo parece a ti?

—No, pero me encanta hacerlo —Toni se rió.

El también rió y apretó su mano con más fuerza. Estaban junto a las cuevas de nieve.

—¿A cuál vamos? —preguntó ella.

—A la que hicieron Frey y Patty —movió la cabeza de lado a lado—. Creo que entendieron mal las instrucciones. Han construido una especie de palacio de hielo.

Toni encontró la entrada enseguida. Las cuevas de nieve tenían un diseño muy parecido al de un iglú; la entrada era como un túnel cuesta abajo, que luego volvía a elevarse. Se arrastró dentro y él la siguió. Había tan poco sitio que Toni rió con nerviosismo. Además estaba muy oscuro.

—Esta es la entrada delantera —dijo él.

—Todo un palacio —replicó ella. Sentía el frío atravesar sus pantalones.

—Un segundo.

Una cerilla llameó y él encendió una vela que habían dejado en la cueva y la colocó en una pequeña repisa de nieve.

—Creía que sería una luz mágica —dijo Toni, mirando a su alrededor—. Pensé que la luz de la vela destellaría contra la nieve.

—¿Y?

—Es un poco lúgubre —explicó ella. La pequeña llama creaba sombras alargadas en la penumbra.

—A veces uno tiene que crear su propia magia —aventuró él.

—¿De verdad podríamos sobrevivir aquí si hiciera mucho frío?

—De verdad. Este estante es el sitio para dormir. En unos diez minutos la vela habrá caldeado el ambiente.

Ella ya empezaba a sentir calor, sobre todo en las partes de su cuerpo que rozaban las de él.

—Es agradable —dijo—. Una auténtica experiencia canadiense para una chica californiana. A años luz de mi mundo.

—¿Qué hacen las chicas de California para divertirse? —preguntó Garret. Estaba muy cerca de ella, sus ojos destellaban como zafiros, y su boca lucía una media sonrisa.

—Ah, no sé.

—¿Conducir BMWs? ¿Ir a la playa?

—Esta chica de California, no.

—¿No vas a la playa?

—Mírame —¡como si no lo hiciera ya!—. Me quemo. No tengo piel para ir a la playa. En media hora me pongo como un cangrejo.

—¿Qué me dices del BMW? Te imagino en un descapotable, con el pelo

alborotado.

—Has visto demasiadas películas. Nada de descapotables para mí.

—¿Porqué?

—Por lo mismo, me quemo. No es que no haya ido nunca en un descapotable, pero el viento me alborota tanto el pelo que tardo una semana en desenredarlo.

—¿En serio?

—En serio.

—Entonces, ¿qué conduces?

—Un viejo sedán que era de mi madre. Le tengo cariño, aunque no tenga aire acondicionado. Madame Yeltsy lo odia.

—O sea que de vez en cuando te enfrentas a ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pareces otra persona cuando estás con ella, nada más.

—Es mi jefa. Me dio una oportunidad cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo.

Él debió oír el tono defensivo de su voz, porque cambió de tema.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Cómo te diviertes?

—Vas a pensar que soy una aburrida.

—Lo dudo.

—Leo.

—¿Nada más?

—Me encanta leer. No tengo mucho tiempo libre, pero cuando puedo me acurrucó en el sofá, pongo música y leo.

—¿Qué lees?

—No te rías.

—Sólo si lees libros de cocina.

—Misterio. Sangre y asesinatos.

—¡Venga ya! ¿No lees romances?

—No —contestó, sin más explicación. No leía romances porque la hacían anhelar cosas que no tenían cabida en su vida.

Pero en ese momento no le parecía tan imposible. Estaba en una cueva de nieve, tan cerca de él que podía olerlo. Oía bien, a limpio, como olería el protagonista de una novela romántica, al que la chica besaba en una cueva de nieve. —A veces leo libros de fotografía —dijo, intentando no pensar en besos.

—¿Y de moda?

Ella no contestó.

—Diablos, esa vieja bruja te tiene controlada, ¿no? No debes sentirte culpable por lo que no lees.

—No es una bruja.

—Sí, lo es —. Garret comenzó a tararear la canción de Cruella De Vil, de la película *101 Dálmatas*.

—Oh —exclamó Toni—, eso es de la película de dibujos animados. Mi favorita.

—Aprendes rápido. ¿Qué música escuchas cuando lees?

—No te rías.

—Sólo si escuchas la banda sonora de los *101 Dálmatas*. Versión dibujos animados.

—Crees que escucho música clásica ¿verdad?

—¿Acurrucada con tu libro y *Las cuatro estaciones*? —la miró pensativo—. No. No te pega. No sé, quizá sea por ese pelo.

—Bob Seger —dijo ella con un suspiro—. Mi mayor debilidad.

—Así que te gusta el rock and roll de otros tiempos. ¿No eres demasiado joven para eso?

—Bueno, ya sabes. Hombres maduros.

—¿Y los hombres de tu vida?

—Hay dos. Bob, a quien acabo de mencionar, y Bruce, que comparte mi cama.

Silencio.

—¿Comparte tu cama?

Toni no tenía mucha experiencia en esas cosas pero, si no se equivocaba, parecía perturbarlo que alguien compartiera la cama con ella. ¿Por qué sería?

—Es un mono hecho de calcetines. Comparte cama conmigo desde que yo tenía tres años.

—Te lo hizo tu madre —adivinó él.

De pronto, en vez de gracioso, a ella le pareció algo triste dormir con un mono que le hicieron tiempo atrás, cuando el amor aún formaba parte de su vida.

—Ahora te toca a ti —dijo ella—. ¿Qué haces tú para divertirte?

—Creo que lo estoy haciendo ahora.

—¿En serio? —ella se rió.

—En serio.

Toni lo miró y desvió los ojos al ver la seriedad con que la escrutaba.

Quería hacer el amor con él. Era un pensamiento perturbador para una chica que nunca había hecho el amor con nadie.

—¿Qué más? ¿Para divertirte? —insistió, con voz que sonó aguda en sus oídos. Si decía lo que ella pensaba, estaba perdida.

—La verdad es que también leo. Sobre todo sobre rescates. Divertirse ha cambiado por completo de significado desde que Angélica llegó a mi vida: muñecos de nieve...

—¿No te parecen geniales? —interrumpió Toni alborozada.

—Vives cerca de Disneylandia, ¿y crees que los muñecos de nieve son geniales?

—Nunca he estado en Disneylandia.

—Yo he estado en Disneylandia, y soy casi un recluso. ¿Por qué no has ido?

—Lo estoy reservando.

—¿Reservando? ¿Para qué?

—Para cuando tenga niños —replicó ella, notando que el rubor invadía sus mejillas como si hubiera dicho algo muy personal.

—Niños —musitó él—. No creí que fueran parte de tus planes.

—No lo son. Al menos de mis planes a corto plazo.

Pero una vez lo fueron. Cuando aún pensaba que estudiaría arte, se convertiría en una fotógrafa famosa, conocería a un hombre maravilloso y tendría niños.

Su sueño de estudiar arte se esfumó al morir su madre, y el resto de sus sueños se esfumaron después.

—¿Estás triste? —preguntó él, rozándole la mejilla con un dedo.

—¡No! ¿Y tú? ¿Por qué no tienes familia?

—La tengo. Tengo a Angélica.

—Me refiero a una esposa.

—Siempre pensé que si tenía que ocurrir, ocurriría. Nunca la he buscado aunque, en el fondo, suponía que aparecería. Pero siempre aparece una montaña nueva que escalar. Ahora, a veces, pienso que sería lo mejor para Angie; creo que necesita una madre y tener hermanos y hermanas.

Lo mejor para Angie, no para él. Comprendió que no la halagaría que la escogieran en esos términos.

—No necesita eso —lo corrigió—. Necesita el amor que representa una familia. Y tú cumples esa función de maravilla.

—Gracias. No conozco a nadie que pudiera quererla tanto como yo.

—¿Qué hacías para divertirte antes de que llegara Angie?

—Escarlar montañas. Senderismo. Cazar. Esquiar. Sigo haciéndolo cuando tengo tiempo.

—Te gusta la aventura.

—¿Eso te parece? Lo cierto es que nunca me ha parecido excitante. Lo hago porque me llena de paz. Igual que esto.

Toni se alegró de que uno de ellos, al menos, sintiera paz. El corazón estaba a punto de estallarle en el pecho.

—Escucha —susurró él. Cantaban «Kum Ba Ya» en la caseta.

Ella cerró los ojos. Aparte de esas voces lejanas, no oía nada más que su respiración y la de él. El silencio los envolvió.

Y entonces él la besó.

—Llevo todo el día deseando hacer esto —musitó él, con voz ronca.

—No íbamos a volver a hacerlo ¿recuerdas? Sólo esa vez. Sólo...

Él la silenció con sus besos.

—No sé cocinar —dijo ella, contra su boca.

—Lo sé.

—Mis trenzas se deshacen.

—Mmm.

—No sé nada de montañas.

—Yo te enseñaré.

—¡No puedo quedarme!

—¿Por qué?

La pregunta quedó en el aire.

Un chillido rasgó el silencio: Madame Yeltsy.

—Esa es la razón —dijo Toni, apartándose de él.

Se oyó otro chillido.

—Seguro que no es más que Comegambas atacando su abrigo.

Toni se arrastró fuera de la cueva y se puso en pie. La vela se apagó tras ella. Garret salió y le dio la vela.

—De todos modos, el techo empezaba a hundirse —dijo él.

—¿Qué? —preguntó Toni, metiéndose la vela en el bolsillo. Era un recuerdo más adecuado que un montón de besos.

—Demasiado calor —dijo. Los dos sabían a qué calor se refería—. Sabe que estás conmigo, por eso grita.

—Está preocupada por mí.

—Y eso, ¿por qué? —inquirió él, enarcando una ceja.

—Soy de California. ¿Quién sabe si me adaptaría a la nieve? Soy de la ciudad. ¿Quién sabe si podría adaptarme al aislamiento? Soy una ejecutiva. ¿Quién sabe si podría sobrevivir haciendo galletas?

—No creo que ninguno de nosotros sobreviviera si te dedicaras a hacer galletas.

Bien, él bromeaba, como debía ser. Ella estaba asumiendo demasiadas cosas. Que le preguntara por qué no podía quedarse no era exactamente una propuesta de vida en común.

Se oyó otro grito.

Garret sacudió la cabeza con disgusto. Toni lo miró con enfado y se marchó. Él la dejó que se las apañara sola por el resbaladizo camino. Era mucho más difícil sin su ayuda.

Toni pensó que, a partir de entonces, todos los caminos que tuviera que recorrer le parecerían más difíciles. Porque había sentido su mano en la de él y esos labios sobre los suyos. Porque su corazón había encontrado algo místico que había echado en falta, aunque ella no había percibido, hasta entonces, que le faltara nada.

Toni llegó a la casa sin aliento. Miró hacia atrás y lo vio allí de pie, quieto, en la colina que había tras la casa, a la luz de la luna. Un lobo solitario.

Garret le dio la espalda y se marchó, desapareció en la montaña.

Cuando Toni abrió la puerta, el gato salió corriendo, con el pelo erizado y maullando como un poseso.

—Quiero que lo maten —chilló Madame Yeltsy, golpeando con la escoba a un centímetro de la cola del gato que escapaba. Tenía el pelo revuelto. Su bata de seda mostraba las marcas de las garras del gato, llevaba una especie de mascarilla verde sobre la cara. Parecía la bruja mala del cuento de Hansel y Gretel.

Toni se alegró de que Angélica hubiera decidido no dormir allí. La niña se hubiera muerto del susto si se encontrara esa escena al levantarse.

—¿Cómo entró? —era difícil reprimir la risa.

—Por la ventana, bicho sarnoso y horrible. Tendrías que haber visto la asquerosidad que estaba haciéndole a mi abrigo.

Toni apretó los labios con fuerza.

—No te dejes engañar por el género masculino. ¿Y dónde estabas tú?

No era ninguna coincidencia que mencionara su ausencia y el género masculino en la misma frase.

—Salí a dar un paseo. No podía dormir.

—No es seguro andar a solas por la noche.

Su jefa intentaba sonsacarla con su sutileza habitual.

—Esto no es San Diego.

—Y tampoco estabas sola ¿verdad?

—Me encontré con Garret.

—No te conviene.

—¿No?

—Hay que tener cuidado con los guapos. Otras mujeres se tiran a sus pies continuamente; antes o después dejan de resistirse.

—No tenía ni idea de que fueras tan experta en el tema.

—Quizá no te lo parezca cuando me ves, pero he devuelto más de un pez al mar.

—Quienquiera que fuese, te hizo mucho daño —dijo Toni con suavidad.

—Bah.

—Hizo que no quisieras volver a amar.

—Bah.

—Y acabo de darme cuenta de que eso es lo que más he admirado de ti todos estos años.

Madame Yeltsy se quedó boquiabierta.

Toni fue a su dormitorio y cerró la puerta tras ella con firmeza. Nunca antes había considerado su relación con Madame Yeltsy, pero de repente le parecía muy clara.

Había conocido a Madame Yeltsy cuando era una jovencita, dolida porque su madre la había abandonado. Eso la hizo rebelarse contra los valores de su madre: amor y familia. Quería encontrar a alguien como Madame Yeltsy, que despreciara esos valores, que fuese fuerte. Que hubiera logrado el éxito sin necesitar amor ni familia ni todas esas cosas que siempre acababan haciendo daño.

Madame Yeltsy parecía invulnerable ante el mundo. ¿No se habría entregado a su carrera en vez de al amor porque el amor la había traicionado? ¿Porque estaba sola, dolida y vacía, temerosa de volver a amar?

Toni había permitido que su profesión creciera y creciera hasta llenarla por completo. Exactamente igual que Madame Yeltsy.

¿Era feliz Madame Yeltsy? ¿O había relleno con ambición incluso el espacio

reservado a la felicidad?

Unos cuantos besos robados en una cueva de nieve, y todo su mundo se tambaleaba. Sólo porque él le había preguntado por qué no podía quedarse.

Exhausta, Toni se metió en la cama, convencida de que no podría dormirse. Pero recordó la presión de esos labios en los suyos, y la invadió un agradable calor que la llevó al sueño casi de inmediato.

Garret miró el catre militar de mal humor. Angie pensaba que dormir en su oficina era divertido. Él no. Esa horrible bruja que ocupaba su dormitorio seguramente estaba envenenando a Toni con críticas sobre el sexo masculino.

Había dormido en sitios peores, pero nunca se había sentido así de molesto.

Diablos, había vuelto a besarla, demostrando tener tanta fuerza de voluntad como un gusano. Se dio cuenta de que no sabía nada de gusanos ni de su fuerza de voluntad. ¿Tendrían fuerza de voluntad?

Estaba perdiendo la cabeza. Lo supo en cuanto ella dijo que no podía quedarse. La pregunta se le escapó como si tuviera vida propia: ¿Por qué?

El porqué era obvio. No conseguiría ni un punto si la sometiera a su lista. Bueno, uno sí. Era guapa. Añadió otro requisito a la lista: besar como una casa en llamas.

Debía considerarse afortunado; esa vieja bruja no iba a descansar hasta que tuviera a Toni, sana y salva, en San Diego. Y seguramente él tampoco iba a descansar hasta entonces.

La recordó en la cueva de nieve con los ojos abiertos de par en par, como una chiquilla. La luz de la vela jugueteando con su rostro. Y sus labios.

Pensó en sus besos. Diablos, unos cuantos besos robados en una cueva de nieve y todo su mundo se tambaleaba.

«Yo te enseñaré», había dicho, en un momento de locura.

De repente, se vio enseñándola. Tomando su mano y enseñándole su mundo.

Con ese pensamiento, se durmió casi al instante.

Capítulo 9

Cuando Toni se despertó, el dormitorio estaba oscuro, y a través de la ventana se veía que nubes oscuras y amenazadoras habían cubierto el cielo despejado de la noche anterior. Tiempo de tormenta.

Pero la tormenta no era sólo exterior, también estaba dentro de ella. Y sabía exactamente qué hacer al respecto.

Dueño de la joyería a salvo, o desaparecido, tenía que irse de allí. De inmediato.

Si menos de setenta y dos horas habían conseguido desconcertarla hasta el punto de que se sentía insegura de su vida y del camino a seguir ¿qué conseguirían veinticuatro horas más? Había vuelto a soñar con él esa noche. La misma escena, a orillas de un río, y aún sentía la nostalgia de ese sueño. La nostalgia y el profundo sentimiento de conocer a otra persona.

La estaba debilitando, convirtiéndola en el tipo de mujer que siempre había despreciado. Que Madame Yeltsy despreciaba. Dispuesta a tirar todo por la borda por un hombre.

Empezó a levantarse, pero el dormitorio estaba helado. Ni ella ni Madame Yeltsy se habían acordado de poner leña en la estufa la noche anterior.

Leña en la estufa. Eso era por lo que no podía quedarse: leña en la estufa, galletas y cuevas de nieve.

Ese no era su mundo y nunca lo sería. Nunca.

«No te atrevas a pensar en esos ojos», se advirtió, y encendió la radio, esperando engañar a su mente, que amotinada, recordaba los ojos y labios de él.

Por increíble que pareciera, Bob Seger entonaba las últimas notas de una canción en la radio. Él último compás vibró en el aire, tan lleno de dolor como ella esa mañana.

Anunciaron la hora y comprendió que se había dormido. ¡Eran las diez de la mañana! Garret pensaría que era una perezosa.

Diablos. ¿Por qué le preocupaba lo que él pensara?

Angélica. ¿Dónde estaba Angélica? Se suponía que Toni cuidaba de ella. Salió de la cama e intentó ignorar el suelo helado bajo sus pies.

Tuvo una idea: haría una lista con todas las cosas maravillosas de su casa. Suelos calientes sería la primera. Así le molestaría menos irse.

Dieron las noticias de las diez. Las oyó, ausente, mientras se ponía varias capas de ropa, intentando escaparse del frío. En realidad sospechaba que el frío era interno y profundo, y que nunca se escaparía de él. Tenía helado el corazón.

Las noticias se centraban en la tormenta que se avecinaba. Justo cuando iba a apagar la radio, la voz del locutor se lo impidió.

—Una extraña noticia desde Vancouver. Hugh Woo, supuestamente secuestrado de su tienda en Chinatown, hace unos días, se presentó ileso en la comisaría de Abbotsford esta mañana. Woo consiguió escapar de los secuestradores y condujo a la

policía a la casa donde estuvo prisionero. La policía admitió que un anillo de valor incalculable, una pieza de la colección de arte chino desaparecida, había sido recuperado con anterioridad, pero que no se hizo público porque se temía por la vida de Woo.

Toni se dejó caer sobre la cama. Incluso el destino sabía que era hora de marcharse. Comenzó a temblar. Era por el frío, claro.

Otro punto para su lista: San Diego contaba con uno de los climas más moderados del planeta.

Madame Yeltsy estaría encantada. Toni oyó que Madame hablaba con alguien. Probablemente con su teléfono móvil.

Se obligó a levantarse de la cama y mirarse en el espejo. Estaba muy pálida y tenía el pelo revuelto. Intentó hacer algo con el pelo.

Comprendió que no le apetecía darle las noticias a Madame, por una cuestión de confianza. Madame podría decirle algo equivocado a Angélica. La niña debía ser la primera en saberlo. Su querida y dulce Angélica, que necesitaba una mamá y estaba convencida de que Toni no se marcharía. Si no tuviera tanto frío, Toni se habría echado a llorar.

Se pasó el cepillo por la salvaje cabellera una última vez, sin conseguir grandes resultados, y se fue a buscar a Angélica.

Madame Yeltsy estaba sentada a la mesa, rodeada de papeles. Levantó la cabeza e hizo una mueca.

—Oteo conjunto encantador.

Toni miró su camiseta verde fluorescente, cubierta con una sudadera del departamento de bomberos de Minneapolis, cubierta a su vez por una rebeca con una gujero en la manga. Todo ello sobre unos pantalones de chándal color gris, y acompañado de unos gruesos calcetines de lana también gris.

Madame Yeltsy estaba vestida como si fuera a cenar con la Primera Dama, excepto que sus dedos estaban pegajosos de azúcar del bollo de canela que tenía a su lado. Si tenía frío, no lo demostraba.

—¿Te he oído hablar con alguien? —preguntó Toni, dándose cuenta de que solía hacer eso: apartar la atención de sí misma haciendo que Madame Yeltsy hablara de su tema favorito: su propia persona.

—¿A mí? —inquirió Madame Yeltsy con un tono de sorpresa desmesurada—. Claro que no. ¿Con quién iba a hablar?

—¿Con Angélica?

—¿La niña? Vino antes, pero le dije que no te despertara.

—¿Dónde ha ido?

—A la casa de al lado, con cómo-se-llame, la de los apliques en la ropa.

¿Por qué sonaba todo un poco a falso? Madame Yeltsy casi nunca olvidaba un nombre, especialmente el nombre de alguien que le interesaba. Y no era normal que Madame Yeltsy no quisiera que el mundo entero se despertara cuando ella lo hacía.

Pero eso no importaba. Lo importante era Angélica y qué iba a decirle.

Toni fue hacía la puerta. El desaliñado gato estaba allí, dedicado por entero a lo que parecía un plato de nata.

—¿Sabías que el gato está dentro? —le gritó Toni a Madame mientras se ponía la chaqueta militar.

—Ese bicho sarnoso —gruñó Madame Yeltsy—. No me gusta nada esa chaqueta, Toni.

—¿No? A mí sí.

—¿Por qué? —preguntó Madame Yeltsy, tan perpleja que Toni no pudo evitar una sonrisa.

—Hace que me sienta como una fotógrafa —replicó pensativa. Angie debía haberle dado la nata al gato. Toni sacó al gato fuera y cerró la puerta tras ella.

Empezaba a nevar, y no como el día anterior. La nieve era dura y granulada; golpeaba su rostro como si fuera arena.

A pesar de llevar tanta ropa, el frío era tan intenso que cortaba. Corrió hacia casa de Candy y llamó a la puerta trasera.

—Adelante —dijo una voz desde dentro.

Entró al vestíbulo que había junto a la cocina. Oyó risas de niños.

Candy estaba sentada a la mesa de la cocina, trabajando con concentración en un boceto. Levantó la cabeza y miró a Toni.

—¿Qué te parece esto?

Toni echó una ojeada. Era un dibujo de una niña con un pichi, la parte delantera estaba cubierta de dibujos de angelitos regordetes con herramientas de jardín en las manos.

—Es maravilloso —dijo Toni con sinceridad—. La niña se parece un poco a Angélica. ¿Puedo hablar con ella un momento?

Pensó que iba a ser embarazoso, quería estar con Angélica en privado. No quería despedirse delante de Candy. Quizás pudieran ir a dar un paseo. Pero cuando lo pensaba, oyó el aullido del viento en el exterior; no hacía tiempo para ir de paseo.

—¿Angélica? —dijo Candy—. No está aquí.

—¿No está aquí? —el frío que Toni había sentido desde que se levantó, se intensificó hasta convertirse en pánico—. ¿No está aquí? Madame Yeltsy me ha dicho que sí.

—Vino un rato. Mencionó algo sobre ir a las cuevas de nieve. ¿Sabes si se dejó algo allí ayer?

Toni sintió lo mismo que había sentido con Madame Yeltsy. Que algo sonaba a falso. Candy dibujaba un hilera de margaritas en el bajo del pichi.

—¿Has dejado que fuera allí sola? —preguntó insegura.

—Me ha dicho que estaban cerca de la academia.

—¡Pero hay tormenta!

—¿A eso le llamas tormenta? —preguntó Candy burlona.

Cuando sintió que la invadía el pánico, Toni intentó convencerse de que no era una emergencia. A Candy, que conocía ese clima desde siempre, no le preocupaba que Angélica se hubiera ido sola.

Pero Garret no le había confiado su más preciado tesoro a Candy.

Había un grupo de especialistas en rescate a pocos metros. Podía pedirles ayuda si hacía falta.

Pero no era una emergencia. Quedaría como una estúpida y novata turista si le pedía que buscaran a Angélica y la niña ni siquiera se había perdido. Sólo había ido a recoger algo de las cuevas.

Toni estuvo allí la noche anterior. No estaban lejos, y seguramente Angélica ya estaba en camino de vuelta. Iría a buscarla y le diría que algo urgente e inesperado había surgido en San Diego, y tenía que marcharse. Siempre podía convencer a Candy de que cuidara a Angie los dos días restantes.

¿Esa Candy a la que le parecía bien que una niña estuviera fuera en mitad de una tormenta? Toni se obligó a recordar que Candy conocía el clima de la zona.

Le dio las gracias a Candy, que no hizo mucho caso, y salió al exterior. El viento aullaba como un animal salvaje. La nieve se espesaba y caía en remolinos. Todo se veía muy distinto que el día anterior, a la luz de la luna.

La escuela no estaba lejos. Debería comprobar que Angélica no estaba allí, caliente ya salvo. Pero quedaría como una idiota, incapaz de cuidar a una niña. Una nulidad en hacer galletas y trenzas. Un fracaso en todo lo que no fuera moda femenina, y eso ya no le parecía importante.

Evitó la escuela a propósito. Si no se encontraba con Angie, o si no estaba en las cuevas, iría allí. Pero encontraría a Angie, Candy ya se lo había dicho.

Toni se asombró, un par de veces, de sentirse desorientada. ¿Dónde estaban las malditas cuevas? Todo se volvía blanco y era casi imposible distinguir el cielo del suelo.

Al fin reconoció un árbol retorcido que había junto a las cuevas de nieve. Su alivio fue breve, el silencio que acompañaba el horrible ulular del viento, era aterrador.

—¿Angélica? —llamó. Tuvo la impresión de que el viento se tragaba su voz.

Seguramente la niña estaba dentro de una de las cuevas, jugando con una muñeca o lo que quiera que fuese que había olvidado allí.

Toni encontró las cuevas y, una por una, penetró en su interior. Había seis pero, cuando llegó a la sexta, tenía el corazón helado. Sabía con seguridad que Angélica no estaba allí.

Volvió a enfrentarse al exterior. Angélica estaría en la escuela. Debió ir allí desde el principio. Comenzó a andar en esa dirección.

Agachó la cabeza contra el viento y, de pronto, vio pequeñas huellas en el suelo, casi borradas por el viento y la nieve fresca. La invadió el pánico y luchó contra él. También había muchas huellas grandes, seguramente eran todas del día anterior.

Aún así las siguió, sintiéndose más desolada a cada paso. Las huellas pequeñas se apartaban de las cuevas, y cuando las siguió hasta el borde de un bosquecillo, supo con certeza que Angélica no había ido tan lejos el día anterior.

Toni sabía que debía volver a la escuela. Allí había buscadores profesionales. Garret era quien conocía esas montañas. Pero las huellas parecían estar desapareciendo ante sus ojos. ¿Qué ocurriría si habían desaparecido cuando volviera con ayuda?

Se agachó y las miró atentamente. Casi no se veían. Si no echara a Angélica en falta ni siquiera hubiera pensado que eran pisadas, le habrían parecido simples marcas en la nieve.

Angélica había ido montaña arriba. ¿Por qué? ¿Le había parecido que los árboles la resguardarían mejor de la tormenta? La mejor protección, sin duda, eran las cuevas de nieve. Pero eran pequeñas, oscuras y frías sin una vela, y a Angie pudo darle miedo quedarse allí.

Fuera lo que fuera que pensara su mente infantil, ahora estaba sola, seguramente cada vez más asustada, según se intensificaba la tormenta. Toni comprendió que no tenía un segundo que perder. Ni siquiera para volver a la escuela. Todo dependía de ella.

Dondequiera que fuera Angélica, lo hacía con determinación, el rastro se dirigía montaña arriba en línea recta. Toni lo siguió, intentando no pensar en la sed que empezaba a atenazarla.

Recordó que, el día anterior, Garret había advertido al grupo que nunca comieran nieve, y aunque sintió tentaciones, decidió que él sabía lo que decía.

Al menos no tenía frío, el esfuerzo de subir montaña arriba la acaloraba, y los árboles la protegían del viento.

—Angélica —llamó, una y otra vez, forzando la voz para luchar con el ruido del viento. No hubo respuesta.

Entonces ocurrió lo peor. El rastro de Angie desapareció por completo. Toni miró el suelo confusa. Era como si la niña hubiera echado a volar.

Miró hacia arriba, y se encontró con los ojos amarillos de un puma, sentado en la rama de una picea enorme, mirándola, y moviendo la cola de lado a lado.

Durante un instante, el terror la paralizó. Tuvo la ridícula idea de que no llevaba la cámara encima. Después se quedó en blanco.

El instinto la salvó. Si echaba a correr, el enorme felino la consideraría una presa. Recordó haber visto un documental] sobre los tigres de Bengala. Los tigres nunca atacaban de frente, sino desde atrás. Esto era tan cierto que la gente que iba a la jungla se ponía máscaras en la parte de atrás de la cabeza, para que el tigre creyera que lo miraban.

Empezó a retroceder lentamente. Cuando ya no veía al puma, paró y arrancó una rama de árbol, con una fuerza que no sabía que poseyera. No era un arma, pero al menos era algo.

Garret le había dicho que los pumas eran muy tímidos. También había comentado que no solían atacar nada que fuera demasiado grande.

Notó que su pulso volvía a la normalidad, pero siguió retrocediendo de espaldas, con el palo en la mano. Tuvo la impresión de que llevaba horas retrocediendo.

Toni se derrumbó, exhausta. Minutos después de parar, el frío la invadió. Era difícil pensar, pero tenía que hacerlo. Tenía que encontrar el camino de vuelta a las cuevas de nieve. Tenía que marcar dónde había estado, por si acaso no encontraba el camino. Tenía que dejar señales en los árboles. Cintas. ¡Como si tuviera cintas!

Pero sí tenía esa camiseta verde fluorescente.

Con coraje, se desnudó y se quitó la camiseta. El frío que sintió contra la piel desnuda la cortó como un cuchillo. A toda prisa, volvió a vestirse.

Sentada en la nieve, peleó fútilmente con la camiseta, hasta que consiguió rasgarla con los dientes. Rasgar tela era mucho más difícil de lo que creía. Sólo lo consiguió gracias a la fuerza que le daban el miedo y la determinación.

Ya en pie, se decidió a seguir sus propias huellas montaña abajo. Horrorizada, descubrió que sus pisadas casi habían desaparecido.

Comprendió, abatida, que no sólo no había conseguido encontrar a Angie y salvarla de la tormenta, sino que ni siquiera estaba segura de poder salvarse a sí misma. Tuvo la tentación de tirarse en la nieve y llorar. Entonces recordó que lo que había encontrado al final del rastro no era Angie.

Sin saber por qué, recordó el bollo de canela que había visto esa mañana junto al codo de Madame Yeltsy, y se dio cuenta de que estaba hambrienta. Recordó con dolor lo buenos que estaban los bollos que hacía Candy.

Pero Candy no les había dado bollos la noche anterior. ¿Cómo había conseguido el bollo Madame Yeltsy?

Candy había estado allí. ¿Por qué no se lo dijo Madame Yeltsy cuando le preguntó con quien hablaba? Quizá para que no se enterase de que era con Candy.

Y Candy había estado muy absorta en su boceto, sin apenas levantar la cabeza. ¿Sería porque no se atrevía a mirarla a los ojos?

—Dios mío —pensó Toni—, han preparado esto. Me han enviado en esta estúpida expedición para demostrarle a Garret que no puedo vivir aquí.

Su reacción inmediata fue de alivio. Porque, si tenía razón, Angélica estaba a salvo. No estaba allí. Las huellas que había seguido por la nieve eran del puma.

A continuación sintió admiración por cómo funcionaba la cabeza de Madame Yeltsy. ¿Había forma mejor de conseguir que Garret, un experto en rescatar a gente ignorante de los peligros de las montañas, percibiera el abismo que los separaba? Que Toni se perdiera irremediabilmente, lo convencería.

Pero seguro que Madame Yeltsy y Candy no habían contado con el puma. ¡Ni siquiera la creían capaz de llegar hasta las cuevas de nieve!

Y no habría llegado si no hubiera estado allí con Garret la noche anterior.

Garret la encontraría.

De repente, sintió ira. No iba a quedarse allí sentada, derramando lágrimas que se le helaban en el rostro y permitir que Madame Yeltsy y Candy ganaran, que la utilizaran como un peón en sus juegos.

Apostaría cualquier cosa a que, al ver que la tormenta empeoraba, se arrepentían enormemente. Y se arrepentirían aún más cuando se enfrentaran a la ira de Garret. Algo que esperaba sucediera pronto.

Entretanto, no iba a rendirse sin lucha. El día anterior, Garret le había enseñado lo suficiente como para poder sobrevivir a la tormenta.

Si no encontraba el camino de vuelta podía construir una cueva de nieve. Igual que vio hacer a los demás el día anterior.

Buscó en el bolsillo de la chaqueta: allí estaba la vela que Garret le dio cuando salieron de la cueva. La chaqueta tenía una docena de bolsillos, e investigó cada uno de ellos.

La chaqueta de Garret. Y Garret conocía las montañas. En los bolsillos había cerillas, cordel, alambre, una caja con un anzuelo y sedal y todo tipo de cosas. Incluso había un arrugado sobre de caldo de buey en polvo, y una bolsita de té llena de pelusas.

No se consideraba una exploradora avezada y, en cualquier caso, sería imposible hacer fuego, porque todo estaba cubierto por la nieve. Abrió el sobre de sopa, se mojó el dedo y lo metió dentro.

Su madre siempre le había enseñado a encontrar algo que agradecer en toda situación. Los polvos de caldo, que lamió lentamente, le supieron a gloria.

Garret conocía un mundo que ella no conocía, y lo que más deseaba en ese momento era que la enseñara. Y ser digna de ello.

Buscó sus propias huellas, para seguir las montaña abajo, y fue atando tiras de camiseta en los árboles con la precaución de un avaro que se desprendiera de piezas de oro. Lo más agotador fue mantenerse alerta por si volvía el puma. Finalmente, decidió que si seguía andando dificultaría las labores de rescate, así que buscó un lugar dónde construir la cueva.

Hizo recuento de todo lo que tenía que agradecer: una bolsita de té en un bolsillo, su palo, la ropa que la abrigaba. Y comprendió que lo más valioso que tenía a su disposición era ella misma. Era fuerte e inteligente, y podía conseguirlo.

Comenzó a tararear «Aleluya».

Garret entró en casa. Madame Yeltsy, sentada a la mesa del comedor, lo ignoró.

Fue hacia el sonido de la televisión. Angélica la estaba viendo, con ojos medio cerrados, la boca manchada de rojo, morado y naranja, y una mano metida en la bolsa de papel que había a su lado.

Se acercó y miró en la bolsa. Caramelos. Suficientes para un año.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

—La señora de las pieles me dio cinco dólares. Americanos. Con eso dan muchos caramelos.

—Ya lo veo. Creía que Toni y tú ibais a comer con nosotros.

—No tenía hambre. No sé dónde está Toni.

Él se fijó en un sobre de fotografías que había junto a ella y lo tocó.

—Don Simpático me lo dio para Toni —dijo Angie.

—¿Don Simpático?

—El señor Peterson, de la tienda. Toni le llama Don Simpático.

A Garret le pareció tan típico de ella que casi oyó su risa resonar en la habitación.

Notó el peso del sobre en la mano. Debería dejar que lo abriera Toni, pero sintió el impulso de echar una ojeada. Se sentó en el sofá, junto a Angélica, y sacó las fotos.

Desde la primera, supo la verdad. Toni era una artista.

Las fotos estaban increíblemente bien compuestas; y había superado el reto de compensar la luminosidad de la nieve sin problema aparente. Cada foto evocaba una emoción.

Angélica, con destellos luminosos en el pelo revuelto, los ojos abiertos e inocentes, sorbiendo un fideo.

Angélica deslizándose colina abajo en el trineo, riendo y con la cabeza echada hacia atrás, la viva imagen de la infancia. La construcción de las cuevas de nieve, con una composición y una luz que quitaba la respiración y reflejaba la complicada relación entre el hombre y la naturaleza.

Y una foto que no había sacado ella. Estaba ligeramente desenfocada y pasada de luz, pero esa foto hizo que se le parara el corazón.

Él y Toni peleándose en la nieve. Los rizos rojos se escapaban de un gorro de lana, y sus largas piernas lo rodeaban; la luz de su rostro cegaría a cualquier hombre.

Y su propia mirada también era significativa. ¿Cómo se llamaba a esa expresión? ¿Nostalgia? ¿Anhelo?

Pasó rápidamente a la foto siguiente y se quedó asombrado. Era de su hermano, Matthew, y su cuñada, Sarah, de pie ante un avión. Probablemente ese en el que se habían estrellado.

Comprendió que esa foto llevaba en la cámara, sin revelar, varios meses.

Su hermano y Sarah no miraban a la cámara, sino el uno al otro. Y la expresión de Sarah al mirar a su marido era casi idéntica a la de Toni cuando lo miraba a él, Garret, en la nieve.

Una mirada de amor resplandeciente.

La idea de que Toni pudiera quererlo hizo que algo floreciera en su interior, igual que ver una flor abrirse a cámara lenta.

Estudió la imagen de su hermano. Su rostro era el de un hombre inmensamente feliz. Un hombre que miraba a su esposa, siete años después de la boda, y aún no se creía su buena suerte.

Un hombre que dijo «sí» cuando el amor llamó a su puerta. En vez de preparar una estúpida lista.

—Mira, cielo —le dijo a Angélica suavemente—, mira esta foto. Angélica lo hizo

y una sonrisa iluminó su rostro.

—Me acuerdo de que la abuela sacó esta foto antes de que se marcharan. Parecen muy felices, ¿verdad?

—Siempre parecían felices cuando estaban juntos.

—Mi mamá mira a mi papá como títa Toni te mira a ti.

Era obvio hasta para una niña.

—Ya lo sé —admitió, con la voz ronca de emoción—. ¿Dónde está la títa Toni?

Era la primera vez que la llamaba así, como si aceptara lo que el futuro podía deparar.

—No lo sé. Estaba durmiendo cuando vine aquí después de desayunar, luego oí que escuchaba la radio y después la señora me mandó a la tienda con el dinero. Cuando volví, títa no estaba.

—¿Es este el avión que ves en el sueño, títo?

—Sí, es ése —replicó él mirando la fotografía.

—Tú no viste el avión. Yo sí, pero tú no. ¿Por qué sale en tus sueños?

—Angie, hay muchas cosas en este mundo que no podemos entender. Misterios. A veces, simplemente, sabemos cosas.

«Como a quién amar, desde el primer momento que le ponemos los ojos encima».

Se levantó y fue hacia el comedor. Madame Yeltsy parecía empeñada en ignorarlo.

—¿Dónde está Toni? —preguntó.

—¿No está contigo? —devolvió ella, tan vivamente que a él se le erizó el vello de la nuca.

—Es obvio que no está conmigo.

—Entonces no sé. Puede que Candy lo sepa.

—¿Candy?

—Fue allí a por algo esta mañana.

Él sintió el deseo de verla antes de volver a la escuela. No sabía por qué razón. Seguro que haría algo ridículo, como declararse.

Verla, ver su sonrisa y su cabello rodeando su rostro como una cascada y decirlo sin más.

«Te quiero».

Sintió que se quemaba por dentro. Era la verdad.

No tenía ningún sentido. No se conocían lo suficiente. Eran de mundos distintos. Pero eso no cambiaba nada. La forma en que se miraban en esa fotografía...

Decidió pasar por casa de Candy, saludar y volver a la escuela. Cuando salió la tormenta había empeorado. Hacía el tiempo ideal para practicar un rescate: condiciones extremas, visibilidad nula y rastros que desaparecían casi al instante.

Llamó a la puerta de Candy.

—Hola, Garret —exclamó ella vivamente.

Con demasiada viveza. ¿Qué le pasaba a todo el mundo esa mañana? Notó que

Candy lo miraba nerviosa.

—Sólo quería ver a Toni un minuto.

—¿Toni? Toni no está aquí.

—¿Ha estado aquí?

—Antes. Vino a buscar a Angélica.

De repente, sirenas de alarma comenzaron a sonar en la cabeza de Garret. Ese viejo sapo que había tomado posesión de su comedor había enviado a Angélica a la tienda. En cuanto oyó que Toni se levantaba.

—Candy —preguntó suavemente—, ¿qué está pasando aquí?

Candy arrugó la cara y miró, temerosa, la tormenta que se desarrollaba a espaldas de él.

—No sabíamos que el tiempo iba a cambiar así.

—¿No sabíais?

—Yo y Madame Yeltsy. Le dijimos a Toni que Angélica había ido a las cuevas de nieve. Sólo queríamos hacer que pareciera estúpida y fuera de lugar. Yo sabía que ni siquiera sería capaz de encontrarlas.

Garret miró a su vecina con incredulidad. Hacía mucho tiempo que conocía a Candy. Le había confiado su sobrina y había comido su atún a la cazuela.

Comprendió de pronto que sabía menos sobre lo que realmente le importaba a ella que sobre lo que le importaba a Toni, a quien acababa de conocer.

—¿Has jugado con una vida humana? ¡Candy, tú conoces estas montañas!

—Sólo ha ido a las cuevas de nieve.

—¿Hace cuánto de eso?

—Alrededor de una hora. Quizá un poco más.

Garret notó en su mirada que podría ser bastante más. Nunca antes había perdido el control así, nunca había sentido el deseo de matar a alguien. Inspiró profundamente para recuperar el control.

—Esa vieja envuelta en pieles que hay en mi casa no conoce este clima ni estas montañas, Candy, pero tú sí.

—No quería que le robaras a Toni. Y yo no quería que Toni te robara a ti.

—Suenas igual que uno de esos culebrones que te gusta ver —dijo él mordaz—. Esto es el mundo real.

—Es la forma en que la miras —dijo Candy, con el labio tembloroso.

Estaba dicho: la forma en que la miraba. Todo el mundo se había dado cuenta antes que él.

—Candy —dijo, y su voz le sonó bastante amable, dadas las circunstancias—, yo nunca he sido tuyo.

—Pero podrías haber llegado a serlo —sollozó ella.

Él sabía a ciencia cierta que nunca le había dado pie a pensar eso. Sabía que preferiría comer galletas carbonizadas durante toda su vida a vender su alma por un guiso de atún con cereales. —Yo nunca he pensado en ti de esa manera —dijo con

firmeza—. Ni lo he hecho, ni lo haré nunca. ¿Qué llevaba puesto Toni?

—No lo...

—¡Piensa!

—Tu chaqueta vieja. La verde. Ésa que tiene muchos bolsillos.

Eso lo reconfortó. Siempre había algo en los bolsillos de esa chaqueta. Giró sobre los talones y echó a correr hacia las cuevas de nieve. ¿Por qué no había vuelto Toni cuando comprobó que Angélica no estaba allí?

Porque los novatos hacían cosas imprevisibles en las montañas. Quizás el tiempo la había desorientado. Quizás había visto un animal interesante y lo había seguido. Quizás estaba metida en una de las cuevas.

Soñando despierta. Con él.

Menudo chiste.

No estaba allí. Vio huellas borrosas que se dirigían hacia la montaña. Echó una ojeada. Las de ella eran recientes, pero había otro rastro, no tan reciente.

Huellas redondas en línea recta. De un puma.

Su corazón le dijo que las siguiera, pero una vida de entrenamiento le convenció de que no debía.

Ningún puma en su sano juicio iba a permitir que ella lo alcanzara. Pero, por otro lado, un puma en su sano juicio siempre evitaba los lugares en los que la actividad humana era tan evidente.

—Aguanta, Toni —le gritó al viento—. Ya voy.

Tuvo la extraña sensación de que ella lo oía. De que lo sabía.

Eso que todos los demás sabían ya.

Capítulo 10

Garret miró al grupo que lo rodeaba. Siempre lo asombraba lo rápido que llegaban y el elevado número de personas que podían reunirse en una zona tan aislada.

Contaba con veintitrés personas, y más de la mitad tenían experiencia. Eso era bueno.

Las radios estaban en funcionamiento y el centro de control preparado.

Una Candy muy compungida, ayudaba a Charlie a preparar café y bocadillos.

Angélica estaba sentada a la mesa, ignorando a los hijos de Candy, tensa de ansiedad y muy pálida.

Madame Yeltsy entró, también compungida. Garret no hizo ningún esfuerzo por disimular su mirada airada y acusadora cuando la vio atravesar la habitación pero, como era habitual, la vieja bruja actuó como si él no existiera.

Se quedó perplejo cuando se sentó junto a Angélica, sacó a Comegambas de debajo de su abrigo y lo colocó sobre el regazo de Angélica. Garret vio que a la niña la reconfortaba el ronroneo del animal.

Llamó al grupo al orden y percibió que vibraban de energía, estaban listos.

—La persona que se ha perdido se llama Toni Carlton —dijo, sin más preámbulos—. Es californiana, tiene veinticuatro años y su salud y estado físico son excelentes. Iba vestida de forma adecuada para el clima y llevaba encima algunos objetos básicos, pero sabe muy poco de este clima y terreno. Vamos a buscarla formando una cadena; no quiero que haya más de un brazo de distancia entre cada miembro del equipo.

Tras echarse al hombro cuerdas, mochilas y radios, el equipo de búsqueda salió fuera.

Angélica lo miró suplicante.

No. No podía acompañarlos. Esa vez no. Pero en cuanto encontraran a Toni la dejaría hablar con ella por radio. Garret no se permitió pensar que no la encontrarían, aunque sabía por experiencia que algunas partidas de búsqueda que deberían ser pan comido, no siempre lo eran.

Formaron la cadena justo al norte de las cuevas de nieve, dónde había encontrado el rastro. La visibilidad era muy limitada, así que cada miembro del equipo se mantenía a un brazo de distancia del siguiente. Todos llevaban un silbato. Si veían algo tenían que pitar y quedarse quietos hasta que él, el líder de la búsqueda, evaluara lo que habían encontrado.

El rastro apenas se veía, y a veces desaparecía por completo. Por fortuna, Frey era un rastreador excelente, tenía un gran instinto. El agente movió la cabeza con preocupación cuando vio las huellas del puma, pero no dijo nada. Avanzaron a un ritmo constante, pero nadie tuvo motivos para hacer sonar el silbato. La radio chisporroteaba de vez en cuando. Caminaron despacio y con determinación durante

media hora. Después fueron cuarenta y cinco minutos. Él había contado con encontrarla antes.

Se oyó un silbato.

La cadena se paró y él la recorrió, aconsejando a todos los que llevaban mochilas y radios que se agacharan y respiraran profundamente.

Había un trozo de tela colgado de un árbol. Lo miró detenidamente antes de tocarlo.

Verde fluorescente. Una vieja camiseta suya, si no se equivocaba. Y estaba atada al árbol. Sintió un gran alivio. Ella estaba usando la cabeza y supo, sin lugar a dudas, que se encontraba a salvo. Lo supo con el corazón y con el alma. Tan sólo tenía que encontrarla.

Toni se tomó un respiro, sorprendida por lo bien que se sentía. Estaba tardando mucho en construir la cueva porque su única herramienta era la rama que arrancó del árbol con anterioridad. El esfuerzo mantenía su cuerpo caliente, y la actividad mantenía su mente ocupada.

Seguía alerta por si aparecía el puma, pero tenía la sensación de que estaba sola en el arbolado barranco que había elegido para construir su cueva de nieve.

Un rato después, rebuscó en los bolsillos de la chaqueta, con la esperanza de haber pasado por alto otro sobre de sopa en polvo. No era el caso, pero se dio cuenta de que la pequeña lata plana que contenía un anzuelo y sedal podía serle útil.

Construyó una pequeña pared de nieve, encendió la vela bajo su protección, llenó la lata de nieve y la sostuvo sobre la vela hasta que se derritió.

Se bebió la nieve derretida. No era más que un dedal de agua, pero le supo a gloria. Repitió el proceso varias veces más. Aunque seguía teniendo sed, se sintió mucho mejor.

También tenía hambre. Con un suspiro, se sentó en la nieve y abrió la bolsita de té. Masticó las hojas pensativamente. Lo cierto era que no estaban mal.

Sintió una oleada de orgullo. Lo estaba haciendo muy bien. Con inventiva e inteligencia. Sobreviviría.

Así fue como la encontraron. Cómodamente sentada en la nieve, con los ojos cerrados y una sonrisa en la cara, masticando hojas de té.

El chisporroteo de la radio hizo que abriera los ojos. Se levantó de un salto y se llevó una mano al corazón.

—¿Esperas a alguien?

—¡Garret! —sonrió ella. Él le devolvió la sonrisa y fue como volver al hogar.

A su alrededor, todos hablaban con excitación, pero era como si ellos estuvieran solos en el mundo.

Él la abrazó y cuando Toni sintió su calor, comprendió que llevaba demasiado tiempo rodeada de frío.

—¿Estás enfadado conmigo? ¿Por haberme perdido?

—Estoy enfadado con algunas personas, pero tú no eres una de ellas.

—Voy a decirte algo que te parecerá fatal.

—¿El qué?

—En cierto modo, me lo he pasado bien, Garret.

—Ya lo veo —dijo él, dando un paso atrás y mirando a su alrededor—. ¿Cueva de nieve?

—Bueno, quizá en un par de horas más —asintió ella, siguiendo la dirección de su mirada.

—Iba bien encaminada. ¿No has sentido pánico?

—¿Lo dices en broma? Cuando vi al puma, casi se me sale el corazón.

—¿Has visto al puma?

—Creí que las huellas redondas eran de Angélica, así que las seguí. Desaparecieron de pronto y cuando miré hacia arriba ¡me encontré con los ojos más grandes y amarillos que he visto nunca!

—¿Qué hiciste?

—Retroceder diciendo «gatito, gatito, garito bonito».

—No te creo.

—Vale. Lo de «gatito, gatito» no es verdad. Tenía la lengua paralizada y pegada al paladar.

—¿Por que no te diste la vuelta y echaste a correr?

—Pensé que entonces me consideraría una presa fácil.

—Yo no le llamaría pánico a pensar así —dijo Garret con admiración.

Admiración por ella. Toni sintió un nudo en la garganta. Aunque había cometido la tontería de perderse, él no la miraba con recriminación.

—Aquí fuera, es el pánico lo que mata a la gente —murmuró él con suavidad, pensando que si la hubiera perdido habría pasado el resto de su vida entre tinieblas.

—Supongo que estaba demasiado enfadada para dejarme llevar por el pánico.

—¿Con quién?

—Con mi maquinadora y dominante jefa. Comprendí que estaba detrás de esta ridícula expedición —explicó—. Para hacerme quedar mal contigo. Angélica está perfectamente, ¿no?

Él asintió, pero la mirada dura de sus ojos no auguraba ningún bien a Madame Yeltsy. Ni a Candy.

—Ex-jefa —dijo. Sin darle tiempo a preguntar qué significaba eso, llamó al hombre que llevaba la radio. Habló por el auricular, con voz oficial y distante, y luego se la pasó—. Dile a Angie que estás bien. Aprieta este botón para hablar y suéltalo para escuchar.

—Hola Ángel —dijo al micrófono—. Estoy bien.

—Te quiero, tía —gritó Angélica emocionada—. Te quiero —su voz lo decía todo. Su corazón y su alma llegaban a través de las ondas.

—Yo también te quiero —acertó a decir Toni con voz ahogada. Recordó a Angélica cuando se despertó de la pesadilla y anheló poder arreglar los corazones

rotos.

Ahora sabía cómo. Se arreglaban con amor. El amor lo arreglaba todo.

—Te quiero —volvió a gritar Angélica.

Entonces Toni perdió el control. Comenzó a sollozar. Él estaba allí, y cuando hundió la cabeza en su hombro, hubiera jurado que lo oyó decir «Yo también».

Pero de repente se sintió tan cansada que no estaba segura, y cuando lo miró, él dictaba órdenes por encima de su hombro.

—Has seguido a un puma —le dijo Frey, acercándose y dándole un beso en la húmeda mejilla. Toni notó que no la miraba, sino que escrutaba la zona con ojos inquietos; notó que cuando los ojos de Frey se posaron en Patty, éste se relajaba.

—Lo ha visto —le informó Garret, moviendo la cabeza.

—¿Al puma? ¿En serio?

Toni tuvo que repetir la historia de cómo había retrocedido, ante toda la audiencia.

Abrieron un termo y le pusieron un té caliente con mucho azúcar en las manos. Alguien le echó una manta sobre los hombros.

—No está mal comérselo de la bolsita —murmuró Toni—. Pero así está mejor. Otra persona le dio una chocolatina y la devoró. Se sentía mejor que nunca. Caliente. Amada. Porque lo que había visto en los ojos de Garret tenía que ser amor.

¿O sería sólo la excitación de la búsqueda? ¿La pura excitación de la montaña?

—¿Estás lista para volver? —preguntó Garret.

—Claro —replicó ella—. Cuando gustes.

—Podemos llevarte en camilla, si quieres.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Eso creía —suspiró él.

La bajada fue mucho más fácil que la subida, el camino estaba pisoteado, y se oían voces y risas en el aire. Ya no había desesperación ni soledad, y Toni pudo concentrarse en la terrible belleza de la tormenta y en la agreste majestuosidad de la montaña.

Quizás estaba hipersensible por la euforia de haber sido rescatada de las garras de la muerte. Pero percibía todo con una intensidad hasta entonces desconocida para ella. Y lo más intenso era lo que sentía cuando Garret la miraba.

Como si fuera su tesoro máspreciado.

Casi habían llegado a la escuela cuando la puerta se abrió y Angélica salió corriendo y se tiró en brazos de Toni, cubriéndola de besos y dando grititos de alegría.

Toni recordó que esa misma mañana había estado segura de que debía irse. Pero en la montaña había aprendido algo sobre sí misma. En vez de amilanarla, el reto de la montaña le había enseñado algo importante: que era fuerte.

Suficientemente fuerte para quedarse.

Entró a la escuela, con Angélica aún colgada de ella, y vio a Madame Yeltsy.

Parecía vieja y cansada y Toni comprendió la verdad. La invulnerabilidad de Madame Yeltsy no era su mayor cualidad, sino su mayor tragedia. La incapacidad de amar, de disfrutar de lo más bello de la vida, era lo más triste de todo.

—Parece que se llevará a alguien con ella —rezongó Garret.

¿Charlie?, pensó Toni esperanzada. No, Charlie estaba al otro lado del mostrador de la cocina golpeando con fuerza algo que sin duda deseaba que fuera la cabeza de Madame.

¿Candy?

Entonces Toni vio al gato sentado en su regazo, pisando con ahínco la piel del abrigo.

—¡Comegambas! —exclamó—. Va a llevarse a Comegambas a casa.

—Pobre gato —gruñó Garret—. Quizá lo salven las leyes de inmigración.

—Es un comienzo —murmuró Toni.

—¿Para qué?

—Para volver a abrirle la puerta al amor —. Toni lo dejó y fue hacia Madame Yeltsy, se acuclilló a su lado y le acarició la mano—. No pasa nada.

—¡Sí! Sí pasa. Podría haberte matado con mi insensatez. Soy una vieja estúpida que no ha reconocido hasta que casi era demasiado tarde que lo que más deseo para ti, lo que siempre he deseado para ti, es tu felicidad.

Al mirarla, Toni comprendió que lo que había buscado desesperadamente en Madame Yeltsy era lo que había perdido: una madre.

—Ahora veo —continuó Madame Yeltsy—, que tú felicidad no reside conmigo —sus ojos miraron a Garret y los de Toni también.

Estaba rodeado por el equipo de rescate y no era consciente de cómo lo miraban. Era su héroe. Y el de ella. Quizá en Madame Yeltsy no había buscado exactamente una madre, sino lo que una madre representaba Alguien que la amara más que nadie. Alguien que conseguía que uno se sintiera en casa en cualquier sitio.

Ya fuera en el comedor de una escuela prefabricada, en la solitaria ladera de una montaña o en una cabaña de troncos.

De repente, le pareció que el sonido se apagaba y todo se quedaba paralizado. Una luz pareció descender sobre Garret.

Durante un asombroso instante, Toni vio a su madre junto a él. Y a su hermano, Matthew, y a su cuñada, Sarah. Los reconoció por la foto. Sarah se volvió y la miró y Toni vio, en un instante, cómo llegaría a ser Angélica: bella, fuerte, sabia y compasiva. Sarah dijo algo con los labios, pero Toni no pudo oírlo. Después su madre, que parecía joven y bella, libre de dolor y llena de paz, se puso de puntillas y besó la mejilla de Garret.

Toni notó que se ponía pálida, cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Madame Yeltsy—. ¿Toni?

—Perfectamente —respondió ella, abriendo los ojos—. Demasiadas emociones en un día.

Ya no estaban allí, por supuesto. Nunca habían estado. Deliraba. Pero nadie le había dicho que el delirio podía ser tan maravilloso.

Vio a Angélica de pie sobre una silla, inmóvil, mirando fijamente el hueco que había junto a Garret. Y Angélica sonrió. Una sonrisa muy especial: ese tipo de sonrisa que los niños reservan para los ángeles.

Angie se volvió y miró a Toni, radiante de felicidad, y Toni supo exactamente lo que le había dicho Sarah. Le había entregado a su hija en custodia. Le había dicho que la conocía, que conocía su corazón y que siempre sería así.

Hola otra vez, tía.

Toni se echó a llorar.

—Señor Boyd —chilló Madame—. Señor Boyd, Toni no está bien.

Él cruzó la habitación a zancadas.

—¿Estás bien?

Ella lo miró y sonrió, las lágrimas surcaban sus mejillas.

Con diecisiete años sabía exactamente lo que quería: ser artista y estar rodeada de la gente que amaba. Pero se había desviado. Su madre, Matthew y Sarah, el amor, la habían llevado de vuelta a donde estaba en ese momento. Al sitio al que pertenecía su corazón.

Y le infundirían el valor necesario para decirle a Garret exactamente lo que sentía.

Intentó levantarse, pero sus piernas parecían de gelatina. Garret la abrazó y la sujetó contra su pecho. Toni sintió la fuerza de sus brazos, el calor de su cuerpo y los latidos de su corazón. Se relajó en sus brazos.

Él la besó en los labios, delante de todo el mundo, y se oyó una enorme ovación.

—Usted —le anunció a Madame Yeltsy—, esta noche duerme en el catre de la oficina.

Estaban solos. El fuego rugía en la pequeña estufa, y tazas de chocolate caliente humeaban ante ellos.

Ella todavía tenía el pelo húmedo tras el baño caliente que Garret había insistido en que tomara, y estaba envuelta en un albornoz demasiado grande.

Sus manos se encontraron, y también sus corazones.

Los dos lo sabían, aunque no habían hablado aún. —No sé si debería haber accedido a que Angélica durmiera en casa de Candy esta noche —dijo él—. No sé si podré perdonarla alguna vez. Ni a tu ex-jefa.

Ella no lo corrigió, su corazón lo tenía claro.

—No estés demasiado enfadado con ellas.

—Hum. Me alegro de que Candy se vaya a California con Cruella y Compañía. Me habría resultado muy difícil tratarla con cortesía. Una vez me dijo que esto la encantaba, y ahora está deseando irse.

—Sólo la encantaba porque tú estabas aquí. Algo que, me temo, entiendo muy bien. No estés tan enfadado. Esta mañana cuando me desperté, decidí marcharme. Y cuando oí por la radio que el dueño de la joyería estaba a salvo, me puse en marcha.

Él no dijo nada, pero apretó su mano con fuerza.

—Ya me habría ido si no hubiera ido a buscar a Angélica.

—Podrían haberte matado.

—No creo que mi vida estuviera en sus manos. Creo que jugaron el papel que tenían que jugar. Yo necesitaba saber que era suficientemente fuerte para vivir en estas montañas. Y tú también necesitabas saberlo.

Él la sonrió, una sonrisa infantil que borraba los años de sus rasgos y hacía que sus ojos brillaran traviesos.

—Siempre supe lo fuerte que eras. Desde el momento en que me dijiste que habías estado sola desde los diecisiete años.

—Quizá no estaba tan sola como creía —murmuró ella.

—Ahora que mencionas lo de ser suficientemente fuerte para estas montañas, necesito saber algo más: ¿te gustan los niños?

—Sí.

—¿Y las trenzas de raíz?

—Me encantan. Pero no me salen demasiado bien.

—Bueno, te acercas. ¿Cocinar?

—¿Por qué lo preguntas?

—Lo único que me impediría pedirte que compartas el resto de tu vida conmigo es que insistas en cocinar.

—Creí que tendría que pedírtelo yo —lo miró fijamente—. Que compartieras el resto de tu vida conmigo.

—Primero tienes que contestar la pregunta sobre cocinar.

—Bueno, parece que Madame se va a llevar el cubo de la basura con ella.

—Exactamente.

—¿Qué comeremos?

—¿A quién le importa —dijo él con voz ronca—. Espera a ver las montañas a principios de verano. Lagos escondidos del mismo color verde que tus ojos, y flores silvestres tan tupidas y brillantes que hacen que una persona se crea en el cielo.

Estaba a punto de besarla cuando llamaron a la puerta.

—Si esa es tu jefa, está lista.

Pero no era su jefa. Era Frey.

Entró, se sentó con ellos y ella recordó aquella primera noche. Habían cerrado el círculo. Comenzó con el anillo y finalizaría con el anillo. Frey les explicó todos los detalles.

—Se suponía que Woo iba a vender el anillo, pero nunca había hecho algo así antes, y se puso nervioso. Es un tipo algo excéntrico —explicó—. Dice que el anillo no le permitía hacer nada malo. Que es un anillo que promete felicidad. Raro ¿eh? El caso es que no estaba por la labor. Cuando se escapó de sus secuestradores, lo confesó todo.

Era un anillo que prometía felicidad. Hacía casi una eternidad, en una tienda

pequeña y oscura, se lo habían puesto en la mano con esa promesa. Y Toni sabía que nunca había sentido nada parecido a la felicidad que sentía en ese momento.

Y prometía un marido.

El hombre que había junto a ella, tan guapo que le paralizaba el corazón, iba a ser su marido.

Y prometía bebés.

La preciosa niña que esa noche dormía en la casa de al lado, y que dijo desde el primer momento, con extraña y rotunda convicción, que nunca se marcharía.

Y sospechaba que prometía más bebés. Niños nacidos del amor.

De repente miró a Frey. Algo en él había cambiado desde la primera vez que lo vio. En sus ojos había una dulzura que antes no estaba allí.

—Tocaste el anillo, ¿verdad? —exclamó.

—Sí, sólo para guardarlo y devolverlo.

Ella se echó a reír. Recordó la forma en que él y Patty se miraban. Se inclinó hacia él y lo besó en la mejilla.

—Ten cuidado —advirtió—. Cosas maravillosas están a punto de ocurrir en tu vida.

Después, cuando Frey se marchó, se acurrucaron juntos bajo una manta, mirando el fuego adormilados, pero sin decidirse a dar el primer paso para irse cada uno a un dormitorio. Toni sabía que dormirían allí, incapaces de separarse.

—¿De verdad crees que Patty y Frey...? —inquirió él.

—Sin duda.

Notó que la voz de él sonaba ronca de cansancio, pero cada vez que creía que se había dormido, le decía algo más, como si tuviera miles de cosas que contarle. A ella. —No va a ser fácil —la previno—. ¿De veras crees que el anillo es mágico?

Ella se lo pensó. Sintió el calor del fuego, el calor de su abrazo y la fuerza de su cuerpo.

—Amor —decidió finalmente—. El amor es mágico. Más que mágico. Es la fuerza más poderosa del universo. Por eso, cuando llega el momento, encuentra el camino. Anillos, montañas, gente; todos son mensajeros, ríos por los que corre el amor, buscando el camino para llegar a su destino.

—Encima, poetisa —dijo él con satisfacción—. Voy a casarme contigo mañana.

—¿Mañana? Pero nos hace falta una licencia, una niñera y...

—Meros detalles —replicó él con firmeza. Ella soltó una risita.

—De acuerdo. Mañana entonces.

—Y mañana por la noche —dijo él con un gruñido tan sexy que Toni sintió escalofríos en la espalda—, mañana por la noche hasta la montañas cantarán para celebrar nuestro amor.

Fuera se oyó el grito de una lechuza, y el viento susurró entre los árboles.

—Creo que ya las oigo —murmuró ella suavemente, cerró los ojos y su mente, a la deriva, le hizo creer que estaban de pie a orillas del río de su sueño.

Pero ahora reconocía el río.
Eterno. Puro. Danzarín. Luminoso.
Era el río Amor.

Fin



Credit: Cheryl Jagers

CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.